

amanda adams



El
CASANOVA

LOS HERMANOS WALKER, LIBRO 3

EL CASANOVA

LOS HERMANOS WALKER, LIBRO 3

AMANDA ADAMS

ÍNDICE

[El casanova](#)

[Acerca de El Casanova](#)

[Derechos de autor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Epílogo](#)

[Libros por Amanda Adams](#)

[Sobre Amanda Adams](#)

[Libros por Amanda Adams \(English\)](#)

ACERCA DE EL CASANOVA

LOS HERMANOS WALKER, LIBRO 3

ÉRASE UNA VEZ CUANDO MITCHELL WALKER SE ENAMORÓ... y confió en la mujer equivocada. Ese error casi le cuesta su futuro y juró nunca confiar en otra mujer.

Ahora es un cirujano joven y exitoso. Las mujeres se lanzan a sus pies y él les da lo que quieren, siempre y cuando no le pidan su corazón. La estrategia le funciona bien hasta que conoce a la reportera independiente Jessica Finley.

Ella es inteligente, lo hace reír y ve a través de su personalidad de casanova.

El fuego de Jessica puede arder lo suficiente como para mantenerlo despierto toda la noche, pero ¿será su amor lo suficientemente fuerte como para quemar los fantasmas de su pasado y derretir el hielo alrededor de su corazón?

DERECHOS DE AUTOR

Copyright 2018 Tydbyts Media Der Frauenheld: Los Hermanos Walker,
Libro 3

Diseño de portada Derechos de Autor 2016 por eBook Indie Covers

Obra Literaria, Primera Edición. Marzo 2018

Derechos de autor 2018 por Tydbyts Media Publicado por Tydbyts Media
Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción, los nombres, las personas, los lugares y los acontecimientos son completamente ficticios o producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es una coincidencia.

PRÓLOGO

Mitchell Walker se detuvo detrás de la camioneta Jeep de su hermano Derek y estacionó su coche deportivo rojo cereza. Jake, su hermano menor, había aparcado su camioneta blanca en la calle; el neumático del lado del pasajero montaba las sobras del quitanieves como si estuviera conduciendo en una carrera de obstáculos. La vista le hizo sonreír. Diciembre en los bosques de Colorado, si no puedes manejar en la nieve, es mejor que te largues.

A unos metros de distancia, Derek abrió la puerta de su camioneta, salió y la cerró de golpe detrás de él. Estaba vestido, como de costumbre, de negro, en completo contraste con los pantalones de vestir y el abrigo deportivo de Mitchell. El cabello oscuro de Derek, su mirada profunda y su actitud de chico malo habían roto docenas de corazones entre las féminas, pero Derek era todo ladrido y nada de mordisco, hasta donde sabía Mitchell. Derek tenía un carácter rudo, pero moriría por cualquiera de sus hermanos sin duda. Fin de la historia. Antes de que Derek se hubiera convertido en su hermano, la vida de Mitchell había girado alrededor de algunas cosas muy jodidas. Demonios, ambos habían sobrevivido al infierno antes de que su madre los adoptara. Cómo habían terminado siendo los mentores responsables de sus dos hermanos menores era algo que no podía comprender.

Mitchell asintió a Derek y, como siempre, su hermano le alcanzó el paso mientras subían por el camino de entrada a la puerta principal.

Ninguno de los dos habló, pues no había razón. Ambos sabían por qué estaban aquí, y apestaba.

La Sra. Klasky abrió la puerta con un par de pantalones azul marino y un suéter de gran tamaño de color crema. Tenía ochenta, pero aún tenía fuego en los ojos y una manera tan directa de decir las cosas que a Mitchell siempre le había gustado. A él le gustaba saber cómo manejarse con la gente y hasta dónde podía llegar. Odiaba andar con rodeos con cualquiera, joven o viejo, en su cama o fuera de ella.

—Adelante. Adelante. Jake ya está aquí. —Ella les hizo señas para que entraran y Mitchell siguió a Derek al pasillo. Cuando Derek la miró por encima del hombro, ella sonrió—. Todavía guapo, ya veo. Vamos a la cocina, chicos. Hice limonada. Y tengo galletas, Derek. Tus favoritas.

Las mejillas de Derek se volvieron rosadas y Mitchell entró para salvar a su hermano de la vergüenza. La Sra. Klasky siempre había mimado más a Derek y tenía un cariño por él que se veía a millas de distancia. Mitchell lo molestaría más tarde con eso.

—Gracias, Sra. Klasky. No podemos esperar a probar algunas de sus galletas.

Derek tosió en su mano y aprovechó la oportunidad para golpear a Mitchell en la parte posterior de la cabeza, con fuerza, mientras la seguían a lo largo de una pared llena de fotos familiares y retratos en tonos sepia de los antepasados de la familia Klasky. La alfombra era de pelusa verde y las paredes estaban forradas con paneles de roble que probablemente se habían instalado en los años setenta. Jake estaba en su lugar habitual en la mesa de cocina de los Klasky, sentado en la silla de madera de roble más cercana al sofá, el cual tenía veinte años de antigüedad y estaba cubierto con un horrible estampado de cachemira.

Hacía muchos años desde la última vez que Mitchell había estado en esa casa. Lucía exactamente igual. Se sentía igual. Olía igual. Mitchell golpeó a Jake en la espalda a modo de saludo. Su hermanito era el más joven, pero el pequeño cabrón los había superado por unos 15

centímetros y unos 50 kilos. Si le pusieran un par de botas de vaquero y un sombrero al niño, parecería un defensor de los Dallas Cowboys. Excepto que era demasiado guapo para eso. Y demasiado blando de corazón. Jake aún vivía en el rancho de su familia, cuidando de los caballos y haciendo sus cosas de vaquero. Podía lanzar más de cien libras de heno como si fueran cajas de galletas. Y como el hermanito menor, nunca dejaba pasar la oportunidad de restregarles en las narices a sus hermanos que él podría patear sus viejos traseros cuando quisiera.

El simple pensamiento de mierda de caballo y aires del campo hizo a Mitchell estremecerse mientras tomaba su lugar en la mesa. A Mitchell le había encantado su infancia en el rancho, pero necesitaba el ruido y el bullicio de la ciudad. La vida en el rancho era demasiado tranquila para su gusto. Había demasiado espacio y tiempo para pensar.

Ahora, si le ofrecieran escalar un acantilado nivel 5.10 o 5.11, él felizmente respiraría aire de montaña todo el maldito día. Le encantaba el reto de colgar de las puntas de sus dedos de una roca casi tanto como le encantaba la adrenalina de trabajar en urgencias.

Pero hoy no iba a ser un día de diversión. Esta pequeña reunión se trataba sobre la muerte de su mamá y del desastre posterior.

Respiró hondo mientras los olores de galletas, limonada y limpiador con olor a pino lo rodeaban.

—Aquí tienen, muchachos. —La Sra. Klasky colocó un vaso de limonada frente a él y Derek. Mitchell tomó un sorbo. Fría. Ácida. Perfecta.

—Gracias. —Recién exprimida y con azúcar real, como la que hacía mamá.

El timbre sonó y la Sra. Klasky se disculpó.

—Ese debe ser su hermano Chance. —La Sra. Klasky desapareció de nuevo para regresar con Chance, el recién egresado abogado con apenas un año de haberse graduado de la escuela de derecho. Llevaba traje y

corbata, lo que ayudó a Mitchell a no sentirse como el médico tenso de la mesa. Chance amaba la ciudad casi tanto como Mitchell, pero por distintas razones. Chance era una persona muy práctica. Le gustaba la conveniencia de vivir cerca de restaurantes y de su oficina. A Mitchell no le importaba nada de eso, sólo necesita el ruido para poder dormir por las noches.

—Chance. —Derek se levantó de su asiento al final de la mesa y envolvió a Chance en un abrazo.

—Hola, perdedor. —Después de un abrazo rápido, Chance le dio una palmadita en el hombro a Derek. Jake y Mitchell tomaron sus turnos.

—Tarde a la fiesta, como siempre. —Jake tomó a Chance y lo levantó del suelo como si fuera una niñita pequeña. Los dos más pequeños, Jake y Chance, eran muy cercanos. Mitchell sonrió ante las payasadas de Jake. Era bueno estar juntos. Siempre lo era.

—Y tú aún hueles a hamburguesas y fardos de heno. —Chance rio, pero Jake no iba a aceptar el insulto como si nada.

—Amor duro, hermano. Pero hueles como si te hubiera limpiado el trasero un asistente de baño con una toallita húmeda perfumada. ¿Tú? ¿Convirtiéndote en uno de esos chicos metrosexuales de la ciudad? — Jake soltó a Chance y Mitchell contestó por él.

—Nah, hombre, ese soy yo. —Mitchell sonrió y tomó a Chance por los hombros.

Chance estaba allí parado con su traje, y como siempre, él era el único que llevaba corbata. Incluso el Sr. Klasky, el abogado de ochenta años de su madre, llevaba caquis y una camiseta de golf.

—Bueno, ahora que todos estamos aquí, podemos empezar. —El Sr. Klasky sacó un pequeño televisor con el viejo combo de VCR. Con el pie, Jake sacó una y Chance se sentó sobre ella, tirando de su corbata para aflojar la presión alrededor de su cuello. Acababa de empezar a trabajar en un respetado bufete de abogados de la ciudad. El pobre bastardo

trabajaba casi tantas horas como Mitchell como residente de cirugía de segundo año.

Todos agradecieron respetuosamente a la Sra. Klasky mientras les servía limonada y una bandeja de galletas con chispas de chocolate, tal como lo había estado haciendo desde que estaban en la escuela primaria. Ella le dio a Derek una palmadita extra en la mejilla cuando pasó a su lado y Mitchell escondió su sonrisa detrás de su mano. Derek lo pateó por debajo de la mesa.

La Sra. Klasky llevó las galletas de vuelta a la encimera y se puso de pie, apoyándose contra la pared. Jake le ofreció su asiento, pero ella amablemente se negó.

—Ustedes querrán estar sentados para esto.

—Con el debido respeto, Sr. Klasky, la propiedad de mi madre fue repartida hace meses, cuando se enfermó por primera vez. —Chance habló, pero Mitchell se inclinó hacia atrás en su silla y esperó mientras su pulso se elevaba un poco ante la advertencia de ella. ¿Qué diablos tenía en mente el Sr. Klasky?

—Sí. Sí. Lo sé. —El hombre mayor se inclinó, buscando un enchufe en la pared para poder conectar aquel dinosaurio de televisor. Habían tenido un viejo televisor con antenas de conejo y una videograbadora como esa en el tapanco encima del granero. Él había pasado horas viendo Jurassic Park y películas de superhéroes, bebiendo Dr. Pepper y comiendo dulces de chocolate que habría robado de la despensa de su madre.

—Entonces ¿puede decirnos por qué nos encontramos aquí? —La mirada de Chance se dirigió desde el Sr. Klasky, que finalmente había encontrado un enchufe y estaba conectando las clavijas eléctricas, hasta su esposa, que le miró con una ceja levantada hasta que añadió—: Por favor.

El Sr. Klasky se levantó y se frotó las manos como si no pudiera

esperar a darles una gran sorpresa. Derek se movió en su asiento y golpeteó sus dedos sobre la mesa. Derek odiaba las sorpresas.

—Bueno, chicos, le prometí a su madre que los reuniría a todos hoy, seis semanas después de su muerte. Que en paz descanse.

—¿Pero por qué? Todo está bajo control. —Chance se inclinó hacia adelante, en completo modo de abogado.

—No todo. —La Sra. Klasky sacó cuatro sobres del bolsillo de su delantal. Cada uno parecía contener una tarjeta de cumpleaños de gran tamaño. Caminó hacia la mesa y le dio uno a Mitchell y a cada uno de sus hermanos.

La tarjeta de Chance era verde, sin duda debido a la obsesión de su hermano con El Increíble Hulk. La de Jake era blanca. ¿Y Derek? El Sr. cuero negro y tatuajes sostenía un sobre amarillo brillante y alegre.

Mitchell miró fijamente su tarjeta. El sobre era de un rojo descolorado, pero la letra distintiva de su madre estaba escrita en el exterior. Él no tenía ni idea de lo que había dentro, pero fuese lo que fuese, el pecho le dolía y le ardían los ojos. Parpadeó para alejar la sensación y se concentró en la parte de atrás de la cabeza de Derek. Demonios. Sólo su madre podía llevar este tipo de cosas incluso más allá de la tumba. Ella siempre estaba dos o tres pasos más adelante que sus chicos. Siempre. Así fue como ella los crio. Su madre siempre sabía lo que ocurría en la vida de sus hijos, algunas veces incluso antes de que ellos mismo se dieran cuenta.

—Santo cielo. —Jake se reclinó sobre su asiento y comenzó a golpetear su sombrero de vaquero contra su rodilla, lo cual era el código para una inminente erupción volcánica.

El Sr. Klasky introdujo una vieja cinta VHS en el reproductor y la pantalla borrosa se volvió negra durante unos segundos.

Mitchell se inclinó hacia adelante con una sonrisa en la cara y los codos sobre la mesa. Toda la situación se estaba tornando interesante y su

curiosidad fue definitivamente despertada. Estaba extrañamente orgulloso de su madre por tener el poder y el amor de traerlos a todos aquí para lo que fuera...

Su sonrisa se desvaneció cuando la voz de su madre resonó a través de las bocinas de la televisión. El video hizo un sonido extraño mientras la imagen de su madre inclinándose hacia adelante para revisar la cámara se reproducía. Satisfecha, ella sonrió enérgicamente y se sentó en una silla posicionada de manera que su rostro llenara la pequeña pantalla.

Mierda. Ella lucía joven. Y sana. La palidez gris de sus mejillas no se veía en ningún lado. La recordaba así y le dolía casi tanto como lo hacía feliz.

«Hola, mis preciosos niños. Voy a hacer esta cinta y se la daré al Sr. Klasky por si me pasa algo. No planeo ir a ninguna parte, pero si lo hago, quiero que sepan que los amé más que a nada y siempre me sentí orgullosa, todos los días, de ser su madre».



Jake contuvo las lágrimas y volteó la cabeza. Derek se sentó como una estatua de piedra y Chance aguantó la respiración. Mitchell se esforzó por escuchar. No quería perderse ni una palabra, ni sonreír, ni suspirar. La extrañaba tanto que verla allí era como tenerla de vuelta, aunque sólo fuera por un minuto.

«Ustedes saben lo mucho que siempre los incentivé para que siguieran a sus propios corazones. Sigán sus sueños. Bueno, he estado pensando mucho en esto desde el año pasado. Derek tiene catorce años ahora, y veo que ya está sucediendo.

La vida se va a apoderar de ustedes y los va a despojar de sus sueños. Lo sé. El mundo real es duro e implacable. Los chicos ya no apuestan por sus sueños. Tienen que ser hombres. El mundo va a esperar de ustedes que sean duros. Y sé

que pueden ser duros como un clavo. Todos ustedes. Sé de dónde vienen. Nacieron en un mundo duro. Traté de mostrarles una vida diferente, pero tengo miedo. Temo a que crezcan y olviden quiénes son realmente. No quiero que olviden sus sueños.

Así que hice algo un poco loco. Tal vez lo recuerden, tal vez no, pero en mi cumpleaños hace unos años, le pedí a cada uno de ustedes que escribieran una tarjeta muy especial...»

La risa de su madre llenó la tranquila cocina y Mitchell le devolvió la sonrisa. Dios, la echaba de menos. Esa risa. No importaba qué tan revuelta estuviera su vida, esa risa siempre le había hecho sentir que todo estaría bien.

«Voy a pedirle al Sr. Klasky que guarde estas cartas por un tiempo. Algún día, moriré. Tal vez tenga noventa años, tal vez no, pero si me voy y necesitan que se los recuerde, él les recordará quiénes son realmente.»

Su expresión cambió de pícaro y llena de sí misma a solemne y seria y se inclinó hacia adelante hasta que su rostro llenó toda la pantalla.

«Los amo. A todos y cada uno de ustedes. Ustedes me hicieron una promesa, durante todos estos años. Y muerta o no, espero que la cumplan.»

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio, con aquella chispa de regreso en sus ojos. Oh, ella sabía que había ganado. Se había ido y sus hijos ni siquiera podían discutir con ella ahora. Sin resignación, sin lloriqueos, sin negación. Ella los tenía a todos agarrados con soga corta y sabía, desde aquel momento años atrás cuando hizo la grabación, que sus hijos cumplirían sus promesas, porque así era como ella los había criado.

«Muerta o no. ¿Qué les parece eso? Los amo. No olviden cuál es su propósito en la vida. Abran sus tarjetas ahora. Léanlas. Y sobre todo, recuerden por qué las escribieron. Mantengan sus promesas. Los amo. Saben que los estaré observando.»

Todos se sentaron en un silencio atónito y Mitchell trazó con sus dedos temblorosos la tinta que su madre había usado para escribir su

nombre.

¿Qué se suponía que debía hacer? Él nunca había roto una promesa hecha a su madre o a sus hermanos. Nunca. Y no quería empezar ahora. El hecho de que ella estuviera muerta hacía que su simple negación se sintiera diez veces peor. Era la única cosa que no debería importar, pero de alguna manera lo hacía. Sintió una pesadez posarse sobre su corazón, como si un témpano de hielo golpeará repentinamente su pecho.

Ya no necesitaba una lista de deseos, ya no más. Los dados habían sido lanzados. Ya había logrado todo lo que había escrito en la tarjeta. Era cirujano. Tenía una vida, responsabilidades y una tonelada de deuda estudiantil que pagar. Tenía el coche, o algo lo suficientemente cerca. ¿Y el perro? Bueno, eso no encajaba en su vida. El ingenuo deseo de un adolescente de tener una mascota no encajaba en la ecuación adulta. Nunca estaba en casa para cuidar a un perro. Trabajaba cincuenta o sesenta horas a la semana.

Pero podía escuchar la voz de su madre diciéndole que cambiara las cosas, diciéndole que viviera una vida diferente, que encontrara una manera de hacerlo, que se detuviera y oliera las rosas, pero no veía cómo hacerlo posible. No ahora. Quizá nunca.

CAPÍTULO UNO

Seis meses después

Jessica Finley apoyó el borde de su teléfono celular contra su frente y trató de no ahogarse en la preocupación que le apretaba el pecho y le hacía doler la cabeza. Algo andaba mal, podía sentirlo. Siempre podía sentir cuando su mellizo estaba en problemas. No podía explicar el cómo y el porqué; ella sólo lo sabía.

No ayudaba en nada que ella estuviera merodeando por allí en sus calzones rosa, un top de hacía cinco años y sin zapatos... demonios, una hora antes, había estado dormida... una hora antes tampoco había estado luchando por mantener en su estómago sus rollitos de huevo y su pollo kung pao.

Tomó su teléfono y le escribió de nuevo. Él le dijo que estaría en casa a medianoche. Tenía una entrevista con una emisora de radio local a las seis de la mañana y si su hermano era una cosa, era profesional. Había trabajado muy duro por el éxito de la banda y juró que no haría nada para poner eso en peligro. Tres años de giras, fiestas y locura y nunca había metido la pata. Hasta ahora.

«2:03 a.m. Esto no es gracioso. Llámame.»

No hubo respuesta. Su corazón latía fuertemente en su pecho mientras Eddie lloriqueaba a su lado. La mezcla de gran danés con

pitbull de 60 kilos tenía manchas blancas y negras, como si las manchas negras de un dálmata hubieran sido embarradas como tiza sobre un lienzo. La hermana de Eddie, Bella, estaba jadeando y trotando detrás de ellos. Ella era un peek-a-poo de 5 libras con el pelo rizado y blanco, una cara inocente y el temperamento de un dóberman. Ella era la jefa de la casa y el oso de peluche gigante, Eddie, la dejaba.

—Lo sé, chico, también estoy preocupada. —Jessica agachó la mano y le frotó la cabeza a Eddie, lo cual no le costó mucho ya que ella medía 1.65 y la cabeza del perro estaba casi a la misma altura que su cintura.

Un intento más, luego empezaría a marcar números telefónicos como loca. Tyler estaba fuera con Gabriel y los chicos de la banda. Alguien tenía que tener el teléfono encendido. Y más les valía que alguien le contestara.

«2:06 a.m. ¿Estás borracho? ¿Drogado? ¿Muerto en una alcantarilla? Deja de jugar conmigo, hermanito. Estás empezando a asustarme, y sabes que me enfurece.»

Tyler no hacía bromas. No la asustaría sin razón. Era su hermano menor por siete minutos y ella se había encargado de ponerlo bien claro sobre su cabeza toda la vida. Él era, básicamente, el único familiar cuerdo que tenía, e incluso eso era cuestionable, dependiendo del día.

De repente, su teléfono sonó tan fuerte que casi se le cae. Jessica se apresuró a evitar que cayera al suelo, más preocupada que nunca porque ese no era el timbre que había establecido para su hermano. No, el sonido que hacía eco en su cocina era el de un teléfono viejo a todo volumen.

Todas las personas que ella conocía personalmente, literalmente, cada amigo, pariente, compañero de trabajo; todos tenían asignada una canción para su tono de llamada.

Temblando, giró el teléfono para poder ver el identificador de llamadas en la pantalla.

Un hospital.

Mierda. Mierda. Mierda.

Deslizó el dedo y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Hola?

—Hola. Estoy buscando a Jessica Finley.

—Sí. Es ella. —Jessica se inclinó sobre el mostrador de la cocina, usando la encimera marrón manchada de hace décadas para sostenerse. Esto estaba mal. Muy mal.

—Srta. Finley, lamento llamar tan tarde. Soy la enfermera Sandoval, una enfermera de urgencias del Hospital Rocky Mountain Memorial. Le llamo porque está en la lista de contactos de emergencia del celular de Tyler Travis.

—Oh, Dios mío. —Jessica dejó de intentar pararse y se dio la vuelta. Su espalda se deslizó por los gabinetes y aterrizó con un suave golpe sobre el suelo de baldosas frías. Inmediatamente, Eddie y Bella corrieron hacia su regazo. Bella tomó el espacio entre sus piernas, pero Eddie se asomó, con su cabeza contra la de ella, y Jessica envolvió su mano alrededor de la cabeza del perro, tratando de sostenerse a la vida—. ¿Qué le sucedió?

—Por favor, no se asuste, Sra. Finley. Él está siendo evaluado por nuestro equipo de trauma ahora mismo. Estuvo involucrado en un accidente de auto. Está vivo y hablando con nuestro personal. Eso es todo lo que puedo decirle en este momento. El Dr. Walker está con él ahora. El doctor podrá decirle más sobre la condición del Sr. Travis cuando usted llegue.

—¡Espere! —La enfermera estaba a punto de colgar y Jessica pudo sentir la larga pausa mientras la enfermera Sandoval esperaba a que Jessica dijera lo que tenía que decir, de manera que la enfermera pudiera colgar el teléfono y volver a su papeleo, o a los pacientes, o al siguiente familiar atónito al que tuviese que llamar—. ¿Tyler estaba con su hermanastro, Gabriel Castillo? ¿También está él allí? ¿Estuvo en el

accidente también?

La enfermera despejó su garganta.

—Un momento. Veré qué puedo averiguar.

Ella puso a Jessica en puta *espera* por una eternidad mientras la voz de algún idiota alegre se filtraba a través del teléfono, diciéndole todo acerca de su centro de mamografía, lo genial que era atender un parto en su sala de maternidad y todo acerca de la tecnología de punta del departamento de cardiología. Jess quería tirar el teléfono a través de la habitación, pero no lo hizo. En lugar de eso, se quedó sentada y escuchó la grabación entera, dos veces, antes de que la enfermera volviera al teléfono. Jess escuchó a alguien contestar y literalmente sintió cómo su corazón se detenía.

—¿Srta. Finley?

—Sí.

—Se supone que no debo decirle nada sobre el Sr. Castillo, a menos que usted sea un familiar.

—Sí. Es mi hermano. —Hermanastro, y un dolor en el trasero, pero la enfermera no necesitaba saber eso.

—Él también estuvo en el accidente y llegará en unos diez minutos.

—¿Qué? —¿Cómo era eso posible?— Pero, no entiendo. ¿Por qué está Tyler allí sin Gabriel si ambos estuvieron en el accidente?

—El Sr. Travis fue traído en un helicóptero de emergencia, Srta. Finley. La ambulancia que transporta al Sr. Castillo llegará en unos diez minutos.

—Gracias. —Colgó y abrazó a Eddie durante cinco segundos. ¿Habían llevado a Tyler en un helicóptero de emergencia a uno de los mejores hospitales de traumatología de la ciudad? ¿Un helicóptero de emergencia? Eso estaba mal. Muy mal.

¿Iba a morir? ¿Todavía tendría todos sus brazos y piernas? ¿Podría caminar? ¿Tendría los huesos rotos? ¿El cráneo roto? ¿Su cabeza habría golpeado tan fuerte el volante que tendría amnesia y no la reconocería cuando llegase allí?

—Cállate, Jess. —No estaba hablándose a sí misma, no realmente. Como periodista independiente especializada en entretenimiento, Jess escribía un montón de chorradas sobre una tonelada de gente famosa que no le importaba y muchos artículos a profundidad sobre los que sí le importaban.

Jess corrió hacia su habitación y recogió toda la ropa que había tirado al piso hacía menos de tres horas: un viejo pantalón deportivo negro y dorado de CU Buffalo, una camiseta de su tienda de incienso favorita en Pearl Street en Boulder y un par de sandalias que mostraban su nuevo esmalte verde neón para las uñas de los pies.

Corrió hacia la encimera para tomar su bolso y sus llaves. Los perros estarían bien. Tenían comida, agua y una puerta para perros lo suficientemente grande como para que un defensa de fútbol americano se arrastrara a través de ella. Eddie se veía malvado como un demonio, pero si alguna vez entrara un ladrón en la casa, Bella le mordería los tobillos mientras que Eddie probablemente se subiría a su regazo y se daría la vuelta para que le frotaran la barriga. Era un bebé grande.

—Ustedes dos pórtense bien, regresaré pronto. —Salió corriendo hacia su carro eléctrico de color verde agua y cerró la puerta de la entrada lo suficientemente fuerte como para despertar a los vecinos, especialmente a su amiga, la Srta. Beatrice Brown, la viuda de al lado. La anciana tenía ochenta años, vivía sola y nunca se perdía nada de lo que pasaba en la calle. Era como todo un escuadrón de vigilancia del vecindario en una sola mujer. Además, hacía los mejores panecillos caseros que Jessica alguna vez hubiera probado.

Como era de esperar, Jessica se estremeció cuando la luz de la cocina se encendió en la casa de la Srta. Bea.

—Lo siento, Bea. —Temblando como una hoja, Jessica susurró sus disculpas desde el asiento del conductor en el pequeño carro verde y lo puso en marcha. Probablemente no debía estar conduciendo, pero no había manera de que se quedara en casa y no quería perder media hora llamando a un taxi. Las llantas empezaron a moverse, pero ella golpeó el freno intentando relajarse por un minuto, con las manos en el volante, tratando de calmarse lo suficiente como para no matarse en el viaje de diez minutos al hospital. No estaba lejos. Era tarde. No habría mucho tráfico, ¿cierto?

Jessica se alejó de la acera mientras sentía a su corazón alojarse en la parte posterior de su garganta. No tenía ni idea de quién diablos era ese tal Dr. Walker, pero más valía que fuera bueno. Más valía que fuera un genio de la medicina.

Más valía que fuera como su padre, el Dr. Richard Travis, neurocirujano con un título de médico y un doctorado en química. Más valía que el Dr. Walker fuera un maldito virtuoso con experiencia y más valía que no cometiera ningún error. Si algo le sucedía a su hermano, el tanpreciado, sagrado y único hijo biológico del Dr. Richard Travis, su padre estaría en un avión desde Nueva York al día siguiente para patearle el trasero al Dr. Walker hasta la próxima semana.

O no. Diablos, probablemente sólo enviaría a sus abogados. Ese parecía ser más su estilo en los últimos años.

Imaginar al respetado Dr. Walker cuidando al hermano de Jess la ayudaba a mantenerse calmada mientras conducía. Ahora podía verlo, envejecido y refinado, con serios ojos grises y cabello plateado. Actuaría calmado y confiado; tranquilo, pero claramente en control total. Él tenía que estarlo, pues esa era la única línea de pensamiento que iba a llevarla al hospital en una sola pieza.

Unos minutos más tarde entró al estacionamiento, siguió los señalamientos hacia la sala de emergencias y esperó impaciente a que el guardia de seguridad la dejara pasar por las puertas de vidrio cerradas

con llave. Ella podía ver la sala de espera donde estaba el puesto de enfermeras y se preguntó cuál de ellas era la que la había llamado.

Abordó al aburrido guardia de seguridad con identificación en mano.

—Mi hermano está en urgencias. La enfermera Sandoval me llamó.

El guardia la miró por encima de su identificación, se la devolvió y apretó un botón. Las puertas sonaron y la dejó entrar.

—La estación de enfermería está al frente a la derecha.

—Gracias. —Mirando hacia abajo, caminó derecho a través de la casi vacía sala de espera, donde sólo había un hombre mayor hablándole a sus ya adultos hijos. Jessica los escuchó hablando de un derrame cerebral y asumió que su madre debía estar aquí en alguna parte. Un joven estaba sentado con la mano envuelta en una toalla de cocina empapada de sangre. Parecía un corte, no muy grave, lo cual sería de baja prioridad en este momento con un caso de trauma aquí y otro en camino. En general, el lugar no estaba mal para las dos de la madrugada de un sábado.

Sólo había una enfermera sentada en la estación y como tres más caminando y zumbando de aquí a allá como abejas en una colmena. Podía oír voces apagadas pero apremiantes que venían desde el pasillo, pero no podía distinguir ni la más mínima cosa. ¿Estaría Tyler en esa habitación detrás de las cortinas?

—¿Puedo ayudarla? —La enfermera habló, pero Jessica había estado tan concentrada en tratar de averiguar qué estaba pasando allí que saltó.

Con un suspiro profundo, se paró junto al mostrador.

—Soy Jessica Finley. La enfermera Sandoval llamó por mi hermano, Tyler Travis.

—Mmmm-hmmm. Un minuto. —La enfermera era hispana, con un hermoso cabello negro hecho una trenza y una piel que no demostraba el paso del tiempo. Tenía más de cuarenta años y parecía que sabía lo que hacía. Jessica sabía que una experimentada enfermera podía darle una

paliza de conocimiento a cualquier doctor recién egresado cualquier día de la semana.

—¿Es usted la enfermera Sandoval? —Jessica se inclinó, tratando de leer la etiqueta con el nombre de la mujer, pero no podía ver más allá del borde del monitor de la computadora.

—Sí, querida. Déjame ver. —La enfermera revisó unas carpetas y algunos documentos escritos a mano—. Tu hermano Gabriel llegará en cualquier momento. No tengo ninguna información sobre él, aparte de que los paramédicos notificaron que estaba estable.

Jessica sintió que un poco de tensión la dejaba. Un hermano menos para preocuparse, faltaba otro.

—¿Y Tyler?

—Tyler Travis. —La enfermera sacó un largo historial médico de un archivo que estaba junto a ella y asintió con la cabeza. Sus ojos marrones oscuros se suavizaron un poco en los bordes e inclinó la cabeza mientras miraba hacia arriba. Jessica conocía esa mirada. Entre sus padres, había pasado suficiente tiempo rodeada de personal médico para escribir un manual. Ella conocía esa mirada.

—¿Qué le pasa a mi hermano?

—No tengo su historial, cariño. Lo llevaron a cirugía. La espera quirúrgica es en el segundo piso. Llamaré para avisarles que vas para allá.

CAPÍTULO DOS

Mitchell encontró la hemorragia en el bazo de su paciente y la presionó entre su pulgar y sus dos primeros dedos.

—Pinzas.

La enfermera a su derecha era nueva, y él aún no sabía su nombre. No era algo que le importase, no ahora. Tenía a un hombre de 25 años desangrándose en la mesa. Hora de trabajar. Hora de jugar a ser Dios y engañar a la muerte. Hora de hacer lo que le gustaba hacer.

—Succión. Más succión. No puedo ver nada.

La enfermera de enfrente, Brenda, había estado trabajando en el quirófano por más tiempo del que él había estado vivo. Ella empujó y apartó los órganos internos del paciente hacia un lado con facilidad para conseguirle la visión clara que él necesitaba. Cuando la cavidad abdominal no comenzó a llenarse inmediatamente de sangre roja y brillante, Mitchell suspiró aliviado y se puso a trabajar. Este tipo no necesitaba un bazo. Ya no más. No si quería sobrevivir la noche.

Los riñones estaban magullados y el paciente probablemente tenía una concusión. El cinturón de seguridad que probablemente le había salvado la vida también había golpeado duro y bajo en el abdomen del paciente. Mitchell esperaba que el hombre no terminara con una sección necrótica del intestino, pero sólo el tiempo lo diría. El hombre iba a tener que estar en observación por varios días.

—Su presión se está estabilizando. Creo que ese fue el último sangrado. —La enfermera anestesista le sonrió cuando levantó la vista y asintió con la cabeza. Se llamaba Sylvia. Estaba divorciada, era ocho años mayor que él y había dejado claro en más de una ocasión que sería más que bienvenido en su cama.

—Bien. No veo nada más. ¿Brenda? —Mitchell esperó mientras la experimentada enfermera de quirófano de pie frente a él se agachaba sobre el intestino del paciente y movía su vara de succión en busca de más hemorragias. Era buena. Muy buena. Tenía más de dos décadas de experiencia en cirugía de trauma y él la respetaba bastante por eso. Cuando se trataba de salvar la vida de alguien, no había lugar para la competencia o ese tipo de mierda. Una buena enfermera era oro. Oro puro.

—Creo que estamos bien. —Brenda levantó la cabeza como señal para otra enfermera que estaba ocupada en los bordes de la habitación tomando suministros y registrando todo lo que habían abierto—. Empieza a contar, Deb, o estaremos aquí toda la noche.

—Estoy en eso. —Deb sonaba joven, pero Mitchell no sabía quién era. Debía ser nueva. Como se le ordenó, empezó a contar cada pedazo de gasa, cada pinza, cada sutura, aguja, instrumento y toalla que se había utilizado. Las cubetas estaban llenas de gasa manchada de sangre. El paciente había recibido dos unidades de sangre y tres soluciones lácticas de Ringer en las últimas horas. Todo debía ser contado para no dejar accidentalmente una sorpresa dentro del intestino del paciente y tener que volver a entrar de nuevo más tarde para sacarlo. No era como si esa mierda se pudiera disolver por sí sola.

Mitchell respiró hondo y se relajó por primera vez desde que este joven rubio había sido llevado del helipuerto a la sala de traumas. Las secuelas de su subidón de adrenalina comenzaron a colapsar su sistema y supo que si no terminaba pronto, pasaría las siguientes horas con dolor en los pies, una sensación como si hubiera tenido la boca llena de

algodón y una tensión en el cuello que duraría una semana.

Pasó otra media hora asegurándose de tenerlo todo y suturando un par de pequeñas laceraciones en el hígado que probablemente no eran necesarias, pero a Mitchell no le gustaba arriesgarse. Nunca. Cuando pidió la grapadora, Brenda le ayudó a mantener los intestinos del hombre en su lugar mientras él perforaba a través de la piel del paciente con suficiente acero inoxidable para que pareciera una cremallera viviente. Tenía una cicatriz enorme desde la parte inferior del esternón hasta el hueso púbico, pero viviría.

—Buen trabajo, doctor. —Brenda colocó su mano enguantada cubierta de sangre sobre la de él y la apretó. Mitchell asintió con la cabeza y sonrió, sabiendo que ella le vería las arrugas en las esquinas de los ojos detrás de la pantalla de plástico de su mascarilla quirúrgica.

—Tú también. Gracias a todos.

Brenda asintió con la cabeza y volvió al trabajo.

—Bueno, equipo. Terminemos esto y pongámoslo en recuperación. Estoy segura de que tiene familia esperándolo. Doctor, mejor vayamos a sacarlos de su miseria.

Ella lo ahuyentó de la sala como su madre y él sonrió. Brenda era un ancla para él aquí. Casada, con cinco hijos adultos y una actitud pragmática que le recordaba a su madre, él había confiado en su calma y su ayuda en el quirófano más de una vez y ella no lo había defraudado todavía. Mitchell caminó alrededor de la cabeza del paciente, donde la anestesia estaba terminando para traerlo de vuelta a la tierra de los vivos.

—Gracias, Sylvia. ¿Cómo lo ves? —Mitchell dio un paso atrás y se quitó los guantes largos, calientes, sudorosos y empapados de sangre de las manos y los arrojó al cubo de desechos biológicos infecciosos de la esquina. Su bata quirúrgica desechable y su mascarilla les siguieron mientras Mitchell caminaba detrás de la enfermera anestesista y miraba por encima de su hombro a los monitores del paciente. Todo parecía estar

bien, pero la palabra final no la tenía él.

Sylvia miró su gráfica y sus signos vitales.

—Está bien. Todo parece estable. Dile a su familia que saldrá de recuperación en un par de horas.

Mitchell asintió con la cabeza, sintiendo ya lástima por el pobre bastardo. Brenda lo envolvería en suficientes vendas como para construir una momia antes de llevarlo a la sala de recuperación. Los tubos de drenaje se quitarían en un día o dos, asumiendo que todo saliera bien. Él estaría adolorido. Muy adolorido. Mitchell se dirigió a Brenda.

—Asegúrate de que tenga un goteo de morfina junto con veinticuatro horas de antibióticos profilácticos en la UCI. Y quiero un reporte de sus signos vitales cada treinta minutos durante las próximas ocho horas. Quiero que camine tan pronto como sea posible, incluso aunque tengan que envolver sus brazos sobre sus hombros y arrastrar su trasero alrededor de su habitación. Si me necesitas, ya sabes dónde estaré.

—Sí. Entendido.

Él giró el cuello sobre sus hombros para aliviar el dolor muscular y se detuvo antes de salir de la habitación.

—¿Y el otro paciente? ¿Sabes si alguien se ocupó de él o si sigue en observación?

—La segunda víctima del accidente tenía una fractura compuesta de tibia y peroné y algunas laceraciones en la cara y los brazos que necesitaban puntos de sutura. El asistente médico lo suturó y el ortopedista de guardia llegó hace un rato. Está en el quirófano cuatro.

Hecho. Todo bajo control. Crisis evitada. Hora de dormir....

Inmediatamente después, localizó a la familia de este paciente y respondió a todas sus preguntas. Se dirigió a la estación de enfermería del quirófano, donde dos enfermeras acababan de llegar para su turno de la mañana.

—Buenos días, señoritas. ¿El Sr. Travis tiene familia en la sala de espera?

La enfermera más cercana a él revisó su lista.

—Sí. Su hermana está aquí. Jessica Finley.

—Bien, gracias. Iré a hablar con la señorita Finley. Luego de eso, iré a intentar descansar un par de horas, por si me necesitan. —El sueño era una necesidad y él no podía esperar a llegar a la pequeña habitación en la que los residentes dormían cuando estaban de guardia. La habitación era del tamaño de un vestidor con una cama diminuta, un escritorio más pequeño que los que había usado en el primer grado, un puesto de ducha apenas lo suficientemente grande como para ponerse de pie y un televisor a color de diecinueve pulgadas que tenía todos los canales estándar del hospital. El paraíso. Si llamaba y rogaba, ocasionalmente le llevaban comida de la cafetería, pero a menos que alguien que él conociera estuviese trabajando en el carrito de la comida, tenía que despertarse y subir a la cafetería cuando le diera hambre. Eso suponiendo que pudiera comer. Cuando llegaba el momento de elegir entre la comida y el sueño, generalmente escogía el sueño. Era mucho más difícil de conseguir horas de sueño. No había dormido en casi treinta horas y estaba muerto en vida.

Dios, odiaba los fines de semana. Si además había luna llena o un partido de fútbol, se daba por vencido con la idea de dormir durante cuarenta y ocho horas. No se suponía que trabajara más de veinticuatro horas sin descanso, pero a veces las cosas no funcionaban así.

—¿Sabes quién es él? —La enfermera que habló estaba escribiendo las tareas del quirófano de la mañana en un pizarrón blanco. Mitchell le echó un vistazo. Su nombre estaba junto al del jefe de residentes en una reparación de hernia en tres horas. Mierda. Ni pensar en dormir.

—¿De quién estás hablando?

—Tyler Travis. —La enfermera no levantó la vista de la pizarra, sólo

siguió escribiendo. Su nombre estaba en el caso después de eso también. Una resección hepática. Dios, odiaba el cáncer.

Mitchell estaba tan absorto en leer la pizarra que casi no notó el rubor en las mejillas de la enfermera. Ella se giró para mirarlo con la mandíbula floja, luego se giró hacia la enfermera detrás del mostrador con una gran sonrisa en la cara. Obviamente había algo de lo que él no estaba percatándose.

—Es mi paciente. Eso es lo que sé.

—Acabas de salvar a Tyler Travis, la estrella de rock. Es el guitarrista principal de Castillo. Gabriel Castillo también está en la banda. Quirófano cuatro con el doctor Nguyen.

—Nunca he oído hablar de ellos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Está desactualizado, doctor Walker. ¿Tuvieron tres éxitos número uno el año pasado? ¿Ganaron un Grammy?

Lo que sea. A él no le importaba si el que sangraba era una estrella de rock o un jardinero. Los emocionados rasgos de la enfermera se desinflaron ante su falta de respuesta.

—Mantengamos esto profesional, señoritas.

Ellas guiñaron el ojo, obviamente ofendidas, pero Mitchell ignoró su mala actitud y fue en busca de la hermana del dios de la guitarra.

Se dirigió a la sala de espera de la sala de operaciones, ansioso por terminar con esta parte de las cosas para poder dormir un par de horas. La habitación era más pequeña que las salas de espera principales, y tranquila, fuera del tráfico peatonal normal del hospital. Siempre había imaginado que los diseñadores lo hicieron así porque nunca nadie estaba emocionado por estar en esta habitación. No era la sala de maternidad. La gente recibía malas noticias en esta habitación. A veces, recibían las peores noticias, y probablemente esa era la razón por la que la capilla

estaba al final del pasillo.

—¿Señorita Finley? —Podía haber llamado a la estación de voluntarios y hablarle de su hermano por teléfono, pero nunca le había gustado esa tendencia de la medicina, el desprendimiento. Él prefería mirar a la gente a los ojos. Luchaba por salvar a sus pacientes cada vez, luchaba con todas las fibras de su ser, y sin importar lo que pasara, necesitaba que sus familias lo supieran.

—Sí. —Una pelirroja de ojos claros se puso de pie de un salto, derribando un bolso lo suficientemente grande como para llevar a un niño pequeño dentro. Sus cosas se desparramaron por el suelo mientras se arrodillaba torpemente para recogerlas.

Mitchell se agachó para ayudarla y cogió un brillo de labios de fresa, un teléfono celular, una crema para manos con aroma a jazmín, tres bolígrafos azules y uno rojo, una caja de lápices de colores, una barra de chocolate, un panecillo de arándano en una bolsa de plástico, un tampón, el cual ella le arrancó de la mano más rápido de lo que había visto a cualquier mujer moverse antes, un libro de bolsillo sobre entrenamiento de cachorros, una botella de esmalte de uñas de color púrpura brillante y un pequeño cuaderno de espiral con un bulldog vestido como un hada de color púrpura en la portada.

Dios santo. Esa era sólo la mierda que él había recogido. Ella había recogido el doble en la mitad del tiempo.

—Lo siento. Lo siento mucho. —Ella metió las cosas que él entregó en la cavernosa bolsa a rayas y las puso a un lado, depositadas en el centro de la silla más cercana a ella—. Soy Jessica Finley.

—Soy el doctor Walker. —Él extendió su mano y ella lo miró por primera vez. Los ojos marrones claros de la enfermera se volvieron del color del whisky sobre hielo y se abrieron de par en par mientras su mirada se fijaba en la de él.

—No eres viejo. —Ella sacó su mano de la de él para cruzar sus

brazos sobre su pecho y él no pudo evitar admirar la suave hinchazón de dos pechos pequeños pero muy bonitos. Estaba cansado, no muerto.

Él ignora el comentario sobre su edad sencillamente porque no tenía que ver con nada. Tal vez ella estaba fuera de sí.

— ¿Se encuentra bien, Srta. Finley? ¿Podemos traerle algo? — Mitchell le indicó la estación de bebidas a lo largo de la pared y luego miró hacia abajo para confirmar que no estaba alucinando: pantalones deportivos de CU, sandalias, uñas de los pies de color verde neón, una bolsa tejida de paja con rayas de arcoíris, nada de maquillaje, pecas en las mejillas y una melena salvaje de pelo enredado que colgaba justo detrás de sus hombros.

Llámenlo bastardo por ponerla en una caja y etiquetarla, pero tenía que ser de Boulder. Tal vez era una de esas chicas que nunca se afeitaba las axilas y bailaba desnuda bajo la luna llena. En un día normal, la polla de Mitchell se hubiera conmovido al pensar que ella bailaba desnuda, pero estaba demasiado cansado para que le importara lo que su pene pensara en ese momento.

— No bebo café, gracias.

— ¿O té caliente? — A los hippies en Boulder les gustaba el té. ¿Cierto? Por alguna razón, se sintió obligado a asegurarse de que ella estuviera bien.

— No, gracias. Estoy bien. ¿Cómo están mis hermanos?

— ¿Hermanos? ¿En plural? — ¿Tenía a la mujer equivocada?

Ella suspiró y levantó la mano para frotarse la frente.

— Tyler Travis y Gabriel Castillo son mis hermanos. Ambos están en cirugía. ¿A cuál operaste? Eres el doctor Walker, ¿verdad? ¿Entonces tú no eres ortopedista, sino el general?

Mitchell la miró por unos segundos, tratando de determinar si estaba medicada. O drogada. No olía a marihuana y sus ojos parecían claros,

pero estaba tan cansado que tal vez no se daba cuenta.

Ella bajó la mano y se encontró con su mirada de nuevo. Esta vez él vio la molestia allí, como si ella hubiera explicado esto mil veces y no quisiera tener que hacerlo de nuevo.

—¿Cómo está Tyler?

Mitchell tenía la cara en blanco. Sabía todo sobre la dinámica familiar jodida; demonios, antes de que su madre lo adoptara a él y a sus hermanos, había sido un perfecto ejemplo de lo jodido.

—El Sr. Travis está en recuperación. La cirugía salió bien. Presentaba sangrado interno y tuvimos que extirparle el bazo. Sus riñones están magullados, pero debería sanar. También tenía unas pequeñas laceraciones en el hígado que yo suturé. Está estable, pero tenemos que vigilarlo de cerca...

—De acuerdo, bien. Está estable. —Mitchell abrió la boca para terminar su discurso habitual, pero ella levantó la mano y lo detuvo—. Lo sé. Antibióticos. Vigilar el intestino. Las siguientes veinticuatro horas son críticas. UCI. Tener cuidado con infecciones y coágulos de sangre. Entendido. ¿Qué hay de su cabeza?

—¿Qué de su cabeza? —Jessica Finley estaba haciendo girar su cabeza. Tal vez necesitaba dormir más de lo que creía. Ella estaba rebotando como un conejo sobre brasas y no podía seguir sus saltos mentales.

—¿Tiene traumatismo craneal? ¿Una conmoción cerebral? ¿Algo así? Ya sabes, amnesia o ceguera o posibles cambios de personalidad, porque más allá de ser mi mellizo, mi mejor amigo. Si se vuelve malo, o raro, no voy a ser capaz de lidiar con eso.

¿Su mellizo? ¿Tyler Travis era su hermano mellizo? Esto se volvía cada vez más raro.

—No hay daño cerebral del que yo esté enterado. La tomografía computarizada no mostró hemorragia ni algún trauma importante en el

cerebro. Puede que tenga una conmoción cerebral leve, pero lo observaremos de cerca. —Los hombros de Jessica se desplomaron y él tuvo el impulso loco de alcanzarlos y masajearlos, tal vez incluso de envolverla en un abrazo y dejarla calmarse y respirar. Obviamente ella estaba un poco nerviosa en ese momento. Probablemente se había levantado de la cama en medio de la noche con esa maraña de pelirrojos y corrido al hospital cuando la llamaron.

Cuando él lo pensaba de esa manera, su apariencia desaliñada se le hacía sensual, totalmente. Podía imaginar la cabeza de ella apoyada sobre su almohada, su pelo rojo oscuro extendiéndose como un halo a su alrededor mientras le besaba las pecas de las mejillas y la bombeaba como un....

—¿Qué hay de Gabriel? Sé que el HIPPA puede ser difícil, pero las enfermeras no me dicen nada y ya me siento lista para estrangular a alguien.

Sus preguntas eran extrañas, pero no eran sinsentidos.

—¿Estás en el campo de la medicina? —Si ella fuera doctora, se habría asegurado de que él lo supiera de inmediato. De lo contrario, eso dejaría a la escuela de medicina, a la enfermería, a la fisioterapia, a la codificación médica o a cualquier otro trabajo como únicas explicaciones para su interrogatorio.

—No. Demonios, no. Tan sólo ver la sangre me hace desmayar. Soy periodista.

—¿Qué?

—Una reportera independiente, ¿sabes? Escribo historias de entretenimiento y celebridades para el *Daily Post*.

Oh, mierda. Tyler Travis era una estrella de rock, ¿Y esta mujer estaba aquí, con un apellido diferente, afirmando ser su *hermana*? ¿Afirmando ser la hermana de ambos pacientes, ambos miembros de la banda? ¿Y los tres con apellidos diferentes? ¿Y ella acababa de admitir que era una

reportera de entretenimiento? ¿Una maldita columnista de chismes? Menos mal que no le había dicho más.

—¿Revisaron tu identificación en la recepción?

—Sí. Por supuesto. —Ella frunció el ceño.

—¿Eres casada? —Él buscó un anillo de boda, pero no vio uno en sus largos y delicados dedos. El matrimonio era la única explicación para los diferentes apellidos; a menos que Tyler Travis fuera un nombre artístico, pero no aceptarían un nombre artístico para dejarlo ingresar al hospital. El personal de admisiones habría escarbado su billetera para encontrar su identificación real.

—No.

Era turno de él de fruncirle el ceño a ella

—Lo siento, Srta. Finley. Es todo lo que puedo decir. No sé nada de ningún otro paciente. El Sr. Travis está en recuperación y estará allí por un par de horas. No puedo darle más información hasta que hayamos confirmado que usted es quien dice ser.

—¿Qué se supone que significa eso? —Ahora ella estaba enojada y unas pequeñas chispas de fuego dorado se disparaban a través de sus ojos hacia él. En contra de toda lógica, Mitchell lo encontró adorable. Era como un cachorro intentando arañar a un tigre.

—Venga conmigo. —Esperó a que ella tomara su bolso del tamaño de una maleta y la llevó al escritorio donde un asistente del hospital de cara severa atendía el teléfono. Mitchell se inclinó y Jessica se inclinó con él.

—Esta es la Srta. Finley. Es una reportera que dice ser hermana del Sr. Travis y del Sr. Castillo. Por favor, confirme sus afirmaciones antes de que compartamos más información con ella.

—Claro, doctor. —La mujer mayor endureció su columna vertebral y frunció el ceño a Jessica como un bulldog al que le acababan de dar un hueso. Genial. La mujer estaría pidiendo el certificado de nacimiento de

Jessica y una declaración jurada antes de permitir que Jessica entrara al área de recuperación, o al cuarto. Con el trabajo hecho, Mitchell sintió que se le caían los hombros. La cama abultada en el cuarto para residente nunca había parecido tan atractiva.

—¿Qué? —Jessica se volvió contra él—.¿Estás bromeando? Esto es una mierda.

—Llevo despierto 36 horas, Srta. Finley. No tengo tiempo ni energía para tonterías. —Mitchell tocó el escritorio con la palma de la mano y se alejó, dejando a la bella, pero muy enojada Jessica Finley discutiendo con el personal del hospital.

CAPÍTULO TRES

JESSICA IBA A ROMPERLE EL TRASERO A ESE CIRUJANO CUANDO LO VIERA. ¡Eso era lo que iba a hacer!

Se dejó caer en el sillón reclinable junto a la cama de Tyler y dio golpecitos rápidos con el pie en el suelo.

Cretino. Idiota. Estirado, sobreprotector, cirujano sabelotodo. ¿Y qué si ella tenía un apellido diferente? ¿Y qué si era una reportera? Tyler era su mellizo y Gabriel era su hermanastro del segundo marido de su madre. Él había sido su hermano desde que ella tenía doce años. ¿Diferente apellido? Sí. Pero ¿y qué? Gabriel y su hermano y hermana tenían un padre diferente, y Tyler había elegido mantener el nombre de su padre biológico. Jessica prefería pensar en su propio padre como el donante de esperma y había asumido el apellido de su madre, Finley, cuando cumplió los dieciocho.

El Dr. Walker probablemente no entendería nada de eso. Probablemente habría crecido en una casa con una cerca blanca, dos padres que en realidad se amaban y que se quedaron juntos para siempre y un golden retriever llamado Max que jugaba a buscar la pelota y dormía al pie de su cama todas las noches para ahuyentar a los monstruos.

—Cretino.

—¿Por qué estás tan enojada, Jess? Puedo sentir la ira desde aquí. —

La voz ronca de Tyler la trajo de vuelta de la tierra de imaginar formas de torturar al Dr. Walker, algunas de las cuales estaban empezando a distraerla. Ella había imaginado colgarlo desnudo, pero la desnudez lo había arruinado para ella. Un pensamiento completamente distractor. Se suponía que fuera viejo, feo y molesto. No joven, hermoso y molesto.

—Oh, el idiota que te operó hizo que me echaran de la sala de recuperación. Le dije que era periodista, y como no tenemos el mismo apellido, no creyó que fuera tu hermana.

—Bueno, ya estás aquí.

Ella columpió su bolso desde el lado de la silla, como un péndulo gigante que bailaba sobre el piso blanco de baldosas. Lo aceleró a tiempo con su irritación mientras sus dedos retorcían la suave correa de cuero.

—Tuve que llamar al donante de esperma. —Y ella nunca, nunca, perdonaría al Sr. Dr. Sexy por eso. Hablar con su padre era su cosa menos favorita en el mundo. Ella habría tenido que llamarlo de todos modos, para contarle lo del accidente, pero esperaba poder delegar esa responsabilidad en uno de sus hermanos, uno que no comparara el sonido de su voz al de unas uñas rasgando un pizarrón.

—Oh, mierda. —Tyler se rio y luego jadeó de dolor—. Oh, Dios, Jess. No me hagas reír. Me duele.

Jessica se puso de pie de un salto y se colocó a su lado.

—¿Quieres que llame a la enfermera? —Miró a su hermano. Normalmente las chicas se desmayaban ante su pelo rubio y sus ojos azules. Ahora mismo, parecía la muerte encarnada. Su piel blanca lucía casi tan pálida como la de ella.

—No. Sólo no me hagas reír. O moverme. —Levantó la cabeza para mirar su propio cuerpo, pero todo estaba cubierto con las mantas blancas del hospital. Una intravenosa estaba en su mano izquierda. Cautelosamente bajó ambas manos a su abdomen para sentir la venda gruesa con la que las enfermeras lo habían envuelto para contener todos

sus trozos—. ¿Qué diablos pasó?

—Volcaste tu camioneta en Sante Fe.

Su cabeza cayó de regreso sobre la almohada y gimió.

—Mierda. ¿Dónde está Gabriel? —Su monitor de presión sanguínea sonó y Jessica levantó la vista para ver que su pulso se había disparado.

Jessica tomó su mano, teniendo cuidado con la intravenosa.

—Él está bien, Ty. Se rompió la pierna. Sólo eso. Ya está sentado, comiendo gelatina y coqueteando con las enfermeras. Tú tuviste una cirugía mayor, casi te desangras hasta morir y has estado fuera de ti por horas. —Tyler respiró hondo y gimió estremecido. Jessica hizo una mueca de dolor junto con él. Era un completo desastre—. Sin embargo, el funeral de tu camioneta será el próximo miércoles a las dos.

—Diablos. Amaba esa camioneta. —Su camioneta era un gran monstruo negro con una cabina extendida de cuatro puertas, ruedas dobles y suficiente cromo personalizado para brillar en la oscuridad. No era una camioneta de trabajo como la de un campesino, era una camioneta para presumir y atraer a las mujeres, como si necesitara ayuda en ese departamento.

—Lo sé. —Ella le quitó un mechón de pelo de la frente—. ¿Qué pasó? ¿Recuerdas algo? La policía dijo que tú conducías.

Tyler entrecerró los ojos y Jessica se puso tensa. Esto iba a ser malo.

—Había un perro.

—¿Un perro? ¿No un ciervo, o un alce, o una vaca en el camino? ¿Sino un perro?

—Sí. Corrió justo delante de mí y frené, pero sabía que no iba a ser suficiente, así que giré el volante...

Jessica le apretó la mano. Todos sabían que no se debe dar un volantazo en una camioneta.

— ¿Casi te matas, y matas a Gabriel, por un perro?

Tyler abrió los ojos y levantó el brazo derecho para frotarse el costado de la cara.

— Bastante tonto, ¿eh?

— Oh, Dios mío, hermanito. Estás loco. — Él estaba loco, y adorable, y vivo, y ella lo amaba. Y, tenía que admitirlo, ella probablemente habría hecho lo mismo.

— Era una cosita linda, Jess, con el pelo dorado. Me recordó a Digger. — Digger era el golden retriever que su madre les había comprado como regalo reconfortante después del divorcio número tres. El cachorro había durado tres meses antes de que su madre regalara al perro porque no podía soportar el pelo en los muebles o los agujeros en el patio trasero.

Tyler se encogió de hombros y ella se inclinó para abrazarlo. Un perro. Ella habló con la cabeza sobre el hombro de Tyler mientras el sol iluminaba la habitación con una luz brillante y alegre.

— Así que, ¿era un Golden?

— Tal vez. No lo sé. No conozco todas las razas de perros de la faz del planeta como tú.

Ella negó con la cabeza.

— Estás loco, Ty. ¿Lo sabías?

— Por eso me amas.

— Cierto.

Una profunda voz masculina despejó su garganta desde la puerta y Jessica se sentó, pero no soltó la mano de Tyler.

— ¿Interrumpo? — El Dr. Walker se paró ante la puerta, luciendo tan hermoso, tan joven y sexy como ella recordaba.

— No. — Tyler suspiró.

Jessica apretó la mano de Tyler un poco más fuerte.

—Doctor Walker.

Trató de sonar fría y poco acogedora, pero el doctor la ignoró y entró en la habitación como si fuera el dueño del lugar.

—Me alegro de verlo despierto, Sr. Travis. Las enfermeras me dicen que sus signos vitales están bien. ¿Cómo se siente?

Tyler se liberó de la mano de Jessica y colocó ambas manos sobre las vendas en su estómago.

—Como si alguien me hubiera cortado y arrancado la mitad de mis entrañas.

El Dr. Walker sonrió mientras se frotaba una dosis saludable de desinfectante de manos en la piel.

—Ese fui yo. Pero estaba desangrándose, así que no tuve elección. Lo siento. Si necesita más analgésicos, puedo aumentar su dosis un poco. No demasiado, lo necesitamos de pie pronto.

—Estoy bien mientras no me mueva.

El doctor se rio y caminó al lado opuesto de la cama para levantar la sábana de Tyler y husmear un poco. Tyler siseó un par de veces, pero eso fue todo. Jessica giró la cabeza completamente. No había estado inventando historias cuando le había dicho al doctor que la sangre y las tripas la enfermaban. No podía lidiar con los intestinos y la sangre, ni siquiera con los falsos que ponían en los kits de juguete de baba, ojos y cosas con gusanos y cerebros de goma cubiertos de pegamento frío.

—Usted se ve bien. Lo vigilaré de cerca durante los próximos días, pero no hay razón por la cual no pueda recuperarse por completo. Si se comporta, estará en casa en una semana o menos. —El doctor le estrechó la mano a Tyler por un minuto, luego volvió su atención, y esos ojos verdes oscuros, hacia ella—. Lo siento, Srta. Finley, por haberla hecho pasar por todo ese problema. Pero con un paciente famoso, los

diferentes apellidos y su admisión de ser reportera... bueno, sentí que era mejor estar seguro que arrepentido.

Ella lo miró, fijando sus ojos sobre los de él, y se forzó a ahogar sus disculpas, pero era como tragar clavos. Sí, él estaba haciendo su trabajo. Sí, todo parecía sospechoso. Sí, él estaba protegiendo a su hermano. Bien. Hizo lo correcto. Pero aun así la molestó.

—Lo entiendo.

Él asintió y miró hacia otro lado. Fue entonces cuando ella notó los círculos oscuros bajo sus ojos. El doctor Walker era alto, en forma y guapo como el pecado, con el pelo castaño oscuro, una cara larga y delgada y una mandíbula pronunciada cubierta de un rastrojo oscuro de al menos dos días. Ella se preguntó si así se vería él después de un maratón sexual de un fin de semana y dio un paso atrás deliberadamente cuando su libido trató de cortocircuitar su cerebro. Soltó lo primero que salió de su boca.

—Quiero entrevistarlo. Para el *Daily*.

Él levantó la vista del historial médico y negó con la cabeza.

—No creo que sea necesario.

Ella se puso de pie.

—Creo que es necesario. La gente morirá por información sobre el joven cirujano que salvó a Tyler Travis de las fauces de la muerte.

—Hey, ya va. No fueron las fauces de la muerte. Era sólo un perro. — Tyler protestó, pero el Dr. Walker la estaba mirando a los ojos y ella apenas podía respirar.

—Quiero entrevistarlo. Y como casi me echa del hospital, creo que me debe una, doctor.

Él se quedó mirando con la cara impasible y ella habría dado un millón de dólares por saber lo que estaba pensando.

El aire se puso tan espeso que Jessica tuvo que sacudir las rodillas para no desmayarse. ¿Cómo no se dio cuenta antes de lo intenso que era él? ¿Cómo no se dio cuenta de lo llamativo que era? ¿Los médicos eran buenos en el sexo? Ella nunca le había hecho esa pregunta a su madre, pero ahora se moría por saber. ¿Sabían secretos que los simples mortales no sabían? ¿Qué cosas mágicas podría hacerle el Dr. Walker a su cuerpo que nadie le hubiese hecho antes?

¿Y por qué demonios estaba pensando en lanzarse sobre el cirujano de su hermano?

Ella no salía con médicos. Nunca. Punto. Fin de la discusión.

Así que, por supuesto, ella rompió el contacto visual con él para mirarle la mano izquierda.

No llevaba anillo. Lo cual no significaba nada. Su padre tampoco llevaba anillo. Por supuesto, el matrimonio para su padre en realidad sólo significaba tener una compañera constante hasta que la siguiente, más joven y más caliente Sra. Travis apareciera. Actualmente estaba con su quinta esposa. La número cinco era una amiga suya de la universidad con 25 años de edad.

Los médicos eran un problema. Ella lo sabía, pero no podía dejar de mirar. El Dr. Walker no tenía derecho a ser tan sexy.

Jessica estaba tomando aliento para insistir de nuevo en la entrevista cuando la puerta de la habitación de Tyler fue abierta con un fuerte ruido al golpear la pared detrás de ella.

—¡Ty! ¿Qué demonios pasó, hombre? —Félix y Sofía, su hermanastro y hermanastra, los hermanos de sangre de Gabriel, entraron en la habitación como si fueran los dueños del lugar. El mejor amigo de Tyler y el *mánager* de su banda, Julián, entraron justo detrás de ellos.

Jessica hizo callar a Félix con el ceño fruncido.

—Chicos, esto es una UCI. Bajen la voz.

—¿Qué tal, Jess? —Sofía la abrazó primero, luego los chicos la abrazaron y le dieron un manotazo en el hombro a Tyler, quien trató de no quejarse. El Dr. Walker se paró a la cabecera de la cama como un centinela de guardia, protegiendo a su paciente del resto de la banda.

Sofía era la única civilizada del grupo. Con su largo cabello negro, su hermosa piel castaña y sus ojos tan oscuros y conmovedores, ella había aparecido en la portada de múltiples revistas. Sofía era adorada por los fans de la banda y acechada por algunos de ellos también. Se inclinó y besó a Tyler en la mejilla.

—¿Cómo estás, Ty? Vinimos en cuanto Jess llamó. —Ella le quitó el pelo rubio de la frente y giró la cabeza para sonreírle a Jessica—. Bueno, en realidad, primero entregamos las magdalenas de la Srta. Bea por ti y luego vinimos.

—Muchas gracias. Ella de verdad necesita ese dinero, ¿sabes? — Jessica abrazó a Sofía y dejó que el alivio la bañara como una brisa fresca. Tyler iba a salir de esta, Gabriel caminaría enyesado por unas semanas, pero estaría bien, y ella no había defraudado a la Srta. Bea. Su vecina era una dulzura y realmente dependía de Jessica para que la ayudara.

—Venimos de la habitación de Gabriel. Ya se está quejando de que quiere irse a casa. —Sofía la soltó y se volvió hacia el Dr. Walker, que no había dicho ni una palabra—. ¿Y quién es el Dr. guapetón? ¿Vas a presentarnos, o qué?

Jessica se encogió en vergüenza y sintió que sus mejillas se calentaban. Pero al menos sabía que su radar de hombres seguía funcionando. Sofía aparentemente compartía la opinión de Jessica sobre la belleza del Dr. Walker.

—Doctor Walker, esta es mi hermana, Sofía; mi hermano, Félix; y el mejor amigo de Ty, Julián. Chicos, este es el doctor Walker. Es el cirujano que salvó la vida de Ty anoche.

Ellos rodearon al doctor como si fuera un juguete nuevo brillante

mientras ella apretaba la mano de Tyler y sofocaba un bostezo.

—Deberías irte a casa, Jess. —El graznido de Tyler silenció la habitación y todos se volvieron a mirarla, como si la vieran por primera vez. Sofía la miró de pies a cabeza, pasando por su camiseta arrugada, sus sandalias y sus pantalones deportivos. La mirada de su hermana se deslizó hacia arriba y ensanchó cuando llegó a su cabeza.

—Ty tiene razón, mujer. Te ves como la mierda.

—No te contengas, Sofía. Dime lo que realmente piensas. —Jessica levantó sus manos y trató de suavizar su cabello bajo el ojo alerta y vigilante de su hermanastro, y el mejor amigo de Ty, quien siempre la miraba como si quisiera arrojarla sobre su hombro y arrastrarla de vuelta a una cueva, y el doctor, quien la miraba como si pudiera leer su alma tan fácilmente como un libro de dibujos de la escuela primaria—. Me levanté de la cama y vine corriendo anoche. —Miró a Sofía y se sonrojó. Por supuesto que no lo decía para que el sexy doctor Walker supiera que no siempre se veía tan mal. No. De ninguna manera—. ¿Puedes quedarte con Ty un rato?

—Sí. Sí. ¡Vete! Date una ducha. Duerme un poco. No me iré hasta que vuelvas. Lo prometo. —Sofía la sacó de la habitación y Jessica le hizo un saludo a Tyler cuando salía por la puerta, pero fue el doctor Walker a quien más tiempo miró antes de irse a casa a caer rendida.

CAPÍTULO CUATRO

Mitchell revisó su reloj de pulsera por décima vez e inclinó la cabeza de lado a lado para tronar las vértebras de su cuello. Estaba tenso y tan sobreestimulado que sentía que iba a estallar en cualquier momento, y el hedor de su colonia le estaba haciendo ahogarse. La había tomado de la encimera de su baño en el último minuto, luego se llamó a sí mismo idiota y la dejó, para después rendirse y recogerla de nuevo. Había hecho lo mismo con su ropa, un par de caquis casuales marrones Kuhl, una playera polo negra y zapatos italianos.

Dios, sus hermanos tendrían un apogeo con esto. Aquí estaba, vestido con ropa por la que se había preocupado, usando puta colonia, esperando a una chica que no tenía intención de volver a ver. Jessica Finley no era su tipo. Ella tenía escrito suave y seria por todas partes. Algo que él no era. Diablos, él no era una persona de citas.

—Sigue hablando, estúpido. —Estaba hablando en círculos cuando la conclusión era que quería volver a verla.

Estúpido. Jodidamente estúpido.

Dio un sorbo a su café y dejó la taza sobre la mesa. Había llegado temprano, lo sabía, pero atribuyó ese hecho más a su aversión a llegar tarde que a su deseo de volver a verla.

Simplemente estaba siendo educado. Respetuoso. Había hecho una cita y la había mantenido, de la forma en la que su madre lo había criado.

Eso era todo. Y si luego necesitaba una larga carrera, una maratón, para ayudarle a dejar de pensar en Jessica Finley, la reportera... bueno, eso haría después. Tenía dos días libres, lo cual era un maldito milagro.

—Hola. —La suave voz de Jessica derritió la tensión de sus hombros y prácticamente lo hizo ponerse en pie. Jessica se paró al lado de la mesa con un vestido marrón chocolate sin mangas que abrazaba su cuerpo y se abría ampliamente para caer sobre sus caderas hasta las rodillas. Sus dedos de los pies estaban rojos brillantes hoy, asomándose para mirarlo desde las puntas de unos tacones de un rojo brillante provocador. Su bolso multicolor de arcoíris estaba sobre uno de sus hombros y su cabello no estaba enredado el día de hoy, sino que colgaba en olas brillantes justo por encima de sus hombros.

Miró. Le gustó. La quería. No podía correr suficientes millas para dejar de pensar en eso.

—Hola. —Él habría sacado una silla para ella, pero estaba paralizado. Lo cual fue un estúpido y tonto movimiento. Tendría que planear mejor la próxima vez para poder inclinarse sobre ella y oler su pelo sin parecer un acosador espeluznante.

¿Estaba sentado ahí, obsesionado por oler su pelo? Dios, estaba en problemas.

Le tendió la mano invitándola a sentarse y ella se sentó en el asiento de enfrente. Su sonrisa era tímida. Se acercó, intrigado mientras ella cavaba en el gigantesco bolso que tenía a su lado y sacaba una minicomputadora portátil. Ella la encendió y frunció el ceño —Bueno, este lugar tenía Wi-Fi, pero ahora la computadora quiere actualizarse. — Levantó su mirada de color whisky hacia él y se encogió de hombros.

—No hay problema. —Él le sonrió y el comienzo de una sonrisa revoloteó en los labios de Jessica antes de desaparecer mientras ella devolvía su atención a la computadora. Él miró y notó que hoy se veía diferente. Y curiosamente, no le gustó.

— ¿Dónde están tus pecas?

Ella saltó como si se hubiera asustado.

— ¿Qué?

— ¿Tus pecas? ¿Tienes pecas?

Ella levantó las cejas y miró a su alrededor, como si el tema fuera vergonzoso, lo cual hizo que Mitchell sintiera ganas de sonreír. Ningún tema era tabú cuando un grupo de médicos almorzaban juntos. Él podía hablar de remover un colon y comer su salchicha con mostaza al mismo tiempo, sin problema.

— Llevo maquillaje. — Un encantador rubor empezó en el cuello recto de su vestido para arrastrarse hasta sus mejillas. Maldición, pero era adorable—. ¿Es eso un problema para ti?

— No. — Mitchell estudió su cara, aprovechando la oportunidad de inspeccionarla—. Pero me gustan las pecas. Son lindas.

— ¿Lindas? Me hacen ver como una niña de 12 años.

— No estoy de acuerdo. — La hacían parecer real. Y besable. Pero no podía decirlo en voz alta, así que se inclinó hacia atrás y le hizo señas a la camarera. Ella vino a refrescarle el café y colocó una taza con agua caliente y una bolsita de té frente a Jessica. Jessica miró hacia arriba, confundida, y lo miró.

— Dijiste que no bebías café.

— ¿Te acordaste de eso?

— Me acuerdo de muchas cosas. — Como la forma en la que su pelo había lucido salvaje e indomable, la forma en la que él querría verla en su cama. O el salpicado de pecas en sus mejillas y nariz que él quería besar. ¿Tendría pecas en otros lugares? Le encantaría...

— ¿Están listos para ordenar o necesitan un minuto? — La camarera de mediana edad usaba un uniforme de falda verde oscuro y tenía una

expresión aburrida.

Jessica parecía insegura, pero Mitchell no estaba dispuesto a dejarla hacer preguntas durante diez minutos y luego huir de él. Mejor encadenarla a la mesa con comida. Además, estaba hambriento. Siempre estaba hambriento.

—Yo quiero carne y huevos con papas fritas y jugo de naranja. —Dio golpecitos con los dedos sobre el menú que ya había memorizado y miró a su cita—. ¿Jessica? Me encantaría invitarte el desayuno. ¿Qué te gustaría?

Jessica apretó los labios y empujó su computadora hacia la pared para ver el menú.

—Panqueques de banana y nuez y un vaso de leche, por favor.

La camarera anotó sus órdenes en un bloc de notas.

—¿Tocino o salchicha, cariño?

—Emmm, tocino. No. Espera. —Ella lo miró desde el otro lado de la mesa—. ¿Qué día es hoy?

—Martes. —Era una pregunta muy extraña y no tenía nada que ver con el tocino.

—Cierto. No me acordaba. —Jessica miró a la camarera—. Tocino está bien, gracias.

La camarera no dijo ni una palabra mientras se iba. El restaurante estaba repleto de gente y él estaba seguro de que los camareros estaban atendiendo mesas tan rápido como podían.

Vio a Jessica manipular su computadora por un minuto más, pero no pudo evitar que la curiosidad brotara.

—¿Qué tiene que ver el tocino con el martes?

Ella centró el pequeño portátil en su lado de la mesa y lo miró con la cara completamente derecha.

—Soy vegetariana los domingos y lunes.

¿Qué le pasaba a esta mujer? Era completamente impredecible.

—¿Así que eres vegetariana, pero sólo dos días a la semana?

—No. En realidad, no soy vegetariana en absoluto, pero vi el documental sobre las vacas, ya sabes, *Cowspiracy*? ¿Sobre cómo la cría de ganado está literalmente destrozando todo el planeta? ¿Lo has visto?

—No. —Él no veía la televisión. No tenía tiempo—. No veo la televisión.

—¿Películas?

—En realidad no. Trabajo mucho.

Ella le frunció el ceño y él no estaba seguro si la mirada en sus ojos era de lástima o de incredulidad.

—Bueno, deberías verla. Como sea; investigué un poco después de verlo y si todo el mundo redujera su consumo de carne de res y de cerdo en sólo un veinte por ciento, el impacto ambiental sería asombroso.

Ella estaba cien por ciento, total y completamente hablando en serio.

—Entonces, ¿no comes carne los domingos y los lunes en un intento por salvar el planeta?

—Exacto. —Su sonrisa era genuina y transformaba su cara de bonita a impresionante. Era hermosa—. Estaba pensando en añadir otro día, pero aún no me he comprometido a ello. —Sumergió su bolsita de té en la taza de agua humeante y centró toda su atención en emparar las hojas de té—. Es un gran compromiso. Y me encanta el tocino. Mucho. Y no quisiera romper mi palabra.

—¿A quién estarías rompiendo tu promesa? Es sólo un acuerdo que hiciste contigo misma.

Ella negó con la cabeza.

—No. Me sentiría culpable, como si alguien estuviera cortando un

acre de selva amazónica por cada mordisco que le diera.

Sip. Boulder. Tenía que ser de Boulder, tierra de hippies, yuppies ricos y ambientalistas que abrazan árboles.

No tenía que prestar atención a sus filosofías de vida, o importarle lo que dijera, si lo único que él quería era meterla en la cama. Pero por primera vez en mucho tiempo, se encontró sonriendo y disfrutando de la conversación. Ella era diferente, un cambio total de las mujeres con las que solía pasar el tiempo. No estaba seguro de lo que iba a salir de su boca en un momento dado, y eso le fascinaba.

—Bueno, dile a las vacas que lo siento, pero ya pedí un filete.

Mirando de nuevo a su computadora, Jessica agitó la mano para descartar sus palabras, con las uñas rojas brillantes coincidiendo con las de sus dedos de los pies.

—No te preocupes, es martes, ¿recuerdas?

—Correcto.

Jessica sorbió su té y Mitchell vio sus labios enroscarse alrededor de la taza con una fascinación que rayaba rápidamente en la obsesión. ¿Qué había acerca de esta mujer que lo tenía tan cautivado?

—De acuerdo. Hice una lista de preguntas, si te parece bien.

Ah, la entrevista. No estaba muy entusiasmado con esto, pero le seguiría el juego por ahora.

—Pregúntame lo que sea.

La mirada de Jessica se lanzó sobre la de él, pero rápidamente se apartó. Ese color rosado tan bonito floreció en sus mejillas y él se inclinó hacia atrás sobre su silla con una sonrisa. Sí, ella había entendido exactamente lo que él quería decir con esa invitación.

—¿Siempre quisiste ser médico?

—No. Cuando tenía cinco años, quería ser Bond. James Bond.

Ella sonreía sin mirarlo mientras sus dedos volaban sobre el teclado.

—Lindo. Entonces, ¿cuándo decidiste ser médico?

Demonios. Él realmente no quería hablar de esto, pero ella lo miró con esos ojos inocentes y él se encontró a sí mismo hablando de cosas de las que nunca hablaba. No desde hace años.

—Perdí a mi hermano mayor. Él murió delante de mí y no pude hacer nada para salvarlo. Ese día me juré que no dejaría que pasara eso de nuevo, jamás. —El dolor que lo llenaba era viejo y gris, pero no lo dejaba salir a menudo. No podía mirarla a los ojos y hablar de ello, no podía hundirse en la suavidad detrás de su mirada y hablar de la muerte, así que bajó la mirada y se concentró en la taza de café alta y de color crema que giraba con la mano sobre la mesa de laminado beige.

—¿Cuántos años tenías?

—Siete.

Ella suspiró en asombro, pero él tuvo suerte. La camarera se detuvo a llenar su taza de café y él no tuvo que ver la conmoción o el horror revolotear en la cara de Jessica.

—Lo siento.

Mitchell se encogió de hombros y finalmente la miró.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Qué pasó? —Sus manos estaban en su regazo ahora, no en su teclado, pero él negó con la cabeza de todos modos.

—Nada que esté dispuesto a compartir con tus lectores rabiosos.

Jessica adelgazó sus labios por un momento antes de cerrar la tapa de su computadora portátil y colocarla de nuevo dentro de su monstruoso bolso.

—De acuerdo, extraoficialmente. —Ella inclinó la cabeza y su expresión fue tan abierta y confiable que él habló antes de que pudiera

detenerse.

—Mi infancia temprana no fue la mejor. Tenía un hermano mayor que se llamaba Tommy. Tenía nueve años y yo siete, y encontramos a un perro viejo en el callejón detrás de nuestra casa. —Se despejó la garganta mientras la imagen de ese viejo y magullado labrador amarillo flotaba detrás de sus ojos—. Ella era una labrador amarilla. Estaba herida, bastante golpeada. Sin collar ni placas. Así que Tommy y yo la metimos en el garaje y empezamos a darle de comer. Siempre habíamos querido un perro.

—Me encantan los perros. ¿Se mejoró?

—Sí. Se mejoró y luego ya no quería estar encerrada en el garaje. Empezó a ladrar y a querer salir a jugar. Y nuestro padre la encontró. — Mitchell trató de hacer una pausa tomando otro sorbo de café, pero la taza estaba vacía. Maldita sea. ¿Cuándo había sucedido eso? Irritado, la dejó en la mesa y resumió el peor día de su vida lo más rápido posible—. Mi padre estaba borracho, tomó una escopeta y apuntó hacia la cabeza del perro para matarlo. Tommy se interpuso.

—Oh, no. —Jessica jadeó y colocó su mano sobre la de él encima de la mesa. Él debió haberla retirado, pero no pudo resistir la suavidad de su tacto o el consuelo que ella le ofrecía. En lugar de retirar la mano, la volteó, con la palma hacia arriba, y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Tommy murió. Mi papá fue a prisión y yo entré al sistema por un par de años antes de ser adoptado.

—¿Qué hay de tu madre?

—Mi madre biológica murió cuando yo tenía tres o cuatro años. No la recuerdo, sólo recuerdo el olor a cigarrillos y talco para bebés. No sé por qué, pero se ponía talco para bebés en el pelo. Tenía el pelo largo y rojo, y recuerdo cómo olía cuando me recogía. —Se encogió de hombros—. Raro, pero cierto. Recuerdo que tenía hambre y recuerdo que mis padres se gritaban entre sí, pero eso es todo. —Recordaba a su hermano mayor

robando comida y dándosela a escondidas. Si no fuera por Tommy, probablemente habría muerto cuando era muy, muy joven.

La camarera eligió ese momento para aparecer junto a su mesa con una gran bandeja circular cargada de platos. Jessica retiró su mano y él inmediatamente echó de menos el calor. Irritado por su propio parloteo, cerró ambas manos en puños sobre sus muslos y esperó a que se fuera la camarera.

—Lo siento. No debería haberte dicho todo eso. Normalmente no hablo de ello.

—Bueno, algo bueno salió de eso, ¿verdad? Ahora eres médico y salvas vidas, como salvaste a mi hermano Tyler.

Mitchell cortó su filete mientras la camarera colocaba su taza de café junto a él y se alejaba.

—¿A eso le llamas encontrar el lado positivo?

—Exacto. Estoy segura de que Tommy te sonríe desde el cielo y está muy orgulloso de ti. Y de tu madre también.

—Gracias. —Dios. ¿Estaban sus párpados ardiendo? ¿Estaba llorando porque una linda pelirroja dijo que su hermano muerto estaría feliz de que hubiese crecido y se hubiese convertido en doctor? Contrólate. Tommy se había ido desde hacía veinte años. Eso fue hace una eternidad y parte de otra. Era un Walker ahora y tenía nuevos hermanos, hermanos a los que amaba, hermanos por los que moriría. Fin de la historia.

—¿Qué pasó con tu papá? —La pregunta de Jessica parecía bastante inocente, pero aun así hizo que el pulso de Mitchell se acelerara con una rabia reprimida. Odio era una palabra demasiado mansa para la oscuridad que se arremolinaba en su interior cuando pensaba en ese hombre.

—Nunca lo volví a ver. Murió en prisión cuando yo tenía dieciséis años.

Jessica vertió una sorprendente cantidad de jarabe encima de sus panqueques y él miró, esperando a que el espeso líquido se derramara sobre el borde de su plato en una cascada. No sucedió, pero estuvo cerca.

— ¿Te gustan los dulces? Eso es mucho jarabe.

— ¿Te preocupan mis dientes? ¿O temes que engorde?

Mitchell se ahogó con su filete y lo pasó con agua helada.

— Ninguno de los dos. — No le correspondía a él preocuparse por nada de lo que a ella le preocupaba. ¿Y la grasa? Bueno, ella tenía una linda figura curvada y a él le gustaba eso. Le gustaba mucho. No parecía delgada y dura, como las mujeres con las que se acostaba habitualmente. Parecía suave y femenina, y él quería acostarse encima de toda esa dulzura y hundirse dentro de ella.

Comieron en silencio por unos minutos y él persiguió su propia cola pensando en todas las cosas que no debía haber dicho. Había sonado como un perdedor patético. *Pobre de mí, mi madre murió, mi hermano murió, mi padre es un idiota. Pobre, pobre de mí.* Ese no era su estilo.

Estaba tratando de pensar en algo que pudiera decir para reparar el daño, pero para su sorpresa, ella saltó dentro de la sartén junto con él.

— ¿Quieres oír mi triste historia? No es tan épicamente trágica como la tuya, pero tampoco es medio mala.

— Cuéntamelo todo. — Él le sonrió y ella se quedó inmóvil por un momento antes de continuar.

— Mi papá es cirujano.

Mitchell apuntó su tenedor hacia ella.

— Eso explicaría tu extraño interrogatorio cuando salí a hablarte de tu hermano.

— Sí. Bueno, es neurocirujano. Ya va en su esposa número cinco, cada una más joven que la anterior. Vive en el norte del estado de Nueva York,

donde crecí. Es un enorme imbécil, disculpa mi francés, y no he hablado con él en años, hasta que casi haces que me echen del hospital.

Él tuvo la sensatez de al menos intentar parecer arrepentido.

—Lo siento.

—Sí, sí, sí. Pasado pisado. —Ella agitó esas uñas rojas frente a él otra vez antes de volver su atención a la pila de panqueques medio comidos—. Como sea, su última esposa, a la que me referiré simplemente como Número Cinco, era mi compañera de cuarto en la universidad y una de mis mejores amigas.

—Auch.

Jessica puso los ojos en blanco.

—Totalmente el estereotipo, ¿verdad? Viejo rico con una joven y sexy esposa.

—¿Está buena?

—Totalmente sexy. Copas D, porrista, cabello rubio. Probablemente se lleva sus pompones a la cama con su marido de 60 años. —Jessica levantó sus manos a los lados de su cabeza e inició un canto silencioso—. Dame una V, dame una I, dame una A-G-R-A. ¡Viagra!

Una pareja mayor en la mesa de cuatro asientos a pocos metros de distancia se volvió para mirar mientras Jessica hacía gestos con las manos por ambos lados de su cabeza. Se volvieron con los ceños fruncidos, pero a Jessica no le importó y él escondió una sonrisa detrás de su servilleta.

Bien. Entonces a Jessica no le agradaba su padre, o su nueva esposa.

—¿Tienes más amigas universitarias guapas y solteras? Tal vez podrías presentarme a una. —Estaba bromeando y esperaba que ella lo supiera, porque era demasiado tarde para retractarse. Las palabras se le salieron de la boca antes de que pudiera pensar mejor en ello. Ella lo hacía sentir demasiado cómodo, lo cual era peligroso.

—No eres lo suficientemente mayor, o lo suficientemente rico. Si no estás a punto de morir y dejarles todo tu dinero, no les interesará.

—Eso no es agradable.

Ella literalmente le puso los ojos en blanco.

—¿Me estás diciendo que no hay mujeres que se arrojen a tus pies sólo porque eres médico? Sé realista, señor. Escuché a las enfermeras hablar de ti. Como de costumbre, todas parecen pensar que como los pacientes no pueden verlas en su lugar de trabajo, no podemos oír cada palabra que dicen desde dentro de las habitaciones del hospital. Los azulejos no son exactamente aislantes de sonido.

Oh, demonios, no. Esta no era la dirección que se suponía que tomara su conversación.

—Oh, ¿en serio? ¿Qué dicen de mí?

Ella tomó un sorbo de su leche y se lamió los labios mientras él observaba cada movimiento.

—Bueno, ellas piensan que eres guapo e inteligente. También dicen que a menos que estés tratando con un paciente, nunca hablas en serio. Un completo sabelotodo.

—Eso no es muy interesante.

—¿Sólo quieres las partes jugosas?

—Por supuesto. —Él podía ver la guerra que estaba ocurriendo detrás de los ojos de Jessica mientras ella jugueteaba con su servilleta y se preguntaba si debía decirle o no la verdad. Él no tenía idea de lo que las enfermeras podían haber dicho, pero no podía reparar el daño si ni siquiera sabía lo que Jessica había oído sobre él.

—Bueno. Estaban contando los rumores que habían oído sobre ti.

—¿Y? No me tengas en suspenso.

Jessica puso su mano junto a su taza de té caliente y golpeó la mesa

con una uña con un ritmo completamente aleatorio que lo ponía nervioso.

—Soy periodista... bueno, más bien columnista de chismes, si quieres la verdad. Sé cómo van estas cosas y sé que no puedo creer todo lo que oigo.

Dios santo, debía ser peor de lo él que creía.

—Así de malo, ¿eh? Será mejor que me lo digas y me saques de mi miseria.

—De acuerdo. —Ella lo miró directamente a los ojos y le recitó sus pecados como si fuera una lista de compras—. Eres un mujeriego, nunca serio. Tu relación más larga duró treinta y dos días, y eso fue porque fuiste al partido de los Broncos el domingo y te tomaste un día más para deshacerte de tu última conquista. Eres arrogante, sexy, grandioso en la cama, pero no estás disponible emocionalmente. Eres bueno para pasar un buen rato, pero no eres material para una relación. Incluso tienen un apodo para ti.

—Mierda. ¿Cuál?

—Doctor STB.

—¿Qué demonios es eso?

Jessica bajó la mirada y se echó a reír a carcajadas.

—Doctor Suelta-Tus-Bragas.

Malditas hijas de perra. Se sentó, aturdido, mientras Jessica Finley se doblaba de risa desde el otro lado de la mesa. Finalmente ella levantó la vista, vio la expresión de su cara y estalló con una nueva ronda de risas.

—¿Qué te pasa? Eso no es gracioso.

Ella resopló.

—¿Es verdad?

Mitchell tenía las manos a ambos lados de su plato y las apretó en

puños. ¿Era verdad? Él miró de sus manos a los ojos llenos de risa de Jessica y no pudo evitar que una sonrisa se extendiera por su rostro. No vio ningún juicio en su mirada, pero ella disfrutaba hacerlo retorcerse. La mayoría de las mujeres le daban un poco más de respeto. Ella actuaba como si el hecho de que él fuera un cirujano significara menos que nada para ella, y por alguna razón, le pareció refrescante. También decidió confesar la verdad.

—Sí. Supongo que sí. No puedo hablar de lo de la ropa interior, pero probablemente no deberías estar sentada aquí conmigo ahora. Soy peligroso. Se te podrían caer las bragas y entonces, ¿qué harías?

Mitchell se preocupó de que hubiera ido demasiado lejos hasta que ella recogió una nuez de su pila de panqueques y se la lanzó a la cabeza. Falló por una milla y aterrizó en su hombro. Él la tomó y se la metió en la boca, ignorando la pequeña mancha de jarabe que quedó en su camisa.

—Créame, Dr. STB, no corro peligro con usted. No salgo con médicos. Nunca. Es mi única regla irrompible. De hecho, por lo general los evito como la peste.

—¿Así que casarte conmigo está fuera de discusión?

—Totalmente fuera de discusión.

—¿Qué hay de nuestros doce hijos?

—También fuera. No tendré hijos.

Las palabras eran sinceras y serias, y la diversión de Mitchell se desvaneció.

—¿Por qué no?

Ella suspiró y toda la risa se desvaneció de sus ojos.

—Ocho divorcios. Seis de ellos mientras yo aún vivía en casa. Nunca voy a hacer pasar a un niño por ese infierno.

—¿No crees que puedas permanecer casada?

Ella se encogió de hombros.

—No me preocuparía por mí. Cuando tu padre es un infiel en serie, no le da a una chica joven e impresionable una gran visión de los hombres en general.

—¿Y de los médicos en particular?

—Exacto. Lo único peor que un doctor es un tipo en una banda de rock. Mis hermanos obtienen mucha acción, pero al menos no están casados. —Levantó su té en señal de saludo—. Sin ofender.

Entonces, ¿Jessica no iba a darle una oportunidad porque él era médico y porque su padre era un imbécil? Eso era una mierda. ¿Pero por qué a él le importaba? No era como si tuviera la intención de llevar esto más lejos. Era sólo un rato de diversión. ¿Verdad?

Sigue diciéndote eso, Dr. STB. Grandioso en la cama, malo en las relaciones. ¿Por qué Jessica no querría saltar sobre eso? Él despejó su garganta.

—Así que tu padre es cirujano. ¿Y tu madre?

Jessica puso los ojos en blanco y él la escuchó mientras terminaba sus papas fritas.

—Es arquitecta y ya va por el marido número tres. Tyler es mi único hermano de sangre. Tengo tres hermanastros del lado de mi madre, del marido número dos.

—¿Los miembros de la banda? ¿Sofía y sus hermanos?

Los ojos de Jessica se abrieron de par en par, como si se hubiera sorprendido de que lo recordara, pero lo hizo. Él había visto ese circo rodar dentro del cuarto de la UCI de Tyler.

—Sí. Sofía, Gabriel y Félix son mis hermanastros del segundo esposo de mi mamá. Tyler y yo los llamamos el Trío Castillo. Nuestros padres estuvieron casados durante siete años y todos crecimos y fuimos juntos a la escuela secundaria.

—Entonces, ¿cuatro hermanos?

—No. Siete. Tengo tres medias hermanas por parte de mi padre, de la esposa número cuatro. La mayor está por terminar la secundaria y las gemelas están en quinto grado, pero no las veo mucho. Son quince años más jóvenes, viven en Nueva York y no somos exactamente bienvenidos por allá.

—¿Viven con su madre?

—Por supuesto. Mi padre no tiene tiempo para niños. Nunca lo tuvo. —Mitchell escuchó el dolor en sus palabras, pero decidió no presionar y ella siguió hablando—. ¿Qué hay de ti? ¿Tienes hermanos o hermanas? —Tartamudeó y extendió la mano para cubrir su muñeca—. Lo siento. No debería preguntar eso después de lo que me dijiste de Tommy.

—Está bien. —Él volteó la muñeca para poder volver a sostener su mano, deseando el contacto por razones que no podía explicar y que no deseaba examinar demasiado de cerca—. Tengo tres hermanos, todos adoptados. Mamá murió de cáncer el año pasado. No tenemos padre. Ella nos crio sola.

Jessica le sonrió y retiró su mano, su mirada vagando por sus hombros y su pecho en un coqueteo exagerado, antes de volver a su cara. Su voz era deliberadamente baja y ronca, bromeando.

—Bueno, yo diría que ella hizo un gran trabajo, Dr. STB.

Mitchell apartó su plato y cruzó los brazos. Su polla se había despertado ante el deliberado análisis de Jessica, exagerada o no, y había decidido que la conversación se estaba volviendo interesante. Le dijo a la maldita cosa que se durmiera de nuevo y le diera espacio para respirar. No se suponía que esto fuera una cita, así que ¿por qué de repente se sintió como una?

—Entonces, ¿la entrevista? ¿Tienes más preguntas para mí?

Ella se tomó su tiempo masticando un bocado de panqueque y él miró sus labios moverse, incapaz de superar la idea de besarla mientras

todavía supiera a jarabe.

— ¿Qué haces para divertirte?

— ¿Qué?

— Ya sabes, ¿cuando tienes tiempo libre?

— Corro. Levanto pesas. Escalo en roca. Bicicleta. Cosas así.

Ella puso los ojos en blanco.

— Eso no es divertido, es una tortura. ¿Qué te pasa?

Él se encogió de hombros. Todas parecían respuestas perfectamente aceptables para él.

— ¿Qué debería hacer en lugar de eso?

Jessica lo miró fijamente con esos ojos, esos malditos ojos que le ponían la polla dura y el corazón acelerado.

— Muy bien, doctor Walker...

— Mitchell. — Quería oír su nombre en sus labios.

— Mitchell, ¿tienes que ir al hospital hoy?

— No, tengo dos días libres.

Una sonrisa iluminó la cara de Jessica, haciéndola lucir como una niña en la mañana de Navidad.

— Genial. Entonces vendrás conmigo, amigo, y no aceptaré un no por respuesta.

CAPÍTULO CINCO

JESSICA CONDUCCIÓN SU COCHE ELÉCTRICO VERDE ACUARELA. Seguía el deportivo rojo cereza de Mitchell, a cuyo apartamento iban para que él pudiera cambiarse de ropa. Ella tenía planes. El Dr. Walker iba a divertirse, quisiera o no.

—Y esto no es una cita. Absolutamente no es una cita. —Ella repitió las palabras una y otra vez hasta que llenaron el pequeño espacio dentro de su auto. Esto no podía ser una cita porque no salía con doctores. Nunca. Esa era la regla número uno. Podían ser amigos. Ella sólo estaba ayudando al tipo. Eso era todo.

Además, tampoco salía con tipos que conducían coches deportivos de color rojo brillante. Esa era la regla número dos... bueno, la parte del coche deportivo. El color era irrelevante.

Mitchell no parecía un cretino arrogante, así que ella tenía los dedos cruzados para que no calificara para la alternativa... pero con un apodo como Dr. STB, el panorama no era alentador. Lo cual la llevaba de vuelta a la regla número uno. Nunca. Salir. Con. Un. Doctor.

—Mierda. —Ella se detuvo en la acera detrás de él y revisó su maquillaje en el espejo retrovisor al salir de su auto. Ese rápido chequeo era una mala señal de que se iba a meter en problemas. No podía permitirse el lujo de enamorarse de este tipo. Sentía lástima por él y por el hermano que había perdido cuando era joven. Además, él nunca se divertía. Y le había salvado la vida a su hermano. Eso era todo. Iba a

ayudarlo a disfrutar de sus días libres y eso era todo lo que había que hacer. No era como si fuera a acostarse con él.

Mitchell caminó hacia el auto de Jessica y ella trató de no notar la forma en la que él se movía, o la forma en la que su camisa se extendía a través de su pecho y sus hombros. Al fallar miserablemente, ella bajó la ventanilla del conductor para echarle un vistazo. El clima era caluroso y el calor emergía del estacionamiento pavimentado en forma de ondas visibles.

—¿Quieres entrar mientras recojo mis cosas?

—Claro. —Ella sonrió y subió la ventanilla. Tomó su bolso y se aseguró de que sus labios estuviesen fuera de la vista de él mientras se daba un sermón—. Jessica Lynn Finley, no vas a acostarte con él. No sales con doctores y absolutamente no vas a acostarte con él, sin importar lo sexy que esté. —Pegó una sonrisa en su cara y abrió la puerta de su coche. Él se la sostuvo mientras ella salía y luego la cerró suavemente detrás de ella.

—Vamos. Vivo en el último piso.

—Por supuesto que vives ahí. —Ella miró desde su pronunciada mandíbula y sus hermosos ojos hacia las escaleras claramente visibles detrás de él—. Olvídalo. —Ella negó con la cabeza y abrió la puerta de su auto. La cara cabizbaja de Mitchell habría sido graciosa, pero ella pateó sus tacones rojos y los arrojó al asiento del pasajero. Cuando estaba descalza, cerró la puerta y sonrió—. Bien. Ahora estoy lista.

Él la miró de la cara a los pies y de regreso. ¿Qué? ¿Nunca antes había visto a una mujer andar por ahí sin zapatos? Ella estaba a punto de hacerle esa misma pregunta, pero él la llevó por las escaleras hasta su apartamento y ella lo siguió hasta el tercer piso. Él abrió la puerta y se la sostuvo mientras ella caminaba hacia adentro.

—Hogar dulce hogar. —Mitchell sonrió y pasó al lado de ella—. Sólo tomaré algunas cosas. ¿Qué necesito?

—Pantalones cortos y una camiseta. Algo en lo que puedas ensuciarte. Y algo bonito. Vas a salir. —Ella se quedó arraigada en su lugar mientras él desaparecía a través de una puerta a su derecha. El apartamento no era microscópico, pero tampoco era grande. Dos dormitorios, un baño, una pequeña cocina y una sala de estar. Ella miró a su alrededor, temerosa de moverse, temerosa de ensuciar algo.

En unos minutos, él estuvo de vuelta, con una pequeña maleta negra colgando de su mano derecha.

—Bien. ¿Lista?

Ella asintió.

—¿Estás bien?

—¿Vives aquí?

Él miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Sí. Aquí es donde duermo.

Ella se dijo a sí misma que debía callarse, pero las palabras se le escaparon de la boca como propulsadas por el combustible de un cohete.

—Parece una morgue. Siento que los cadáveres saldrán de las paredes en grandes bandejas. —Tal vez no debía haber dicho eso, pero maldición. Todo era negro, o de acero inoxidable. Todo, excepto la alfombra gris pálido en la sala de estar y los azulejos blancos en la cocina. El sofá era de cuero negro. La mesa era de cristal negro. Sin mesa de cocina, sólo dos taburetes de bar negros que se alzaban hacia una encimera gris, y electrodomésticos de cocina de acero inoxidable—. ¿Eres gótico? ¿O un vampiro? ¿Por qué todo es negro?

Él se acercó y ella dio un paso hacia la puerta, sin saber qué pensar de aquel paisaje alienígena.

—Es alquilado. Los muebles venían con el lugar y no me la paso mucho aquí, así que en realidad nunca me di cuenta.

Ella digirió la respuesta y decidió que necesitaba unos cojines de colores y una planta, para empezar. Eso animaría el lugar, o al menos lo haría apto para ser habitado por humanos.

—De acuerdo. Pero vas a tener un ataque al corazón cuando veas mi casa.

—¿Por qué? —Se acercó tanto que ella volvió a oler su colonia. Oler su piel iba a hacer que sus ojos rodaran hasta la parte superior de su cabeza.

—Es un desastre. Lleno de chucherías y cosas así. Totalmente... desorganizado. —Su voz se entorpeció mientras miraba a sus ojos verdes oscuros. Él no estaba pensando en muebles en ese momento. Ella se lamió los labios y la mirada de él siguió el rápido movimiento, volviéndose aún más oscura.

—¿Como tu bolso? —Él volvía a sonreír, y le quedaba bien.

—Exactamente como mi bolso.

Mitchell cerró el espacio entre ellos hasta que sólo quedó una fina brizna de aire separando sus cuerpos. Entonces la alcanzó, su mano derecha asentándose a lo largo de su mandíbula y su pulgar acariciando su mejilla. Si ella no hacía algo rápido, la iba a besar. Podía verlo en sus ojos.

Mierda. No estaba preparada para eso. Ni siquiera se suponía que esto fuera una cita. ¿Verdad? Amigos, sólo amigos.

Ella volteó la cabeza y dio un paso atrás, despejando su garganta.

—Entonces, ¿estás listo? —Jessica se volvió sobre su talón y salió del apartamento. Mitchell la siguió en silencio y ella miró por encima de su hombro para asegurarse de que él estuviera bajando las escaleras. Así era, pero él estaba en peligro de caer, pues su mirada no estaba sobre los escalones, sino sobre su trasero.

Dios, ¿a quién quería engañar ella? Quería saltar sobre el hombre,

pero en lugar de eso, corrió hacia su auto y abrió la puerta del conductor.

—¿Qué estás haciendo? —Mitchell se paró junto al coche, con cara de confusión.

—Yo conduzco. Sube, preciosura. A menos que seas demasiado genial para que te vean en un Prius. —Ella usó su llavero para abrir el baúl e inclinó la cabeza hacia la parte de atrás del auto—. Tira tu maleta atrás. Vamos. Estás gastando la luz del día y quiero terminar de comprar antes de que salga la escuela.

Ella se deslizó detrás del volante mientras él aseguraba su maleta, movía los zapatos de tacón al piso con una sonrisa y ocupaba su lugar en el asiento del pasajero, con las rodillas dobladas prácticamente hasta el pecho.

—¿Por qué vamos de compras? ¿Y qué tiene que ver la escuela con esto?

Después de alejarse de la acera, se dirigió al supermercado más cercano.

—Porque tenemos que recoger algunas cosas para las magdalenas de la señorita Bea, y si no salimos de allí antes de que la escuela salga a las dos y media, nos abarrotaremos por las compras de las mamás después de la escuela.

Mitchell se echó hacia atrás.

—No sabía que existiese tal cosa.

Ella aceleró y tomó una curva como si su pequeño auto estuviera sobre rieles. Le encantaba manejar.

—Oh, existe. Está la premura de las mamás a las nueve de la mañana, causada por todas las mamás que dejan a sus hijos en la escuela y hacen sus compras después. Luego todo se tranquiliza por unas horas, y luego los niños salen de la escuela y se detienen en la tienda de camino a casa para comprar cosas para la cena.

—Lo tienes todo planeado.

—Trabajé en una cafetería en la universidad. Lo llamábamos la Mami Carrera.

—¿Qué estudiaste en la universidad?

Ella encendió el aire acondicionado. Sí, era junio. Sí, hacía 90 grados afuera. Pero estaba ardiendo. Y no todo era por el clima.

—Música. Solía tocar el piano.

—¿Solías?

La tristeza que siempre venía llenó su pecho como musgo frío permanentemente adherido a sus costillas.

—Sí. Solía. Estaba en camino de ser concertista de piano, pero luego tuve túnel carpiano. —Ella levantó su mano derecha del volante y la volteó, con la muñeca hacia arriba, para mostrarle sus cicatrices quirúrgicas—. Me hicieron una liberación, pero nunca volví a ser la misma. Ya no era tan rápida. Mis dedos ya no podían seguir el ritmo de la música en mi cabeza, ¿sabes?

—¿No tocas nada?

—No. —Ella volvió a poner su mano en el volante al doblar la esquina hacia el estacionamiento del supermercado. Ya no tocaba más. Ya no escribía música para la banda. Básicamente ignoraba todo lo que tuviese que ver con música, si era posible—. Es demasiado difícil. Imagínate pasar el tiempo en un hospital, pero que nunca se te permita hacer nada, ni tratar a un paciente. Sólo estar ahí mirando, sabiendo que podrías hacerlo mucho mejor que el otro tipo, pero no tienes la oportunidad. Como un cirujano muy hábil que perdió ambas manos.

—Entonces, tocar te pone triste.

Ella apagó el auto y se volvió hacia él.

—Tocar me hace recordar demasiado. —Volvió a mirar por el espejo

retrovisor, se limpió una pequeña mancha de rímel bajo el ojo derecho y tomó un par de chanclas que estaban detrás del asiento de Mitchell. Se inclinó para ponérselas y tomó su bolso junto con las bolsas reutilizables —. Vamos, doctor. Tenemos que ir de compras.

— ¿Magdalenas?

— No sólo magdalenas. Las mejores magdalenas del mundo.

Mitchell le siguió el paso mientras ella corría hacia la entrada.

— ¿La fabulosa señorita Bea hace magdalenas de chocolate?

¿Era ese un tono esperanzado en su voz? Jessica le sonrió y tomó un carrito.

— El chocolate es su especialidad.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Mitchell se puso a cargar el maletero del pequeño coche verde mientras Jessica le entregaba bolsas de tela del carrito llenas de harina, cacao, azúcar, malvaviscos, galletas graham, huevos, chispas de chocolate y una docena de otras cosas que él ni siquiera trató de recordar.

Habían pasado años desde la última vez que él fue de compras con su mamá, siempre arrastrando el trasero detrás de ella y refunfuñando todo el tiempo. Pero la verdad era que esos viajes habían sido algunas de las pocas veces que había tenido a su madre para él solo, y mirando hacia atrás, estaba agradecido de que ella hubiera arrastrado su cuerpo temperamental y adolescente con ella.

Él ya no hacía muchas compras. Tomaba leche con cereal a veces, hacía pedidos a domicilio por Internet en caso de necesitar algo más y, de todos modos, rara vez comía en casa. En ese mismo momento, la suma total de todos los artículos en su refrigerador consistía en un paquete de seis cervezas, una botella de mostaza medio vacía y medio galón de leche que probablemente había caducado hace dos semanas. Guardaba barras

de proteína y mezcla de frutos secos con nueces en su despensa como bocadillos, pero ese era el alcance de sus esfuerzos en el hogar.

No cocinaba. Llevaba viviendo en su casa seis meses y nunca había encendido la estufa.

—Vamos, perezoso. La señorita Bea debe estar preguntándose por qué voy tarde. —Ella se subió al auto y él dobló sus largas piernas en el pequeño espacio en el asiento del pasajero. Él buscó y encontró los controles del asiento, deslizándolo lo más atrás posible. No era perfecto, pero al menos podía respirar.

Jessica condujo como bólido en su pequeño coche eléctrico y él tuvo que morderse la lengua más de una vez para evitar reprenderla por su conducción salvaje. Siendo honesto, tuvo que admitir que él no lo hacía mejor, pero chillar neumáticos sobre una esquina en un coche deportivo rojo y sexy de alguna manera parecía más razonable que hacerlo en un pequeño sedán verde y femenino de cuatro puertas.

Él suspiró aliviado cuando ella se estacionó en la larga entrada de grava de una casa estilo bungalow. Ella se bajó y él la siguió hasta la parte de atrás, donde tomaron las bolsas y cerraron el maletero. Él esperaba que ella entrara en la casa justo enfrente de ellos, una linda casa en una parte histórica del centro de Denver, pero ella saltó la vía de ferrocarril a su lado y se dirigió a la puerta principal del vecino.

—Pensé que esa era tu casa.

—Lo es. —Ella tocó el timbre, pero la puerta ya se estaba abriendo antes de que el timbre dejara de sonar.

—Oh, excelente. Estaba preocupada por ti, Jessica. ¿Cómo está Tyler?

—Está bien, Srta. Bea. Ya sabe lo testarudo que es. Volverá a casa en unos días.

—Bien, bien. —La anciana abrió más la puerta y Mitchell la miró bien por primera vez. No era vieja, era realmente antigua. Si él tuviera que adivinar, diría que le faltaban unos pocos años para cumplir un siglo. Sus

ojos estaban lechosos con los comienzos de la catarata y su piel oscura parecía una ciruela seca y arrugada. Sus manos estaban torcidas por los efectos de la artritis y su bata lucía limpia, pero probablemente había sido hecha en los años setenta; el listón deshilachado alrededor de los bordes le recordaba a la moda de al menos tres décadas atrás. La anciana afroamericana lo miró y sonrió. Sólo le faltaba un diente, y no por delante.

—Ooooh, ¿me trajiste un nuevo novio?

—Es todo suyo, Srta. Bea. —Jessica le sonrió y la picardía que él vio en sus ojos hizo que su corazón se sintiera más ligero que en meses—. Beatrice, este es mi amigo Mitchell. Mitchell, esta es la Srta. Bea, famosa en todo el mundo por hornear los pasteles y las magdalenas más increíbles.

—Oh, detente. —La anciana acalló a Jessica con sus manos, pero su sonrisa tenía una milla de ancho—. Hola, Mitchell. ¿Acaso no eres una lindura? Pasa. Entra. —La señorita Bea dio un paso atrás y Jessica llevó sus bolsas a la casa, con Mitchell justo detrás de ella. La casa se sentía vieja, asentada, como si las mantas no hubieran sido movidas de los bordes del sofá durante meses, y como si las caras sonrientes dentro de los marcos de las fotos hubiesen estado exactamente en el mismo lugar durante cuarenta años. Tal vez así había sido.

Jessica lo llevó a la cocina y él la siguió, levantando sus bolsas hasta la encimera al lado de la de ella. Miró a su alrededor, sorprendido. Si el resto de la casa parecía y olía como un museo, la cocina parecía una maravilla tecnológica moderna. Hornos dobles, nuevos y digitales de acero inoxidable. Encimeras de Corian con dos fregaderos, además de hermosos y brillantes utensilios de cocina de acero inoxidable colgando de clavijas por encima de la gran isla de la cocina. Todo era bonito, nuevo y de última generación.

—Wow. Esto es una cocina.

Jessica sonrió.

—Lo sé. ¿No es genial?

La Srta. Bea entró a la cocina y se dirigió directamente a Jessica, quien la abrazó brevemente mientras él trataba de descifrar cómo una mujer afroamericana de noventa años y una pelirroja de veintitantos de Nueva York se habían hecho tan cercanas. La Srta. Bea le dio una palmadita a Jessica en la mejilla.

—Mi Jessica cuida muy bien de mí. Tuvimos tanta suerte de que ganaras la lotería el año pasado, querida. Qué suerte.

—Sí. Suerte. —Jessica se sonrojó y Mitchell supo que no había ganado la lotería. ¿Pero cómo había pagado todo este equipo? Él no sabía mucho de escritura, pero nunca había oído de nadie que hiciera montones de dinero escribiendo para un servicio de noticias online. Y ella había dicho que era independiente. Entonces, ¿qué significaba eso exactamente?

Jessica colocó un tazón vacío y una caja de galletas graham frente a él y le dio un mortero de piedra.

—Toma. Convierte esas galletas graham en polvo.

—Entonces, ¿cómo se conocieron? ¿Están en una cita caliente en mi cocina? —La Srta. Bea mezclaba ingredientes en un tazón grande mientras Jessica actuaba como su ayudante. No era diferente a una cirujía, pero la Srta. Bea era la cirujana con Jessica entregándole las herramientas y haciendo el papel de apoyo.

Jessica se rio ante la sugerencia de la Srta. Bea, lo cual lo hizo estremecerse.

—No. Lo estoy entrevistando para el *Daily*. Es el cirujano que salvó a Tyler.

—¡Oooh! —La Srta. Bea le sonrió en aprobación—. Eso es maravilloso. —Se volvió hacia Jessica—. Pero ese condenado periódico no te paga lo suficiente, querida. Escribes historias maravillosas. ¿Has leído sus historias, Mitchell?

Otra confesión vergonzosa.

—No. No lo he hecho. Pero planeo hacerlo.

La Srta. Bea asintió con la cabeza.

—Bien. Son realmente buenas. Ella ayudó a la banda a hacerse famosa con esas historias. —Jessica empezó a protestar, pero la Srta. Bea negó con la cabeza—. Pues sí lo hiciste. Tus historias y tus canciones. Sigue escribiendo. Sigue escribiendo. Tienes mucho talento.

—Gracias, Bea. — Jessica estaba radiante por los elogios de la mujer mayor.

—Pero insisto en que deberían pagarte más de cien dólares por tus historias. ¡Eso es un robo! —La Srta. Bea se apartó de ambos y enterró la cabeza dentro de su refrigerador, murmurando para sí misma cómo nadie podía mantenerse con unos miserables cien dólares.

Mitchell tiró las galletas graham en su propio tazón, siguiendo órdenes, y preguntándose cómo sobrevivía Jessica en un trabajo que no pagaba casi nada, pero apartó el pensamiento. Veinte minutos más tarde, las damas le dieron una taza medidora llena de mantequilla derretida y le dijeron que hiciera una pasta de galletas graham. Él nunca horneaba, nunca había horneado, pero viendo a la Srta. Bea y a Jessica zumbear en la cocina, se sintió como si fuera un planeta orbitando el sol que era Jessica Finley.

—¿Qué clase de magdalenas estamos haciendo, señoritas?

La Srta. Bea rio.

—Mis favoritas, jovencito. S'mores. Malvavisco derretido en el medio, base de galletas graham y mucho chocolate.

A Mitchell se le hizo agua la boca.

—Si puede hacer eso, puede que tenga que llevarla a casa conmigo.

La Srta. Bea aplaudió con regocijo y colocó una bandeja llena de

magdalenas en el horno. En cuestión de minutos, el olor a chocolate horneándose llenó el aire. Mitchell respiró profundo y levantó la vista para encontrar a Jessica mirándolo con una sonrisa en la cara.

—¿Fan del chocolate?

—Adicto sería una mejor palabra.

—Tendré que recordarlo para poder sobornarte más tarde. —Su sonrisa coqueta lo hizo sentir cálido y acogedor por dentro al darse cuenta de que en realidad se estaba divirtiendo. No podía recordar la última vez en la que había podido relajarse y vivir el momento.

Media hora más tarde, dio su primer bocado del famoso panecillo s'mores de la Srta. Bea. Sus ojos se cerraron con pura felicidad y no dijo ni una palabra hasta que se había devorado tres de ellos.

—Usted es mi heroína, Srta. Bea. Estoy seguro de que me enamoré de usted.

La Srta. Bea le sonrió y él miró hacia donde Jessica lavaba los platos en el fregadero para encontrarla mirándolo de nuevo, sus ojos todos suaves, cálidos y llenos de algo que él no había visto en los ojos de una mujer en mucho tiempo, posiblemente nunca. Paz. Aceptación total. Satisfacción.

Ella estaba feliz en el momento y él sintió que algo duro y apretado se desenredaba en su pecho. El estrés que ni siquiera se había dado cuenta que tenía se estaba derritiendo. Y era gracias a Jessica, la hermosa reportera que no le dejaba besarla. Jessica, que no salía con doctores. Jessica, que horneaba magdalenas y panecillos en medio de un martes por la tarde.

La curiosidad tronó a través del torrente sanguíneo de Mitchell como una manada de caballos salvajes y él casi abrió su bocota para hacerle cientos de preguntas diferentes. Se detuvo en el último minuto. No necesitaba saber si ser reportera pagaba todas sus cuentas. No necesitaba saber si tenía tres trabajos o un fondo fiduciario familiar o si su rico

padre todavía le enviaba una mesada. Esto era sólo por un día. Una cita. No un compromiso de por vida.

Él había jurado años atrás que nunca se enamoraría de una mujer que dependiera de él. No quería ser responsable de otro adulto, de asegurarse de que tuviera comida en la mesa y un techo sobre su cabeza. No quería una ama de casa que se quedara en casa a hornear galletas, quería una mujer de carrera con vida propia. Estaba demasiado ocupado para hacer de niñera y, además, no era un cajero automático. Si una mujer no podía mantenerse a sí misma, él no estaba interesado. Punto. Había visto a demasiados depredadores acechando a médicos en los últimos años. Hombres y mujeres. Sabía cómo se jugaba el juego y no le interesaba mantener a nadie.

Por eso tenía la regla de los treinta días. Treinta días. Ese era el tiempo que salía con cualquier mujer. Treinta días y seguía adelante. Sin apego permanente, sin compromisos, sin expectativas.

No había tenido una cita en un par de semanas, y mientras veía a Jessica limpiar y hablar con la Srta. Bea, decidió que definitivamente estaba interesado en la pelirroja sexy.

Sin embargo, había un pequeño problema: él había tratado de besarla y ella se había echado atrás. No podía recordar la última vez que eso había sucedido. Jessica no iba a hacerle esto fácil, y el hecho de que su padre fuera médico, y un tramposo en serie, no iba a ayudar a su causa.

Entonces, ella no quería salir con un doctor y él no quería una relación seria. ¿Sexo caliente? ¿Algunas risas? ¿Un poco de diversión? Demonios, sí. Tal vez él podría convencerla de eso.

Sólo tenía que convencer a Jessica de que rompiera la regla de no doctores, porque él tenía toda la intención de meterla en su cama. Ella lo quería, lo había visto en sus ojos. Lo cual significaba que se él saldría con la suya. Era sólo cuestión de tiempo.

Mitchell se sentó frente a la encimera de la cocina durante un par de

horas mientras horneaban y reían. Jessica lo dejó quedarse con el tazón y la cuchara cubiertos de deliciosa masa de chocolate. Si Mitchell no creía ya que ella era una diosa entre las mujeres, eso por sí solo habría sellado el trato.

—Muy bien, Mitchell. Deja de soñar con la Srta. Bea y llena estos. — Jessica le entregó un molde grande de plástico para magdalenas con vasos hundidos y una tapa. Un conteo rápido reveló espacio individual para dos docenas de magdalenas. Jessica ya estaba cargando su propio molde idéntico.

Mitchell siguió su ejemplo hasta que la encimera de la cocina estaba quedando casi vacía. Quedaron tres perfectos trozos solitarios de chocolate y malvaviscos. Él arrancó la mirada de una tentación para colocarla en otra. Jessica. Quería saborearla a ella más que a los panecillos.

—¿Qué haremos ahora?

La Srta. Bea sonrió, limpiando la encimera donde se veían pequeños anillos de evidencia mantequillosa.

—Ahora te ganas esos panecillos que te acabas de comer, jovencito. — Ella sonrió y le guiñó un ojo—. Pero si realmente te gustan, la próxima vez haré más.

Sí. Estaba oficialmente enamorado.

—He muerto y me he ido al cielo. Gracias.

La Srta. Bea caminó alrededor de la isla central, llegando a Mitchell justo cuando estaba colocando la tapa protectora de plástico en su lugar. Ella era una cosita; él no tenía idea si era por genética o por edad, pero ella apenas llegaba a su hombro. Ella lo miró desde debajo de sus pestañas y le hizo un gesto con el dedo índice para que se inclinara.

Cuando él se acercó, la Srta. Bea le dio una palmadita en la mejilla con una de las manos más suaves que había sentido.

—No te mueras. Si te mueres, no podrás comerlas.

Mitchell sonrió. No pudo evitarlo. Ella era linda. Nunca tuvo una abuela, pero aquí, con la Srta. Bea, se imaginaba cómo habría sido. Ella bajó la mano, pero sólo lo suficiente como para menearle el dedo bajo la nariz.

—Pórtate bien con mi Jessica, jovencito. Ella es muy especial.

El impulso se apoderó de él y se inclinó para besar a la Srta. Bea en la mejilla.

—No se preocupe, Srta. Bea. Debería preocuparle más si Jessica es amable conmigo. Tiene una mala racha.

—Oh, no.

—Oh, sí. No quiere salir conmigo.

La sonrisa de la Srta. Bea era contagiosa.

—Bueno, ella nunca ha traído a otro tipo por aquí.

—De acueeeerdo. Vamos. Tenemos que hacer una entrega y nos estamos quedando sin tiempo. —Jessica puso los ojos en blanco, pero sonreía. Su contenedor estaba lleno de panecillos—. Nos vemos el jueves, Bea.

—Está bien, cariño. Haremos de chocolate con mantequilla de maní.

—Suena bien.

A él también le pareció bien. Pero trabajaría el jueves. Maldita sea. Quería uno de esos panecillos.

Como si estuviera leyendo su mente, Jessica se volvió hacia él en el pasillo mientras llevaban sus productos horneados a la puerta principal.

—No te preocupes, hombre chocolate, llevaré algunos al hospital cuando vaya a ver a Tyler.

—Eres una salvavidas.

Eso la hizo reír y él la siguió hasta el coche. El corazón de Mitchell se sentía más ligero de lo que se había sentido en meses. No, más que eso. Desde que su madre se enfermó por primera vez.

—Entonces, ¿adónde vamos?

Ella cuidadosamente colocó su contenedor en el maletero y tomó el de él.

—Cafetería en Main Street. Venden los panecillos y le dan a la Srta. Bea dos dólares por cada uno.

Sí, era un cretino, pero iba a decirlo de todos modos.

—Parece mucho trabajo por 50 dólares.

Jessica quitó el seguro de su auto, pero se detuvo con la mano sobre el techo, mirándolo como si fuera un idiota.

—No todo es por el dinero, Mitchell.

Sí, era un cretino.

—Lo siento. No quise decir... mierda. Sólo lo siento.

Jessica levantó una ceja.

—No te preocupes, doctor. Vamos.

Mierda. Ella había usado la palabra con D.

CAPÍTULO SEIS

JESSICA SE PARÓ EN SU HABITACIÓN UN PAR DE HORAS MÁS TARDE, mirando los dos vestidos que había puesto encima de la cama: ¿una sexy prenda color verde oscuro que abrazaba cada curva, completa con un escote y una falda corta, o un vestido sensible pero elegante de color azul marino con mangas cortas, un cuello recto y una falda acampanada que le caía justo por encima de las rodillas?

Iban a reunirse con Sofía, Félix y algunos amigos en un club. Ambiente grupal. Seguridad en números. No había razón para estar nerviosa. No era como si fuera a estar sola con Mitchell toda la noche. Incluso después, se suponía que fuera a la casa de Sofía a recoger a sus cachorros. Sofía había estado cuidando a Eddie y Bella los últimos días para que Jessica pudiera pasar el mayor tiempo posible en el hospital con Tyler. Pero el Trío Castillo estaba asumiendo las tareas de Tyler por un tiempo, ante la insistencia de Sofía, y Jessica esta exhausta. El hospital no era exactamente un lugar relajante para estar, así que se contentaba con dejar que sus hermanos se hicieran cargo por unos días.

Entonces, ¿esta noche con Mitchell? No era gran cosa. No era una cita. Y si eso fuera cierto, ¿por qué le costaba tanto decidir qué ponerse? Se cruzó de brazos y miró los dos vestidos.

¿Sexy o sensible? ¿Cita caliente o casual de negocios?

Mierda.

Mitchell estaba en un cuarto de huéspedes preparándose para salir y ella estaba de pie aquí, en ropa interior y sujetador de encaje negro, tratando de decidir qué cosa quería ella con él. ¿Quería sus treinta días con el infame casanova?

Él no le había dicho ni una palabra acerca de no ponerse serio, pero ella ya sabía el resultado. Ella no había pasado los últimos tres largos días con Tyler en el hospital sin escuchar a las enfermeras hablar sobre el sexy doctor Walker y su serie de aventuras casuales. Y él había confirmado sus historias antes, en el restaurante. No tenía citas y aparentemente se había asegurado de que todas las mujeres en el personal del hospital supieran que sólo era bueno para una cosa... para pasar un buen rato. La pregunta era: ¿Jessica quería ser el siguiente hoyo en su cinturón?

¿Quería que él fuera aquella emocionante aventura que aún calentara su sangre por las noches cuando tuviera ochenta años? El hábito de treinta días de Mitchell en realidad la hizo sentir un poco mejor acerca de su completo lapsus de juicio en lo que respectaba a él. Si ella sabía que la dejaría en un mes, entonces ella no estaba realmente involucrándose con un médico. Ella no estaba rompiendo sus propias reglas. Ella sólo se estaba divirtiendo un poco.

Todo se reducía a una decisión sobre un vestido: ¿tentadora o tradicionalista? Se veía bien en ambos, pero uno era una invitación descarada, ¿y el otro? Bueno, se lo había puesto en más de un funeral.

Le dijo a su corazón aterrorizado que se callara de una vez y buscó el vestido de cuello bajo verde cazador que se aferraba a cada curva como una segunda piel. El color hacía que sus ojos lucieran como miel cálida y suavizaba el rojo de su cabello. Se sentía como una diosa cuando llevaba esa prenda apretada.

Agregar un hilo de ámbar alrededor de su cuello y sus muñecas, junto con aretes colgantes de ámbar y oro, la hacía sentir sexy. Volvió al baño para ponerse el maquillaje, pero se conformó con un poco de polvo traslúcido, rubor, rímel y un poco de brillo labial. Se veía bien, pero no

como si se estuviera esforzando demasiado, y sus pecas eran visibles, sólo para él. Aunque no era como que fuera a admitirlo.

—¡Oh, cállate! —Se regañó a sí misma en el espejo, luego corrió de vuelta a la habitación para ponerse un par de tacones y tomar un pequeño bolso negro de la parte superior de su cómoda. Cuando salía, no le gustaba llevar el bolso grande.

Satisfecha de que estaba lista, abrió la puerta de la suite principal y casi se encontró con Mitchell en el pasillo.

—¡Oh! Lo siento.

Él se veía increíble. Demasiado como para que ella soportara, con pantalones negros y una camisa verde oscura que resaltaba el color de sus ojos. Mitchell dio un paso atrás y extendió su mano para que ella lo acompañara a la cocina.

—Después de ti.

Ella le sonrió, no pudo evitarlo. Pero luego miró una vez más la forma en la que el material oscuro se extendía a través de su pecho y sus hombros y reconsideró su atuendo.

—Tengo que cambiarme.

Parecía confundido.

—¿Por qué? Te ves genial.

El cumplido la halagó, pero esto no podía permitirse.

—Hacemos juego.

Mitchell abrió los ojos de par en par mientras miraba de nuevo.

—Sí. Supongo que sí.

—Sólo dame un minuto. —Mierda. ¿Qué iba a ponerse? ¿El vestido de funeral? ¿Justo cuando acababa de armarse de valor para usar este vestido ajustado y sexy? Se sentía tan anticulminante, como pagar por un cono de helado y dejarlo caer sobre el concreto caliente antes de correr su

lengua alrededor del borde. De la misma forma en la que estaba pensando en lamerle el pecho a Mitchell.

Eso tampoco iba a pasar.

Ella estaba a la mitad de la puerta de su dormitorio cuando la mano de él se enroscó alrededor de su brazo, deteniéndola.

—Vamos, Jess. Te ves genial, no traje nada más, y si te cambias, llegaremos tarde a encontrarnos con tus amigos.

Su toque provocó un cortocircuito su cerebro y aparentemente en su habilidad para hablar también, pues trató de responderle dos veces, pero no salió nada. Él tenía razón sobre todo, y si se hubieran arreglado por separado y casualmente hubieran ido al mismo lugar esta noche, estarían vistiendo exactamente lo mismo. No era como si estuvieran usando prendas de cuadros naranjas que hicieran juego.

Asintiendo, ella guio el camino a su coche.

El viaje duró menos de quince minutos. Después de intentar, sin éxito, que ella hablara más de una vez, Mitchell se dio por vencido y se dio golpecitos con sus dedos largos sobre la parte superior de las rodillas mientras Jessica los conducía al club privado de jazz de Sofía y sus hermanos en el centro de la ciudad. Estacionó su Prius en un espacio reservado entre otros dos sedanes negros de lujo que costaban cuatro o cinco veces más de lo que ella había pagado por su coche y pisó el pavimento con sus tacones.

Mitchell la siguió hasta la pequeña acera que llevaba a la ornamentada puerta principal de la casa victoriana convertida, con su mano ardiendo a través del vestido de Jessica en la parte baja de su espalda.

Ese no era un toque amistoso, pero ella no podía conseguir la fuerza de voluntad para quitarlo o alejarse. No. Ella se deleitó en el toque posesivo, se encontró a sí misma en la entrada pretendiendo buscar a Sofía a través de las ventanas para poder sentir su calor por un poco más

de tiempo, cuando en realidad, ella sabía exactamente dónde estaría su hermana porque su grupo se sentaba en el mismo nicho siempre. Era un lugar privado, acordonado y reservado 365 días para los dueños. El esposo número dos de su madre había sido un saxofonista de jazz famoso y había comprado este lugar años atrás. Ahora él estaba retirado, vivía en Florida y sus hijos operaban el lugar.

—Srta. Finley. —El portero de trescientas libras le abrió la puerta con un respetuoso asentimiento y sonrió.

—¿Cómo estás, Nick? ¿Te mantienes alejado de los problemas?

Él le sonrió.

—No por elección.

Ella sonrió y le dio palmaditas en el hombro al grandulón mientras pasaba. Tenía más de sesenta años, era exmarino, un policía retirado, y cuidaba la puerta del lugar tres noches a la semana para mantenerse ocupado. Era un buen tipo con una esposa, un hijo y tres nietos malcriados a los que ya estaba enseñando a amar el jazz.

Él también era adicto a los panecillos de mantequilla de maní de la Srta. Bea. Jessica tenía el número de Nick en el mercado rápido porque cuando Bea decidía hacerlos, él ordenaba dos docenas más.

Jessica entró, admirando la escalera ascendente a su derecha que llevaba a las salas de fiestas privadas en el segundo piso. Al frente, todo el piso principal había sido renovado en una sola habitación gigante separada por los pilares de apoyo del edificio. Las luces bajas le daban al lugar una atmósfera oscura e intrigante. Sentados alrededor de la habitación había pequeños grupos de dos o tres personas, algunos escuchando el jazz suave que venía desde el escenario, otros ignorando la música y hablando en voz baja. Todo el mundo estaba relajado, tranquilo y totalmente fuera de la red. El lugar no tenía teléfonos públicos, ni Wi-Fi, ni televisión, ni equipo de sonido. La banda no tenía amplificadores ni electricidad. Era como retroceder unos cien años en el tiempo.

—Wow. No tenía ni idea de que este lugar existía. —Mitchell se paró detrás del hombro derecho de Jessica y le deslizó la mano alrededor de la cintura, como si tuviera miedo de que ella huyera y lo dejara varado en suelo extranjero.

—Gabriel, Sofía y Félix son los dueños. Vamos.

Ella condujo a Mitchell a través de una ruta sinuosa hacia el nicho en una esquina trasera donde a Sofía le gustaba reinar sobre sus súbditos. Dependiendo de la fecha, podría ser noche de improvisación, o haber un trío de jazz, o la banda de la casa tocando. Pero esta noche fue especial. Una banda poco conocida había golpeado el radar de Sofía. Tocaban un lento y conmovedor jazz que rompía corazones. Sofía había pedido a su equipo que despejaran el centro del pequeño espacio para que la gente pudiera bailar.

El club era pequeño, íntimo y elegante, con mesas pequeñas para dos, sillones bajos para grupos y velas por todas partes. El escenario, que se elevaba un pie por encima del resto del piso, era pequeño y estaba en el lado opuesto de la habitación. El pequeño número de camareros vestían de negro puro y se movían entre las mesas como un torrente de agua oscura; silencioso pero veloz.

Sofía había confesado en más de una ocasión que el lugar no generaba dinero, incluso estaba al borde de la quiebra, a pesar de los cócteles caros. Sin embargo, era una labor de amor, y con su cadena de éxitos número uno y un año de conciertos agotados, el trío Castillo podía darse el lujo de complacer. La clientela del club era gente más vieja, de alto nivel, a quienes les gustaba tener un club exclusivo en el que pudieran fumar sus puros, beber whisky añejado cincuenta años y hacer negocios clandestinos.

—¡Jess! —Sofía se puso de pie mientras se acercaban y extendió sus brazos para darle un abrazo, el cual Jessica felizmente le dio.

—Te ves increíble. —Jessica dio un paso atrás y miró el minivestido rojo ardiente y los tacones negros de cinco pulgadas que Sofía llevaba

puestos.

—Gracias. —Su hermana sonrió y miró el atuendo de Jessica con las cejas levantadas—. Te ves sexy esta noche.

Oh, Dios. Ella pudo escuchar el tono sugestivo de la voz de su hermana, pero ¿Mitchell lo habría captado por encima del ruido? Esperaba que no, pero temía que su piel clara ya estuviera evidenciando su rubor. Miró por encima de su hombro a su no-cita, que estaba esperando pacientemente.

—¿Te acuerdas de Mitchell Walker? Mitchell, mi hermana Sofía.

Él dio un paso adelante con la mano extendida y Sofía le sonrió como un gato que se comía al canario.

—Dr. Sexy. ¡Sí, definitivamente te recuerdo! Y te debo un trago por salvar la vida de mi hermano. —Sofía levantó una muñeca y elegantemente hizo una pequeña ola con la mano. Un camarero apareció mágicamente a su lado en segundos—. ¿Qué bebes, doctor? Y no aceptaré un no por respuesta.

—Whisky con hielo.

—¿Jess?

Jessica negó con la cabeza. Alguien tenía que llevar al Dr. Sexy a casa.

—Té helado con menta.

Sofía asintió con la cabeza, ordenó suficiente comida para un pequeño ejército y le dijo a su camarero que siguiera trayendo tragos, y que mantuviera lleno el vaso del doctor. Cuando se sentó de nuevo sobre uno de los cojines de color óxido del sofá, Jessica se apresuró a sentarse a su lado, haciendo que Mitchell se sentara en una silla a su derecha.

La comida era genial y la conversación fluía, debido en gran parte al encanto de Sofía. Mitchell estaba en su sexta o séptima copa de whisky y sus palabras comenzaban a tener un lindo arrastre cuando la música se ralentizó y la hermana de Jessica se puso de pie. Sofía le tendió la mano a

Mitchell.

—Vamos, doc, baila conmigo.

Mitchell miró a Jessica, pero ella levantó las cejas y se encogió de hombros. Mitchell no era su cita exactamente. No eran pareja, y era sólo un baile.

Menos de sesenta segundos más tarde, Jessica se arrepintió de esa decisión. Sofía estaba toda pegada a Mitchell en la pista de baile con ese vestido rojo y ajustado, luciendo increíblemente provocadora. Jessica amaba a su hermana, pero la mujer era mortal en lo que respectaba a los hombres. Jessica aún no había conocido a un hombre que pudiera resistirse a los encantos de Sofía por mucho tiempo.

¿Celosa? Sí, estaba celosa. Lo cual era algo estúpido y ridículo y a lo que no tenía derecho, pero ahí estaba. Ella había traído a Mitchell esta noche. Él era su Dr. Sexy, al menos por ahora. Ella era quien lo llevaría a casa. Lo menos que podía hacer era salvarlo de tomar una decisión de la que se arrepentiría por la mañana.

Pero Jessica nunca había escuchado a ningún hombre quejarse después de salir de la cama de Sofía. Por lo general, la perseguían y le rogaban que les permitiera volver a entrar.

—Mierda.

Félix, el más joven del clan Castillo, y dos años más joven que ella, había estado callado toda la noche, pero se rio por la izquierda de Jessica. Ella se volvió para mirar a su hermano menor.

—¿Qué?

—Te estás poniendo verde.

—No lo estoy.

Félix levantó su vaso medio vacío y lo usó para apuntar a la pista de baile.

—Entonces no te importará ver a Sofía hacer su jugada con tu doctor. Ella está jugando con su pelo.

Jessica se puso de pie y se dirigió hacia su hermana mientras la risa de Félix la perseguía a través de la habitación. Como era de esperarse, Sofía tenía su cabeza sobre el hombro de Mitchell y su mano izquierda había encontrado su camino hasta la base de su cabeza. Ella lo acariciaba. Para darle crédito a Mitchell, él no estaba aprovechándose de la situación. Sus ojos miraban directamente al frente, su cabeza estaba levantada y no enterrada en la masa de pelo negro y sedoso de Sofía y su mano en la cintura de Sofía no se había desviado hacia ningún lugar... inapropiado. Menos mal, porque no estaba segura de poder evitar patearlo accidentalmente en las espinillas. Pero si Sofía se salía con la suya...

Oh, claro que no.

—Disculpa, Sofía, pero voy a interrumpir.

Sofía levantó la cabeza del hombro de Mitchell como si estuviera borracha por las feromonas del hombre.

—¿Por qué?

Bueno. Sofía tenía razón. No era como si Jessica hubiera estado marcando su territorio. No lo había tomado de la mano. Ni siquiera lo había dejado sentarse a su lado.

Pero eso tampoco significaba que fuera temporada de caza.

—Quiero bailar.

—Espera tu turno.

¿En serio? ¿Sofía iba a empujarla? ¿Ahora? Jessica tuvo el impulso loco de pisotear su pie, o acercarse y arrancar a Sofía de Mitchell por el pelo, pero en lugar de eso sonrió y físicamente quitó la mano derecha de Sofía de la izquierda de Mitchell para alejarla. Cuando Jess tuvo a su hermana completamente desenredada, le dio a Sofía un pequeño empujón hacia la esquina.

—Deja a mi hombre, hermanita, antes de que te patee el trasero hasta la próxima semana.

Sofía se rio.

—Relájate, Jess. No sabía que lo querías. Me voy.

Jessica sintió una oleada de satisfacción durante dos segundos antes de darse cuenta de que ahora tenía que darse la vuelta y enfrentar a Mitchell.

Respirando hondo, Jessica enderezó su espina dorsal y movió su peso para girar alrededor justo cuando un par de fuertes brazos la envolvieron por detrás. Mitchell presionó su pecho contra su espalda y se inclinó hacia abajo para apoyar su barbilla en su hombro derecho.

—Ya era hora, rojita.

Ella se balanceó con él al compás de la música.

—¿Para qué?

—He estado esperando todo el día para tenerte en mis brazos.

Ella se giró y él la dejó, pero no aflojó el agarre. Estaban presionados como pegamento sobre papel y ella no deseaba estar en ningún otro lugar.

—¿En serio?

—He estado pensando en una cosa todo el día.

—¿Qué cosa?

Mitchell se inclinó para acariciarle el cuello, antes de enterrar la cara en su pelo.

—Eres la mujer más peligrosa que he conocido.

—¿Por qué?

—Pelo rojo. Me encanta el pelo rojo.

—¿En serio?

—Y pecas. Quiero besar tus pecas. —Oh, Dios. Mitchell era sexy. Pero el borracho y coqueto Mitchell era irresistible. Él besó su cuello y ella inclinó su cabeza hacia un lado para darle mejor acceso—. Pero eso no es lo peor.

—¿No lo es?

—No. —Levantó la cabeza para mirarla a los ojos, sus labios sólo un par de centímetros por encima de los de ella, y tan cerca que si ella se inclinaba, estaría besándolo—. Tu pelo.

Se había duchado después de hornear ese mismo día, pero no se había lavado el pelo. ¿Apestaba?

—¿Mi pelo?

—Huele a chocolate.

Esas fueron las últimas palabras que ella escuchó antes de que él la besara.

Ella esperaba que él se moviera para atacar, pero él sólo bajó su cabeza lentamente, tan lentamente que cuando sus labios tocaron los de ella, ella había sentido que se iba a desmayar.

El beso fue suave al principio, una suave exploración que hizo que su cabeza girara y sus rodillas se debilitaran. Ella alcanzó los hombros de Mitchell para estabilizarse, pero tocarlo fue lo peor que pudo haber hecho. Sus músculos estaban firmes y cálidos bajo las palmas de sus manos. Su fuerza era adictiva. Ella quería explorarlo, tocarlo en todas partes. Probar su piel.

El pensamiento se unió con un gemido y ella abrió la boca, levantándose de puntillas para envolver sus brazos alrededor de la cabeza de él y forzarlo a besarla más fuerte, más profundo. Ella quería probar su lengua en su boca, el whisky y lo salvaje que sabía que era tan de él.

Los brazos de Mitchell se apretaron alrededor de ella, pero él se echó

hacia atrás y ella lo siguió con los ojos cerrados, casi haciendo que ambos cayeran. Ella no estaba pensando en estar de pie en ese momento, estaba pensando en besar. Besar más.

CAPÍTULO SIETE

—TE DESEO. —Mitchell sabía que debía callarse la boca, pero como de costumbre, cuando el alcohol y una mujer sexy estaban involucrados, su cerebro era pateado al asiento trasero y su polla comenzaba a conducir.

Aunque no era que le importara en ese momento. Ahora mismo tenía a Jessica en sus brazos, sus suaves curvas presionadas contra él, su boca abierta y hambrienta. Besaba como hacía todo, sin inhibición alguna.

Se preguntaba si ella cogería de la misma manera. ¿Sería de las que gimen, lloriquean y ruegan? ¿O trataría de contener su placer y lo montaría en silencio hasta que sus orgasmos fueran sólo susurros contra las sábanas?

Descubrirlo se convirtió en su nueva prioridad.

La música se desvaneció hasta que todo lo que existió fueron las suaves curvas de los senos de Jessica presionados contra su pecho, el volumen de sus maduros labios debajo de los de él y la forma en la que sus brazos se apretaron alrededor de él, acercándolo.

Ella intentó alejarse, pero él la besó de nuevo porque no podía resistirse. Estaba duro como una roca, y por la forma en la que ella jadeó cuando él tiró de sus caderas hacia adelante para que sintiera la evidencia de su deseo por ella, era claro que ella estaba igual de caliente por él.

Esta vez, ella rompió el beso y llevó su mano a los labios de él para evitar el tercer asalto.

—Vamos, cavernícola. Vamos a sacarte de aquí.

Mitchell no protestó cuando ella tomó su mano y lo sacó de la pista de baile. Ella le sostuvo la mano mientras se acercaban a Félix, que aún estaba sentado en el sofá, quien le extendió su bolso con una astuta sonrisa. Mitchell apenas la escuchó regañar a su hermanastro.

—Cállate, Félix.

—Hasta luego. —Félix se inclinó alrededor de su hermana para saludar a Mitchell—. Encantado de volver a verlo, doctor.

—Igualmente. —Mitchell seguía hablando cuando Jessica lo jaló detrás de ella y salió por la puerta hacia su pequeño auto. Su cabeza daba vueltas y no todo era por el alcohol. Jessica Finley le hacía girar la cabeza y le hacía doler el pecho. No lo entendía, pero la combinación lo desesperaba tanto por estar con ella, que jugaría cualquier juego que ella quisiera que él jugara.

Con suerte, el juego de lamer la crema batida de sus pezones estaría en su agenda.

Jessica abrió la puerta del pasajero y le sostuvo el brazo mientras él se sentaba en su pequeño coche. Ella le dio su cinturón de seguridad antes de cerrar la puerta, lo cual él encontró extraño. ¿No era eso lo que él normalmente estaría haciendo?

Sí. Y él sería el que conduciría y el que decidiría adónde iría con su cita por la noche. Él pagaría por todo, abriría puertas y, en general, actuaría como un caballero.

Pero hoy no. No desde que había conocido a Jessica Finley, la reportera. Ella lo había arrastrado por las bolas el día de hoy y a él le había encantado cada minuto de eso.

—¿Qué carajo me pasa?

—Está borracho, Dr. Sabelotodo. —La voz suave de Jessica se envolvió alrededor de su polla y la apretó. Sus palabras contenían más que una pizca de risa.

—Para ti, soy Dr. Sexy.

Ella comenzó a reírse de él y eso sólo hizo que él la deseara más. Todo sobre ella lo excitaba. Su sonrisa, sus pecas, las generosas curvas de sus caderas y los suaves y redondos montículos de sus pechos. Ella no era un bastón; era suave, curveada y más mujer que cualquier otra hembra que hubiera visto en su vida. Quería desvestirla lentamente y besar una línea de peca en peca hasta abajo, hasta que él tuviera su boca en su centro y ella le rogara que la liberara.

El coche empezó a rodar, rompiendo su vista de la hinchazón de sus pechos, y se dio cuenta de que había estado mirando fijamente. Mitchell puso su mano en el tablero para estabilizarse y levantó su mirada desde el pecho de ella hasta sus labios.

Tan rosas, tan suaves, tan besables.

Ella pisó los frenos y él se tambaleó hacia un lado, con su cinturón de seguridad mordiéndole el costado del cuello. Mierda. Tal vez había bebido más de lo que pensaba. ¿Qué había sido? ¿Seis? No, ¿siete vasos de whisky? ¿Y en qué momento Jessica se había sentado a su lado y encendido el coche? Había bebido demasiado. Y ahora iba a parecerse al trasero de un caballo para la única mujer cuya opinión le había importado en los últimos días. Así se hace, genio.

—Lo siento, Jessica.

—¿Por qué?

—Por emborracharme y actuar como un adolescente cachondo. —Ella sonrió, una sonrisa amplia y brillante, y él se relajó. Ella no iba a enloquecer y a juzgarlo. Gracias a Dios, porque era demasiado tarde para jugar la carta del adulto responsable ahora.

—Eres lindo cuando estás borracho.

—Te besé. —¿Y él decía eso porque...? Bueno, porque era lo único en lo que pensaba. Y porque quería hacerlo de nuevo.

—Sí, lo hiciste.

—Y luego tú me besaste. —Estaba borracho, pero estaba súper concentrado en ella y no perdía ni un solo latido de su pulso en la base de su garganta, por no hablar del rubor que se extendía por sus mejillas.

—Sí, lo hice.

Mitchell dejó que esas palabras se asentaran durante lo que pareció una eternidad mientras la veía conducir.

—Quiero besarte otra vez.

Ella suspiró y él se preguntó si la había presionado demasiado, o si sonaba como un idiota en general. Tal vez ambas cosas.

El auto se detuvo y él le quitó la mirada de la cara para mirar fuera del parabrisas. Estaban frente a una vieja mansión de dos pisos en uno de los barrios más exclusivos de Denver. Los enormes árboles se paraban como centinelas en el patio y el césped estaba perfectamente cuidado.

—¿Dónde estamos?

—Casa de Sofía. Tengo que recoger a mis bebés esta noche. Están en su patio. No te muevas. Ahora vuelvo.

¿Bebés? ¿Qué? Pensó en discutir o seguirla, pero ella salió del auto antes de que se le ocurriera algo. Ella dejó los faros encendidos y él la vio caminar a un lado de la casa, hacia una reja blanca más alta que ella. Ella se paró sobre las puntas de sus pies, dándole una excelente vista de la parte trasera de sus muslos mientras su vestido subía, mientras se estiraba sobre la reja hacia un cerrojo que él no podía ver. La puerta se abrió y un caballo saltó del patio hacia ella.

Bueno, no un caballo, pero el maldito perro más grande que él hubiese visto. La cabeza del perro gigante llegaba hasta la cintura de

Jessica y Mitchell sabía que si el perro se levantaba sobre sus patas traseras, probablemente sería más alto que su chica. Jessica se inclinó y frotó la cabeza y la cara del perro. Mitchell bajó su ventana para poder escucharla decir tonterías a la criatura.

Aquí estaba él, sentado en un Prius, borracho y celoso de un perro.

Su hermano Derek estaría riendo a carcajadas.

Un pequeño ladrido llamó su atención y miró hacia abajo para ver a un muerdetobillos del tamaño de un alfiler, de pelo blanco rizado, que saltaba hacia las rodillas de Jessica. Jessica se agachó, levantó al pequeño y llevó al gigante hacia su auto. Cuando vio que la ventana de Mitchell estaba abajo, se detuvo, con la cara resplandeciente.

—Estos son Eddie y Bella. —La perrita le gruñó desde su posición segura en los brazos de Jessica, pero el grandote levantó la cabeza por la ventanilla del coche para oler la cara de Mitchell. El perro era en su mayoría blanco, con manchas negras y grises por todas partes. Alrededor de su cuello había un collar brillante como un diamante que *no* pertenecía a un macho, sin importar la raza. Parecía un gran danés, pero tenía que ser un perro callejero. Su cara no era del todo la de un pura sangre. Era un perro gentil, curioso y probablemente pesaba más de cien libras.

—Hola, Eddie. —Eso hizo que la cola del perro gigante se sacudiera.

—De acuerdo, vamos a casa, chicos. —Jessica abrió la puerta trasera y Eddie subió al asiento trasero, llenando toda la parte trasera del auto. Jessica colocó a Bella a su lado en el asiento y cerró la puerta.

Mientras Jessica conducía, la cabeza gigante de Eddie estaba posada sobre su hombro izquierdo, mientras que la pequeña, Bella, se mantuvo de pie con sus patas delanteras sobre el compartimiento central entre los dos asientos delanteros. El collar de Bella era rojo sangre. Lo cual no tenía ningún sentido. Ella era la pequeña hembra. ¿Dónde estaba su collar de brillantes?

Cuando Mitchell miró al trío, se sintió como si estuviera en la zona crepuscular; sus tres caras estaban apuntando hacia el frente del auto, como si los perros la estuvieran ayudando a vigilar el tráfico. La gruesa cola de Eddie golpeteó el asiento trasero durante todo el trayecto a la casa de Jessica.

Cuando Jessica se detuvo en su entrada, Mitchell se bajó del auto y la siguió a ella, y a sus dos perros, hasta la puerta de su casa. ¿Qué diablos le había pasado hoy? Él trabajaba. El trabajo era su vida, lo único que le importaba. Él iba al gimnasio. Salía con mujeres complicadas que tomaban lo que él ofrecía sin preguntas. Luego regresaba a casa, a su simple apartamento, también conocido como *La Morgue*, y a su simple vida.

Jessica Finley era desordenada, salvaje y totalmente impredecible. Pero también era suave, amable y real. Y él seguía aquí. Él no quería estar en ningún otro lugar. Ella había llamado «morgue» a su apartamento, y ahora que ella había dicho las palabras, él sólo podía pensar en su hogar como frío y estéril. La idea de volver allí esta noche era muy deprimente.

Ella abrió la puerta principal de su hogar y los perros entraron corriendo delante de ellos. Jessica mantuvo la puerta abierta y se volvió hacia él, con una pregunta en los ojos.

— ¿Quieres que te lleve a casa?

Él debía decir que sí. Debía callarse y hacer lo que siempre hacía, decir una broma o redirigir la conversación cuando las cosas se volvían demasiado reales. Pero no podía hacerlo. Tal vez era el whisky, o tal vez sólo era ella, pero se encontró a sí mismo completamente indispuerto a mentirle.

— Quiero quedarme.

Ella lo estudió.

— No voy a acostarme contigo.

— No espero sexo, Jess. Sólo quiero estar contigo. — Hizo lo mejor que

pudo para lucir como un idiota triste, patético y enfermo de amor porque así era como se sentía. Si ella lo enviaba a casa en este momento, probablemente se emborracharía hasta quedar inconsciente para dejar de pensar en ella.

Inclinando la cabeza, ella le extendió la mano y él se la tomó.

—Está bien. Me preocuparía por ti toda la noche si te llevara a casa ahora. Entra. —Ella lo llevó hacia adentro y cerró la puerta. Él quería saltar en el aire y mover los puños porque sentía que acababa de ganar el partido más importante de su vida.

Lo llevó al cuarto de huéspedes y lo dejó solo, de pie, en medio de la habitación, sintiéndose como un tonto. ¿Qué estaba haciendo? ¿Debía desvestirse y meterse en esa fría y solitaria cama? No quería dormir ahí. Lo haría, si ella insistía. Pero estaría tan solo ahí como en casa. Quería abrazarla. Quería el olor de su pelo en sus pulmones y el calor de sus curvas a su lado. La deseaba.

Aprovechando un par de minutos a solas, Mitchell usó el baño de ella y le dio las gracias cuando ella llamó a la puerta y le dio un cepillo de dientes nuevo y ropa doblada.

—Hice una redada en el armario de Tyler. Puedes usarlas esta noche.

—Gracias. —No le importaba lo que ella quería que se pusiera. Demonios, se metería en su cama con sus pantalones de vestir y sus zapatos puestos si ella así lo quisiera.

Se puso rápidamente los pantalones cortos y la camiseta ligera en el baño de Jessica. Cuando se lavó los dientes, abrió la puerta para encontrarla de pie en el pasillo con una camiseta azul marino y pantalones de yoga. Se había quitado el sostén. Él trató de no mirar fijamente a los suaves montículos de carne en su pecho o a los pezones que rogaban por su atención a través de la camisa.

Ella cruzó los brazos por encima de su pecho y lo miró.

—¿Necesitas algo? ¿Te encuentras bien?

Él estaba bien. La cálida sensación de confusión en su cabeza estaba desvaneciéndose y ya echaba de menos la facilidad con la que el alcohol le hacía decirle la verdad a esta mujer. ¿Que si necesitaba algo? Sí, necesitaba algo.

—Quédate conmigo. —Tomó sus manos y la acercó lentamente para que no se asustara—. Por favor.

—Nada de sexo.

—Nada de sexo. —Se inclinó y la besó en los labios tan gentil y reverentemente como pudo. Quería que ella sintiera lo que él estaba sintiendo en ese momento, como si abrazarla fuera lo único que le importara.

—De acuerdo. —Ella tiró de sus manos y lo llevó por el pasillo hacia su dormitorio y a una cama tamaño king, la cual estaba adornada con un femenino remolino de flores amarillas y rojas bordadas en un edredón de color crema. La pequeña bola de pelusa blanca ya se había acomodado encima de las sábanas al pie de la cama. Eddie, el gigante, se había acurrucado en una cama de perro lo suficientemente grande como para acomodar a dos hombres adultos en el piso junto a la mesita de noche. Ese debía ser el lado de la cama de Jessica. Había varios libros, una pequeña lámpara y un despertador esparcidos por su superficie.

Jessica se metió entre unas sábanas de color verde pálido. La habitación estaba oscura, excepto por la pequeña lámpara de su mesita de noche. Ella lo miró por encima del hombro desde debajo de las sábanas, con el pelo enredado alrededor de la cabeza y una sonrisa en la cara.

La visión de ella en esa maraña de almohadas y sábanas era mejor de lo que se había imaginado.

—Vamos, Mitchell. Estoy cansada.

Mitchell no dijo nada, pues tenía miedo de destruir cualquiera que fuera el milagro que estaba ocurriendo. En silencio, levantó las sábanas y

se deslizó a su lado. Ni siquiera estaba asentado cuando ella apagó la luz.

Él se quedó perfectamente quieto, temeroso de darse la vuelta y alcanzarla, temeroso de moverse en absoluto, hasta que el susurro de Jessica llegó a través de la oscuridad e hizo que su corazón diera un salto.

—Ven aquí.

Él rodó hacia ella y descubrió que ella había lanzado su brazo derecho hacia atrás, buscándole. Cuando ella lo encontró, entrelazó sus dedos y lo jaló más cerca hasta que estaban acurrucados. Ella fue gentil con él. Nadie era gentil con él jamás. Él daba órdenes. Él luchaba con sus hermanos y luchaba contra la muerte todos los días en el hospital, luchando por salvar a la gente, luchando por mejorar sus vidas. Cada día, cada momento era un desafío a su intelecto, a su coraje o a su orgullo, a veces a los tres. Y la mayoría de los días se deleitaba en la lucha. Su vida era dura y rápida por elección.

Pero no en este momento.

Abrazarla se sintió bien, como si todo estuviera bien en el universo, como si su alma maltrecha no se hubiera roto en demasiados pedazos como para ser reparada. Sabía que el alcohol estaba volviéndolo débil y sentimental, pero conforme el olor y la suavidad de Jessica lo rodearon, él se relajó, completamente en paz por primera vez en años, y se quedó dormido.

CAPÍTULO OCHO

JESSICA SE DESPERTÓ ACURRUCADA CONTRA EL COSTADO DE MITCHELL, sintiéndose como un gatito somnoliento. Él estaba boca arriba y ella lo había seguido a través de la cama, con su cabeza sobre su hombro, su pierna sobre la de él, y el pesado brazo de Mitchell alrededor y sobre su espalda, donde la mano de él descansaba sobre su cintura y la sostenía contra su costado.

Mierda.

La respiración de Mitchell era profunda y uniforme, y ella supo por la tenue luz que pasaba a través de las cortinas de su habitación que era temprano. Afuera de su ventana, las palomas emparejadas que habían decidido anidar en su árbol se cantaron la una a la otra y el canto de una variedad de pájaros matutinos muy entusiastas llegó hasta ella a través de las paredes.

Jessica no necesitaba un despertador. La despertaban los pájaros todas las mañanas, incluso en verano, entre las cinco y las cinco y media, quisiera o no. La mayoría de los días no le importaba, pero se había acostado tarde anoche. Y Mitchell también.

El cansancio la tentó a permanecer acurrucada junto a él, pero ella se separó de sus brazos por dos muy buenas razones: una, no tenía ni idea de cómo lidiar con él cuando se despertara, y el hecho de que estuviera pegado a él en su cama no la ayudaría con eso; dos, ella no tenía ni idea de cómo iba a lidiar con ella misma.

La noche anterior, él la había besado como si no hubiera un mañana. Si no hubiera estado borracho, ella podría haber cedido ante las demandas primitivas de su cuerpo y lo habría atacado. Tal como estaba, el whisky lo tenía diciendo tonterías.

Buenas tonterías. Tonterías seductoras sobre cuánto le gustaba su pelo, y cuánto le gustaba abrazarla, y cómo quería besar sus pecas.

Nadie le había dicho eso antes. Ella encontró los labios de Mitchell trazando un camino de peca en peca a través de la longitud de su cuerpo tan sensual como intrigante. Tenía *muchas* pecas. En *todas partes*.

Ella se paró a un lado de la cama por un minuto y observó. Dios, era hermoso. Esa era la verdad. Su cabello oscuro era del color del café helado y sus cejas oscuras resplandecían dramáticamente sobre una cara de forma clásica. Incluso sus pestañas, probablemente más largas que las de ella, eran curvas y gruesas donde descansaban encima de sus mejillas. Nariz larga y recta. Labios regordetes. Mandíbula pronunciada.

Sus ojos estaban cerrados, pero cuando estaba despierto, su mirada la atravesaba. El tono verde oscuro era uno que ella nunca había visto antes, y cuando la mirada de Mitchell se volvía oscura y caliente, era suficiente para derretirla en un charco en el lugar.

¿Cómo demonios había sucedido esto? Había pasado un maldito día con él. Un día. Ella no debía estar tan apegada a un hombre después de un estúpido día. No debía estar apegada en absoluto, no con su cuenta regresiva de treinta días probablemente ya corriendo sobre su relación. O lo que fuera esta cosa entre ellos.

—Soy una idiota. —Susurró las palabras, más para sí misma que para el hombre que dormía en su cama. Pero fue Eddie quien la escuchó.

El gran perro levantó la cabeza de su almohada, se puso de pie, se estiró con la total desinhibición con la que sólo un perro podría estirarse y salió de la puerta hacia la cocina y hacia su desayuno.

Jessica tomó una sudadera, se la puso y caminó descalza hasta la

cocina, donde colocó una tetera y comenzó a preparar un pan tostado con mantequilla de maní. Llenó un vaso con agua fresca, encontró un bote de aspirina y llevó ambos de regreso a la habitación. Los colocó en la mesa lateral junto a la cabeza de Mitchell y se escabulló tan silenciosamente como pudo.

Mientras comía su desayuno, Jessica se puso en pie, mirando a través de la ventana hacia su patio trasero. Una ardilla corrió por la parte superior de la vieja cerca de cedro y ella silbó suavemente a Bella, que fue corriendo. Jessica sólo tuvo que decir una palabra.

—Ardilla.

Bella ladró y salió corriendo a través de la puerta para perro con Eddie detrás de ella. Jessica se rio y sorbió su té caliente.

—Pobre ardilla. —La voz profunda de Mitchell sonó detrás de ella y ella saltó, casi derramando su té. Él estaba disculpándose antes de que ella se diera la vuelta para verlo de frente—. Lo siento. No quise asustarte.

—Pensé que estabas dormido. —Jessica se llevó su taza de té a los labios para ocultar su expresión. Mitchell se veía arrugado y somnoliento, con el pelo aplastado en la parte de atrás de su cabeza y la camiseta arrugada más allá de toda esperanza de recuperación. Se veía adorable. Y besable. Grande y fuerte y completamente vulnerable. Una combinación muy letal de hombre sexy e irresistible que nunca había existido. Al menos no para ella.

—Lo estaba. Pero faltaba algo.

¿Estaba hablando de ella? La posibilidad hizo que su corazón latiera con fuerza.

Antes de que ella pudiera responder, Bella atravesó la puerta del perro con un fuerte ruido. Él se llevó la mano hacia la sien con una mueca y ella se estremeció con él. Eddie siguió a Bella adentro y se recostó sobre el piso de baldosas duras en una muestra perruna de amor

verdadero, de manera que su pequeña compañera pudiera saltar sobre él, gruñirle y morderle las orejas.

Jessica se volvió hacia Mitchell. Él tenía la cabeza gacha y los párpados medio cerrados, como si la tenue luz del amanecer fuera demasiado.

— ¿Te duele la cabeza?

— Como el infierno.

— Te traje algunas aspirinas.

— Gracias. Pero lo que necesito está aquí. — Se acercó hacia ella y ella se apresuró a poner su taza sobre la encimera segundos antes de que sus brazos la rodearan.

— ¿Mitchell?

— ¿Sí?

— ¿Qué estamos haciendo?

Se puso un poco rígido y se alejó lo suficiente para mirarla a los ojos.

— No lo sé.

Ella lo miró fijamente, con las manos alrededor de sus bíceps y las manos de él alrededor de su cintura. Se sentía como si se hubieran parado así miles de veces, como si ser sostenida por él fuera lo más natural del mundo.

— ¿Va a durar más de treinta días?

La expresión cálida y abierta en los ojos de Mitchell se desvaneció y giró su cabeza hacia un lado por un par de segundos. Ella estaba mirando su perfil cuando él la soltó

— No lo sé.

Mitchell se llevó las manos a la cabeza otra vez y Jessica no pudo concentrarse en la sensación de vacío que le causaron sus palabras. Él

sentía dolor y ella necesitaba ayudar.

—Vamos, te haré algo de té y pan tostado.

—Gracias. —Mitchell dejó que ella lo condujera a su gran sofá seccional, donde se sentó. Puso los pies frente a él sobre la enorme otomana. El aire acondicionado definitivamente estaba funcionando; eso revelaban los pezones erectos de Jessica, así que envolvió a Mitchell con una manta.

Él miró alrededor de la sala de estar y ella se dio cuenta de que era la primera vez que lo traía aquí. Se preguntaba qué le parecía. El sofá era un gigantesco seccional de cuero, lo suficientemente grande como para albergar a toda la banda más un amigo o dos. Unos cojines que no hacían juego estaban regados por todas partes. Una manta acolchada con un casco de fútbol gigante del equipo favorito de Tyler estaba justo al lado de una colcha hecha a mano y una manta de algodón de rayas extrañas que ella había traído a casa de un viaje de vacaciones de primavera a México. Un par de tacones altos todavía estaba donde ella los había echado la semana pasada, frente a la chimenea de gas, y sus botas favoritas estaban en un estado similar por la puerta trasera. Su amado piano de cola ocupaba la mitad de la habitación, pero estaba cubierto por una sábana que no había quitado desde su cirugía de túnel carpiano hacía dos años.

Su casa no era un escaparate de diseño, sino una colección de mosaicos de la gente y los lugares que le importaban. Una casa revuelta y desordenada.

Este era su hogar. Su espacio sagrado. Su corazón latía dentro de esta casa. Y ella lo había traído aquí porque una parte profunda y necesitada de ella lo quería aquí.

Lo cual era una estupidez. Una gran estupidez. El Sr. Relación de Treinta Días no era su estilo. A ella no le gustaba lo casual. No le gustaban los doctores. Y no le gustaba un doctor cuyo apodo con las jóvenes solteras en el trabajo era *Dr. Suelta-Tus-Bragas*.

Cuando ella terminó de mirar a su alrededor, se volvió hacia Mitchell para encontrarlo mirándola.

—¿Y bien, doc? ¿Qué te parece?

Mitchell se tomó su tiempo con una lenta lectura de toda la habitación.

—Bueno, es una mierda para almacenar cadáveres, pero servirá.

Ella le puso los ojos en blanco y se dirigió a la cocina. Él estaba despierto. Hablando y caminando. Pero ella había cuidado a su hermano durante suficientes resacas en sus días más salvajes como para conocer las señales. Mitchell necesitaría té caliente, pan tostado y unas pocas horas de no moverse para recuperarse.

Té y pan tostado en mano, le llevó ambos y se instaló en el otro extremo del sofá con el mando del televisor.

—No. Por favor. Siéntate a mi lado.

Con un suspiro, ella se movió hasta que estuvo a su lado. Una idea tonta, dado que tenía la sensación de que sabía exactamente a dónde iba esto... directo a un corazón roto. Pero aquí estaba de todos modos, rompiendo todas las malditas reglas que tenía.

Encendió el televisor y sacó su biblioteca digital de películas.

—Estaba planeando un día de pijamas.

—¿Qué es eso?

—Pijamas todo el día, sándwiches de queso fundido para el almuerzo, sopa para la cena y una maratón de películas de doce horas.

—Suena bien para mí.

Jessica tuvo que sonreír.

—Advertencia. En días de pijamas, sólo veo películas de chicas.

—No he visto una película en seis años. Cualquier cosa está bien,

siempre y cuando me hagas compañía. — Se detuvo y añadió—: Y que no sea demasiado ruidosa.

Ella se sentó más recta y se giró para mirarlo, con el brazo a lo largo de la parte trasera del sofá de cuero.

—No puede ser en serio. ¿Seis años?

—La escuela de medicina apesta. ¿Qué puedo decir?

—Necesita una vida, doctor Walker. —Ella estaba bromeando a medias, pero la mirada solemne que él le dirigió hizo saltar su corazón hasta su garganta. ¿Dónde estaba el bromista ahora, el tipo que siempre tenía algo astuto que decir?

—¿Y si olvidé cómo?

—Me rompes el corazón, Mitchell. Necesitas más que una película de chicas. Necesitas inspiración.

—Adelante.

Jessica revisó su videoteca. Ver un romance mientras estaba al lado de Mitchell podía destruirla. Al menos, sería extremadamente incómodo. ¿Y si una escena de amor ardiente aparecía en esa pantalla gigante de setenta pulgadas? De ninguna manera. La mirada de Mitchell reflejaba cansancio del alma y necesitaba inspiración, no *transpiración*.

Una vieja favorita le llamó la atención y sonrió.

—¿Has visto *Goonies*?

—No.

Presionó el botón de reproducir en el mando y se acurrucó al lado de él.

—Hay un chico en esta película llamado Chunk que creo que podría ser tu gemelo perdido.

—Ah, ¿sí? ¿Es guapo y totalmente irresistible? —Mitchell suspiró y le puso un brazo alrededor de los hombros.

Ella soltó una carcajada.

—No. Pero le encanta el chocolate.



La tarde siguiente, Mitchell terminó su tercera botella de electrolitos y arrojó el plástico a la papelera de reciclaje ubicada en la cafetería del hospital. Se había recuperado completamente de su borrachera de whisky, pero seguía sintiendo resaca. No por el alcohol, sino por ella.

Quería regresar el tiempo y volver a vivir el día anterior. Jessica en sus brazos. Pies descalzos sobre la otomana y un perrito blanco acurrucado en su regazo mientras veían películas, dormían la siesta, horneaban galletas y, en general, no hacían absolutamente nada.

Mitchell se dirigió a los ascensores para hacer sus rondas, pero su mente estaba en otra parte.

Quería el día anterior de vuelta. Necesitaba rehacerlo.

En algún lugar entre su dolor de cabeza matutino y las galletas para la cena, Jessica había decidido que sólo serían amigos.

Sólo amigos.

No había sido castigado en la zona de amigos desde el instituto. Y aun así apestaba tanto como lo recordaba.

El elevador sonó y Mitchell lo abandonó. Tenía unos diez pacientes que atender esta tarde y estaba guardando a Tyler Travis para el final. Tal vez, si sabía qué preguntar, el mellizo de Jessica podría ayudarlo a entenderla.

Y tal vez esa era una idea estúpida, una total pérdida de tiempo.

¿Sólo amigos? ¿A quién creía ella que engañaba?

Él no quería ser su amigo. Quería estar dentro de ella, enterrando hasta las bolas, haciéndola gritar su nombre. Pero no la había presionado. No había vuelto a besarla y tampoco había hecho ni un solo movimiento porque, más allá de la opinión de su pene sobre el asunto, no tenía ni idea de qué carajos estaba haciendo con ella. Y esa mirada tierna y conmovedora que ella le había dado en la cocina lo había perseguido a cada momento desde entonces.

«¿Qué estamos haciendo? ¿Va a durar más de treinta días?»

Jessica Finley no era el tipo de mujer con la que un hombre con algún indicio de decencia jugara. Ella era algo serio. Lo que significaba que si él no estaba dispuesto a darlo todo, debía irse.

Y él no estaba dispuesto a darlo todo.

Debía marcharse.

La mente sobre la materia, ¿cierto? Entonces, ¿por qué hoy en tres ocasiones ya le había mandado mensajes cuidadosamente alineados a su nuevo estatus en la zona de amigos? ¿Por qué?

Se negó a contemplar posibles respuestas porque todas parecían tristemente patéticas.

Aún más patético era el pequeño salto de alegría que sentía cuando ella le contestaba. Cada vez. Él veía su nombre y sonreía.

Por el amor de Dios. Sus hermanos se reirían a carcajadas de él por esto.

Bueno, o se reirían, o llorarían.

Entró en la habitación de su primer paciente y empujó a Jessica hasta el fondo de su mente. Revisar incisiones. Signos vitales. Drenajes y suturas. Esa sería su vida durante las siguientes dos horas. Se negó a pensar en ella hasta que se acercó al único ser humano en el planeta que conocía a Jessica Finley al menos tan bien como se conocía ella misma. Su hermano mellizo, Tyler.

Mitchell tocó ligeramente a la puerta de Tyler y se sintió aliviado cuando el hermano de Jessica, y sólo el hermano de Jessica, lo invitó a entrar. Inspeccionó a Tyler con ojos frescos y notó que el cabello rubio y los ojos azules de Tyler no se parecían en nada al cabello rojizo, las pecas y la mirada de color whisky de su hermana melliza. Pero sus rostros tenían los mismos ángulos, la misma mandíbula terca y los mismos ojos en forma de almendra.

Sacudiéndose los pensamientos de Jessica, Mitchell se aseguró de permanecer en modo doctor. Revisó el intestino de Tyler y su incisión, hizo todas las preguntas que necesitaba hacer y leyó las notas de las enfermeras sobre los últimos días de Tyler, los días que él había pasado con la hermana melliza de Tyler.

—Te ves bien. Todo está bien y te irás a casa pronto.

—¿Pronto? Necesito una fecha. Este lugar me está volviendo loco. — Con una mueca llena de dolor, Tyler usó sus brazos para ponerse más alto en la cama y sentarse.

—Domingo. Lunes a más tardar. —Mitchell entendía esa sensación de inquietud—. ¿Crees que puedes sobrevivir a unos días más de comida de hospital?

Tyler se rio.

—Si como más gelatina, cagaré color rojo como por un año.

Mitchell se rio. Tyler le recordaba a sus hermanos.

—Bueno, veré qué podemos hacer al respecto. Estoy seguro de que cuando salgas de aquí, Jessica te preparará un poco de su sopa casera de fideos con pollo. —Él se había deleitado con esa sopa el día anterior y la experiencia lo había cambiado. Ninguna sopa se compararía con aquella, jamás.

Aún pensando en la sopa de Jessica, Mitchell hizo sus notas en la carpeta de Tyler. Le tomó un par de minutos darse cuenta de que Tyler se había vuelto absolutamente silencioso. Cuando miró a la espeluznante

quietud de la habitación, Tyler lo miraba con una expresión menos que amistosa en su cara.

—¿Cómo sabes de la sopa casera de fideos con pollo de mi hermana?

Bueno, él había querido hablar con Tyler sobre su hermana. Aquí estaba su gran oportunidad. Mitchell dejó el expediente médico y caminó hasta la puerta agrietada de la habitación del hospital, cerrándola herméticamente con un sólido clic. Cuando se dio la vuelta, Tyler tenía los brazos cruzados y las mejillas rosadas. El monitor de la frecuencia cardíaca emitió un pitido y Mitchell miró las lecturas en la pantalla.

—Cálmate, Tyler. No quieres que tu presión suba.

Tyler volvió a recostarse sobre sus almohadas, pero su expresión no cambió.

—¿Estás aquí para decirme que hay algo entre tú y mi hermana? Porque ella odia a los médicos.

—Lo sé. —Mitchell se acercó a la cama y se paró junto a la cadera de Tyler, donde podían mirarse a los ojos y hablar como hombres—. Y si pudiera volar a Nueva York y golpear a tu padre en la cara, lo haría.

—Oh, mierda. ¿Ella te lo dijo?

—Sí.

—Entonces, si ya tienes algo con mi hermana, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué estamos teniendo esta conversación?

Mitchell eligió sus palabras con cuidado.

—Porque necesito saber cómo ir más allá.

—¿Más allá de qué?

—Más allá de la sombra gigante de un pene proyectada por tu mentiroso e infiel padre.

—No necesitas saberlo. —Tyler negó con la cabeza—. ¿Y por qué querrías eso? ¿Me estás diciendo que vas en serio con ella? ¿Cuando la

conoces desde hace menos de una semana?

—No lo sé. Tal vez.

Tyler levantó las cejas mientras sus fosas nasales se abrían por el fastidio. Un tic comenzó en su mandíbula, del lado izquierdo de su cara.

—Escucha. Me salvaste la vida, así que te daré algo de ventaja por eso y no saltaré de la cama del hospital para patearte el trasero. Pero Jessica está en zona prohibida, doc. Ella no juega. Ella no tiene aventuras casuales. Ella cuida de la gente. Ella ama a la gente. Eso es lo que ella hace. Si se enamora de ti, te dará todo lo que tiene. Y no puedo tolerar que vayas por ahí jodiendo con eso y lastimándola. «Tal vez» no es lo suficientemente bueno. Así que, a menos que eso se convierta en un «para siempre», aléjate de ella.

CAPÍTULO NUEVE

MITCHELL SE PARÓ AL FRENTE DE LA PEQUEÑA IGLESIA DE LA MONTAÑA CON SU ESMOQUIN Y UNA SONRISA. Su hermanito, Jake, acababa de decir sus votos y le estaba dando un beso tan candente a su nueva esposa que podría incendiar el edificio.

Jake, el vaquero tranquilo y grande, finalmente había logrado convencer a su novia de la infancia para que se casara con él. La semana pasada.

La puta semana pasada. Cuando Mitchell le preguntó a Jake sobre las nupcias aceleradas, el altísimo rubio le dio esa floja y rústica sonrisa y dijo: —Hay que encerrarla antes de que cambie de opinión.

No había ninguna posibilidad de que eso ocurriera. Claire había amado a su hermanito durante años. Primero, su hermano Chance se había enamorado de su novia, la estrella de rock, y ahora Jake. Sus hermanos estaban cayendo como moscas, pero al estar parado junto a ellos, los cuatro chicos Walker al frente de la iglesia, el amor que sus dos hermanos menores tenían por sus mujeres era evidente.

Lo que dejaba a los dos mayores, él y Derek, para fruncir el ceño y preservar la tradición de la familia Walker de ser sarcásticos, solitarios, y fastidiosos.

Cuando comenzaron los gritos y silbidos, Jake finalmente levantó la cabeza, con una sonrisa absolutamente libre de remordimiento, para

llevar a su esposa por el pasillo y hacia la brillante luz del sol de junio que había afuera.

La iglesia era diminuta, con apenas algunas filas de bancas, las cuales estaban medio llenas. Mitchell esperó a que la iglesia se despejara y siguió a sus hermanos, Chance y Derek, afuera para localizar a Jake y molestarlo un poco antes de darle sus felicitaciones.

La prometida de Chance, Erin, estaba hablando con la novia. El Sr. y la Sra. Klasky estaban ocupados hablando con los padres de Claire y con el predicador. Los pocos miembros del personal del rancho que se habían reunido ya se dirigían a sus autos. Lo cual dejaba a los cuatro hermanos Walker parados en un círculo suelto, donde podrían darle lo suyo a Jake.

Aunque no era como que a Jake le importara. No podía dejar de sonreír.

—Estás prácticamente resplandeciente como una niña. —Chance empujó a Jake por el hombro antes de darle un abrazo rápido.

Jake se rio.

—Tú me guiaste. Yo sólo seguí tus pasos.

—Cierto. Siempre fui el hijo más inteligente de mamá. —Él acababa de conocer a Erin tres meses atrás y todavía observaba cada movimiento que hacía con un calor posesivo que Mitchell nunca había entendido hasta que Jessica Finley llegó como una bola de demolición a su bien organizada vida.

Mitchell abrazó a Jake con una palmadita en los gruesos hombros de su hermano y dio un paso atrás.

—Me alegro por ti, hombre.

Jake, Chance y Derek se congelaron, mirándolo como si fuera un extraterrestre.

—Gracias. Supongo que te debo una. —Los ojos azules de Jake eran muy serios.

Mitchell dio un paso atrás, pero evitó la mirada de Chance, quien estaba demasiado interesado en mirar hostilmente a Mitchell en ese momento.

—¿De qué estás hablando, Jake?

—Tú fuiste quien me dijo que fuera por ella. —Jake le recordó la conversación en la que él le había aconsejado a su hermanito que sedujera a Claire mientras ella estaba en casa.

—Durante tres semanas. Te dije que la sacaras de tu sistema. No que te casaras con ella.

—Bueno, a veces no se puede sacar a una mujer de tu sistema.

—Yo no tengo ese problema. —Él tenía miedo de saber más de lo que quería acerca de estar obsesionado con una mujer. No había podido dejar de pensar en Jessica desde el primer día que la vio.

Derek le dio un ligero golpe en el hombro.

—¿Qué demonios pasa contigo?

Mitchell miró a Derek por encima de su hombro.

—Nada.

Chance levantó una ceja, pero redirigió la conversación hacia Jake, compadeciéndose de su hermano mayor.

—Lo siguiente que sabremos es que Jake estará conduciendo una minivan destrozada a la reunión de padres.

Los ojos de Jake siguieron los movimientos de Claire, pero se oscurecieron con emoción.

—No. Vamos a esperar unos años para tener hijos. Ella sólo quiere dos.

—¿Estás de acuerdo con eso? Siempre te imaginé con una docena de niños. —Derek sacó un contenedor de alcohol plateado del bolsillo de su chaqueta, bebió y se lo dio a Mitchell, quien dio un enorme trago y

disfrutó de la sensación de quemadura hasta sus entrañas. Whisky.

Jake arrancó sus ojos enamorados de su nueva esposa para sonreírle a Derek.

—¿En serio? No me importa. Tengo a Claire. Si ella es feliz, yo soy feliz. Dos hijos. Veinte. Lo que sea. Mientras no me eche de la cama, le daré lo que quiera.

Chance se echó a reír y le quitó el contenedor de whisky a Mitchell.

—A tu salud, Jake. El único hermano inteligente que tengo. —Levantó el licor en un firme saludo a la sabiduría de su hermano menor y dio un trago. Derek tomó el contenedor y negó con la cabeza.

—Devuélveme eso, Chance. Ustedes dos no deberían estar bebiendo whisky. Se han convertido en chicas. —Derek les estaba haciendo pasar un mal rato a sus hermanos, pero todos sabían que sólo estaba jugando. Nadie hacía más para proteger a su familia que Derek, y ver a sus dos hermanos menores felices era bueno. Muy bueno.

Mitchell tiró del rígido cuello almidonado de su camisa blanca y aflojó su corbata negra.

—Maldición, Jake, ¿en serio teníamos que vestirnos de esmoquin? ¿En junio? Creo que estás tratando de matarnos. Yo podría derretirme aquí.

Erin eligió ese momento para aparecer junto a Chance y colarse bajo su brazo. Se veía impresionante en un vestido azul sólido que envolvía su diminuto cuerpo como una segunda piel. Su pelo rubio estaba recogido y sus ojos brillaban con amor por su hermano. Ella le sonrió a Mitchell.

—¿Alguien mencionó derretirse?

—Ese fue mi querido hermano Mitchell. —Chance tuvo que inclinarse para besarla en la sien—. Porque es de azúcar y está lleno de todo lo bueno.

Ella empezó a tararear y Mitchell gruñó.

—Oh, no. No te atrevas a escribir una canción sobre mí.

Erin sonrió.

—Podría ser genial. Estoy pensando en algo sobre el sudor y el azúcar derritiéndose en caramelo líquido. —Ella se volvió hacia Chance con su corazón y una dosis saludable de lujuria en los ojos—. Podemos trabajar en el concepto más tarde.

Derek se ahogó con su segundo sorbo de whisky y Mitchell golpeó a su hermano mayor en la espalda, justo entre los omóplatos. Fuerte.

Jake, que había estado viendo a Claire abrazar a sus padres, se volvió hacia sus hermanos y les dio unos abrazos relámpago.

—Los amo. Ahora, lárquense de aquí para que pueda llevarme a mi esposa a casa y hacerla mía.

—Está bien, amante. ¿Nos vemos el próximo domingo para la barbacoa por el cumpleaños de mamá? —preguntó Chance.

—Sí. Les enviaré un mensaje cuando volvamos de California. —Jake y Claire pasarían los siguientes días empacando las cosas de ella en California y llevándolas al rancho. Jake se retiró y Mitchell lo vio darle las gracias al predicador, estrecharle la mano al Sr. Miller, desenredarse del abrazo de la Sra. Miller y envolver a Claire en un caluroso beso incluso antes de que llegaran a la puerta del pasajero de su camioneta. Jake abrió la puerta, la cargó hacia el interior y se fue como si el diablo mismo estuviera persiguiéndolos.

Chance envolvió a Erin con el brazo y se retiraron también. En cuestión de minutos, Mitchell y Derek estaban solos en el aparcamiento, medio sentados sobre el capó del deportivo rojo de Mitchell.

Mitchell suspiró y se quitó la chaqueta negra de esmoquin y la corbata. Derek hizo lo mismo y ambos arrojaron las pesadas chaquetas sobre el capó. Repitieron el proceso con sus chalecos y sus camisas de vestir. Cuando ambos quedaron de pie bajo el brillante sol de Colorado vistiendo sólo sus camisetas interiores, sus pantalones negros y sus

zapatos de vestir brillantes, Derek levantó el contenedor de whisky.

—Por Jake y Chance. Bastardos afortunados.

Mitchell se lo quitó para poder dar un pequeño sorbo.

—Bastardos afortunados.

Se sentaron en silencio por un minuto, escuchando el viento en los árboles y ocasionalmente algún coche, antes de que Derek hiciera una pregunta repentina.

—Bueno, háblame de la pelirroja. Jessica.

Mierda. Mitchell quería matar a Jake. Su hermanito había conocido a Jessica en el hospital el día después de que Mitchell había operado a Tyler. Jake era el único que sabía que Jessica existía. Bueno, no era verdad. Apparentemente, todos sus hermanos lo sabían porque Jake tenía diarrea verbal.

—Nada que contar.

—Claro. Por eso has estado melancólico como un cachorro azotado las últimas tres horas.

—Claro que no. —Mitchell estudió los árboles del estacionamiento. ¿Era ese un pino ponderosa o un abeto azul? Podía recitar todos los huesos del cuerpo humano, pero no sabía un carajo sobre árboles.

—¿Cuál es el problema? ¿Te rechazó?

—No.

Derek silbó.

—¿No? ¿Y qué? ¿Hiciste la entrevista? ¿La invitaste a salir?

—Sí. Y nada. Sólo estamos hablando.

Derek volvió a enroscar la tapa del contenedor de whisky y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

—De acuerdo. Si no quieres hablar de ello, está bien.

Mitchell abrió el maletero y tomó las prendas que habían dejado sobre el capó para tirarlas dentro.

—No hay nada de qué hablar. —Mitchell cerró el maletero de golpe y caminó para tomar su lugar en el asiento del conductor. Dos sorbos de whisky. Él estaba bien. Bueno, no estaba bien, pero su falta de estabilidad mental no tenía nada que ver con el alcohol, aunque tenía todo que ver con Jessica.

—¿Por qué no la trajiste a la boda?

—No hay razón. Sólo quería pasar el rato con ustedes.

Derek se detuvo mientras se subía al asiento del pasajero.

—Claro, y es por eso que hoy eres un feliz rayo de sol.

—Cállate. Eres un imbécil. ¿Tienes que notar cada puta cosa?

Derek se sentó y cerró la puerta mientras Mitchell arrancaba el auto.

—Sí. Porque soy un maldito genio.

—¿Sí? Bueno, ahora sólo estamos tú y yo, genio. Durmiendo solos y preguntándonos qué carajo estamos haciendo con nuestras vidas. — Mitchell se dirigió montaña abajo y de regreso hacia Denver. Estarían de vuelta aquí arriba en una semana en casa de Jake. Jake y Claire iban a ser los anfitriones de la barbacoa anual en honor al cumpleaños su madre. Había sido una tradición de la familia Walker desde que habían sido adoptados, y el que la invitada de honor estuviese muerta no significaba que sus hijos dejarían de celebrarla. Ella literalmente había salvado sus vidas, cada una de ellas.

Mitchell encendió el radio, pero Derek lo apagó unos segundos después.

—Mitchell, si no estuvieras actuando como un imbécil, yo no insistiría. Pero sí lo estás. Así que dilo. ¿Cuál es el problema con Jessica?

¿Cuál era el problema? ¿El problema? Demonios, había muchos

problemas y no tenía ni puta idea de qué hacer con ninguno de ellos. Ella se negaba a acostarse con él. Se negaba a admitir que quería algo más que amistad. Lo besaba como una diosa del sexo y cada minuto que pasaba con ella lo hacía querer más.

Mitchell condujo mientras los sinuosos caminos montañosos despejaban su mente de la carga emocional ligada a las palabras que comenzaron a salir de su boca.

—Le conté de Tommy. —Y él *nunca* hablaba de esa época en su vida, la época antes de conocer a Derek y en la que la Sra. Walker que los había adoptado. Su antigua vida. Nunca. Le había contado todo a Derek una vez, cuando tenían 13 años, y no había hablado de su hermano muerto desde entonces. Con nadie.

Después del trágico evento, lo habían enviado a terapia durante meses, pero hablar con adultos empapados de compasión rápidamente lo frustró, así que comenzó a decirles lo que querían escuchar y le permitieron dejar de ir. Lo más triste era que ni siquiera sabía dónde estaba enterrado Tommy, lo que parecía una traición, pero no podía enfrentarse a ese dolor de nuevo. De todos modos, ¿de qué serviría observar una lápida de mierda? No iba a traer de vuelta a su hermano.

El aturdido silencio que llenaba el coche pequeño reflejaba sus propios sentimientos sobre el tema.

—Vaya.

—No mencioné que el biológico lo mató en mi cumpleaños. Y que Tommy había aceptado esconder el perro por mí como regalo de cumpleaños. —Su cumpleaños era el 31 de julio, pero su madre adoptiva lo entendía. Había leído el expediente. Ella lo sabía. Así que el cumpleaños de Mitchell siempre se celebraba una semana antes, y el 31 se celebraba con la menor fanfarria posible. Él odiaba su maldito cumpleaños. Diablos, ni siquiera Chance y Jake tenían idea de que su cumpleaños real no era el 24. Sólo Derek. Derek lo sabía. El maldito Derek lo sabía todo.

—Carajo, Mitchell. ¿Por qué se lo dijiste?

—No lo sé. Esa mierda simplemente comenzó a salir de mí. No hubo filtro. Y a pesar del hecho de que omití las partes realmente deprimentes, creo que la asusté con mi triste historia. Le pedí que viniera conmigo hoy. Se negó.

—¿Por Tommy?

—No. Sí. Demonios, realmente no lo sé. Sus padres tienen ocho matrimonios entre ellos. Su papá es un doctor y un imbécil. Ya está con la esposa número cinco, que resulta ser la excompañera de cuarto de Jessica en la universidad, así que Jessica tiene una aversión real a salir con doctores. Ella dice que la promiscuidad de su padre es culpa de su profesión, en lugar de aceptar el hecho de que su padre es un idiota egoísta. Insiste en que sólo somos amigos y pensó que conocer a mi familia le daría a todos la impresión equivocada.

—¿Te has acostado con ella?

—Me emborraché y me dejó quedarme a dormir, pero nada de sexo.

—¿Porque no la querías, o porque te dijo que te guardaras las manos para ti mismo?

—La quiero. —Y esa fue la subestimación del año. Su agarre en el volante era blando.

—Así que ella tiene problemas con su padre, que es un imbécil mentiroso e infiel.

—Sí. Y un cirujano.

Derek apoyó la cabeza contra el reposacabezas y cerró los ojos con una expresión de dolor en la cara.

—Mierda, amigo. Estás jodido. Ella nunca confiará en ti.

—Lo sé.

—Entonces retírate.

—No creo que pueda.

Derek gruñó.

—Demonios, Mitchell. ¿Tú también? ¿Con quién voy a actuar como un imbécil si vas a ser domesticado por una mujer?

Mitchell sonrió, a pesar de su mal humor.

—Bueno, me tiene en la zona de amigos y lo más probable es que decida mandarme a la mierda mañana, así que yo no me preocuparía demasiado.

Derek levantó la cabeza y miró por la ventana mientras un mar de pinos verdes pasaba volando.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué tiene ella de especial que no puedes dejarla ir?

—No es para mí, Derek. Es todo lo que juré que nunca querría de una mujer.

Derek se rio a carcajadas.

—¿Así que es un trol feo que se tira pedos mientras duerme? ¿O qué?

—Es suave, Derek, en todas partes. Nunca hace ejercicio. Hace magdalenas de chocolate con una vecina de 90 años tres días a la semana. Nunca planea nada. Es desorganizada y desordenada. Dijo que mi apartamento parece una morgue y esperaba que los cadáveres salieran de las paredes en cualquier momento. —Eso hizo reír a Derek, pero Mitchell continuó. Subió el aire acondicionado. Su espalda sudaba. Estaba sudando por todas partes y pensar en Jessica no lo estaba enfriando—. Su vida tiene suficiente drama como para empezar una miniserie de televisión. Tiene siete hermanos, a tres de ellos nunca los ve y los otros cuatro están en la banda Castillo...

Derek silbó.

—A lo grande.

—Tiene un gran piano de cola en su sala de estar, el cual nunca usa. No come carne dos días a la semana porque honestamente piensa que ayudará a salvar al planeta y nombró a sus perros Eddie y Bella en honor a los protagonistas de la película romántica de vampiros adolescentes *Crepúsculo* porque ella estaba en el equipo Jacob, lo que sea que eso signifique. Y luego le compró a Eddie un collar de diamantes de imitación para que brillara a la luz del sol.

—Jacob era el hombre lobo, hermano. Sigue el ritmo. —Derek no había dejado de sonreír—. Suena como un alboroto. ¿Está buena?

—Vete a la mierda.

—Así que ella es extremadamente sexy, divertida y jodidamente increíble.

—Y no tiene un trabajo de verdad.

—Entonces, ¿cómo paga sus cuentas?

—No lo sé y tengo miedo de averiguarlo. No quiero ser su guardián, ni su banco.

—Oh, eso es una mierda. Antes que nada, no tienes idea de dónde viene su dinero. Ella podría estar forrada sin que tú lo sepas. Pero no. Aquí viene. Aquí vienes con aquella rutina de «no quiero que nadie dependa de mí».

—Pues no lo quiero.

—Ella no es Ashley Overton, Mitchell. Olvida esa mierda.

Mitchell apretó los dientes por un minuto para recuperar el control después de escuchar ese nombre. Un nombre cuya mención en voz alta no había escuchado en años.

—Esto no tiene nada que ver con esa perra.

—Claro que sí. Esa chica era una mentirosa y una sanguijuela.

—Sí, y ella es la razón por la que terminaste en prisión.

—No. Un maletero lleno de equipo estéreo robado es la razón por la que terminé en prisión.

Mitchell se detuvo sobre el costado de la carretera, de repente temblando tanto que no podía conducir. Nunca habían hablado de esto. Ni una vez, en siete malditos años.

—Maldita sea, Derek. Lo siento. ¿De acuerdo? Siento haber sido un idiota tan estúpido. Nunca te pedí que cargaras con la culpa. Nunca quise eso.

—Lo sé. Pero de ninguna manera iba a dejar que esa perra arruinara tu vida. Estabas haciendo algo de ti mismo y yo sólo estaba...

—¿Estabas qué? ¿Qué carajo? Nunca te pregunté por qué, porque me hiciste jurar que no lo haría. Pero me debes una explicación.

—Estabas tratando de protegerla. Yo sabía que tú no habías robado esa mierda.

—¿Entonces por qué le dijiste a la policía que habías sido tú?

—Porque te estaba protegiendo. Es lo que hago. Es lo único que hago.
—Derek miró al frente y Mitchell se dio cuenta de lo poco que sabía sobre el pasado de Derek. Y por pasado, no se refería a los años que había estado con sus hermanos y su madre adoptiva. No. Los años *antes* de eso. Los años malos.

Derek dejó salir un gran suspiro.

—¿Sabes lo que escribí en mi tarjeta cuando era más joven? ¿La tarjeta que el Sr. Klasky nos dio en diciembre?

—No.

—No abriste tu tarjeta, ¿verdad?

—No. Sé lo que escribí en ella.

Derek negó con la cabeza.

—Lo que escribiste es irrelevante. Lo que importa es lo que mamá

respondió.

Mitchell se concentró en el zumbido del motor que subía por el volante y la doble línea amarilla que dividía el sinuoso camino. ¿De qué estaba hablando Derek? ¿Qué había escrito su madre en su tarjeta? Después de revisar las cosas de ella un par de semanas atrás, y de leer la carta que su madre había dejado para Jake, él no estaba seguro de poder manejar el huracán de emociones que le traería la lectura de otro mensaje de su madre. Derek, sin embargo, no parecía sufrir de ese problema. Derek era como un maldito toro en una tienda de porcelana cuando se trataba de su familia.

—No escribí cuatro cosas, Mitchell. Escribí cuatro palabras. Proteger. A. Mi. Familia. —Se giró sobre el asiento del pasajero para mirar a Mitchell y sus oscuros ojos estaban casi negros, llenos de emociones—. Mira, yo no tenía nada antes de que mamá me encontrara. Nada. Seis meses en la cárcel fue algo fácil, Mitchell. Me senté ahí y cada minuto me alegré de que no fueras tú. Tú ibas a ir a la universidad. Tenías becas y una maldita vida por delante. Eso era todo lo que me importaba.

—Mierda, Derek. Me he odiado durante años por eso. He trabajado duro todos los días para asegurarme de que tu sacrificio no haya sido en vano. Y nunca me dejaste darte las gracias.

—No quería que me dieras las gracias.

—¿Sí? Qué pena, porque lo voy a decir ahora. Gracias. Me salvaste la vida.

—¿Sí? Entonces tienes que dejar el pasado atrás. Ashley era una ladrona y una mentirosa. Te conquistó porque te gusta cuidar de la gente. Te gusta ser responsable. Eres como la Madre Teresa con pene. No puedes estar fuera de las alcantarillas. ¿Por qué enloquecerías por casarte y mantener una esposa e hijos? No tiene ningún sentido para mí.

—Las mujeres sólo se preocupan por el dinero, Derek. Quieren ser la Sra. Me Casé Con Un Doctor y sentarse en casa mientras les arreglan las

uñas. No quiero eso. No quiero que una mujer dependa de mí para su supervivencia financiera. —Mitchell volvió a la carretera. Tenía que llevar a Derek a casa y sacarlo de su coche. Esta conversación lo estaba agotando.

—Estás tan lleno de mierda que ni siquiera puedes oler tu propio hedor. Tienes miedo.

—Eso es mentira.

Derek apoyó su brazo en el marco de la puerta y golpeteó con sus dedos.

—Escucha, hombre. Odio reventar tu burbuja, pero...

—No, no lo odias —Mitchell interrumpió. Una cosa que a Derek le encantaba hacer era entrometerse en la vida de sus hermanos menores.

—Cierto. En cualquier caso, eres un maldito doctor. Tener gente dependiente de ti es toda tu jodida existencia. Desayunas esa mierda y repites.

Mitchell sintió cómo su espalda se ponía rígida. Nunca lo había pensado así.

—No es lo mismo que esposa e hijos.

Derek resopló.

—Tienes toda la razón en eso. Si metes la pata en el trabajo, alguien muere. No es gran cosa, ¿verdad? Pero la cagas en casa, te peleas con tu esposa, y tienes que pasar una semana pidiendo perdón y comiendo vagina hasta que no recuerde por qué estaba enfadada contigo en primer lugar.

Mitchell se echó a reír a carcajadas.

—Eres un verdadero imbécil, ¿lo sabías?

—Tienes miedo de la vagina.

—Vete a la mierda.

La sonrisa de Derek era impenitente.

—La verdad es la verdad. Pero oye, si no estás listo para la batalla...

—¿Qué batalla?

—La de asegurarte de que Jessica no recuerde por qué te dijo que no en primer lugar. —Derek sacó su celular—. Si necesitas consejos sobre anatomía femenina, puedo enviarte los enlaces a algunos tutoriales en video geniales.

—Guarda tu biblioteca porno para ti. No quiero saber qué mierda jodida te gusta ver. —Mitchell aceleró un poco más mientras salía de una curva, pero Derek no parpadeó ante la velocidad. La sonrisa de Mitchell se desvaneció y golpeó el volante con la palma de la mano mientras su frustración se filtraba por los bordes de su control—. Ella no quiere acostarse conmigo. Me rechazó rotundamente. Creo que ese puede ser un defecto fatal en tu plan maestro sobre comer vagina.

—Entonces sedúcela. Eres el único de nosotros que alguna vez fue bueno para ese juego. —Su hermano golpeó su teléfono contra la parte superior de su muslo—. Y si lo haces bien, ella tampoco podrá recordar todas las razones por las que no puede enamorarse de ti.

CAPÍTULO DIEZ

Jessica se bajó del ascensor del hospital con su bolso sobre el hombro y una pequeña maleta de mano rodando a su lado. Se suponía que Tyler saldría esta tarde, y para su sorpresa, él había aceptado la oferta de Sofía de quedarse en su casa con el Trío Castillo por unas semanas para recuperarse. Tyler y Gabriel podrían estar recostados recuperándose del accidente, ver deportes y volver locos a Sofía y Félix en un esfuerzo concentrado de equipo.

Así que Jessica había empacado una maleta para Tyler e iba a dejarla en su habitación para que Félix la recogiera más tarde.

Le dolía un poco el hecho de que Tyler no fuera a volver a casa con ella, pero para ser honesta, tenía que admitir que también sentía alivio. Cuidar de él por sí sola habría sido difícil. Lo habría logrado, pero hacer un turno en la casa de Sofía era mucho más fácil, y no tendría que defraudar a la Srta. Bea... o dejar de ver a Mitchell.

La primera noche que él se quedó a dormir había estado bebiendo. Ella no quería empezar una relación así. El segundo día, en algún momento entre *Goonies* y *Escuela de rock* de Jack Black, Mitchell intentó besarla de nuevo, pero ella se asustó y lo alejó. Sabía que si se acostaba con él, se acabaría el juego. Cualquier posibilidad de que ella no se enamorara de él desaparecería. Por completo.

Así que ella lo había metido en la zona de amigos para salvarse.

¿Pero ahora? Ahora ella era un verdadero desastre. Mitchell había ido a la boda de su hermano el día anterior, sin ella, y ella no había sabido nada de él desde entonces.

Él le había pedido que fuera, pero ella no soportaba la idea de estar junto a un hombre que no podía tener mientras veía a dos personas que se profesaban amor eterno.

¿El inconveniente de quedarse en casa? Mitchell probablemente estaba ocupado en este mismo momento completando su maratón sexual de fin de semana con una hermosa dama de honor. Mientras tanto, ella había estado despierta toda la noche pensando en nada más que Mitchell Walker. Extrañándolo. Deseándolo. Su beso la perseguía. Incluso se había acurrucado en el lado de la cama de él para poder respirar el olor de su piel que permanecía en sus sábanas.

La noche anterior se había puesto la camiseta que le había prestado a Mitchell para sentirse más cerca de él.

Dos días enteros con el hombre y ella era un completo desastre.

Se dirigió a la habitación de Tyler, pero se detuvo en el pasillo frente a la puerta. Si no se controlaba, Tyler le daría un solo vistazo a la cara y empezaría a hacer preguntas que ella no quería contestar. Nunca había sido capaz de ocultarle nada a su mellizo.

¿Cuál era el punto de todo esto? Todas las razones originales que se había dado a sí misma para no acostarse con Mitchell se habían ido. Pero una nueva había surgido como un ave fénix de las cenizas, y era poderosa.

Ahora no quería desnudarse con él porque no quería que el reloj empezara a correr. 30 días no serían suficientes. Ella había llegado a la patética encrucijada de su vida cuando se dio cuenta de que prefería mantener a Mitchell como amigo que perderlo por completo.

Así que, tal vez, si ella mantenía a Mitchell en la zona de amigos, él estaría presente más tiempo. Podría funcionar. ¿Verdad?

No. ¿A quién engañaba? Ese era el plan más tonto de todos los tiempos. Lo perdería de todos modos y nunca llegaría a sentir su cuerpo desnudo presionado contra el de ella. Nunca sabría lo que se sentía tenerlo dentro de ella. No más besos que la derritieran...

—¿Vas a pararte en el pasillo a hacer pucheros, o en realidad viniste a verme? —La voz de Tyler se derramó en el pasillo y Jessica sonrió. Por supuesto que él sabía que ella estaba aquí. Él siempre parecía saberlo, justo como ella sabía cuando él estaba en problemas. Era una cosa extraña de mellizos, pero ninguno de ellos lo cuestionaba.

Jessica abrió la puerta de par en par y metió la maleta negra en la habitación.

—Traje tus cosas. Félix viene más tarde. ¿El doctor ya te dejó ir?

—No. La enfermera dijo que alguien vendrá en un par de horas.

—De acuerdo. Bueno, mándame un mensaje si necesitas algo más cuando llegues a casa de Sofía.

—Gracias. No puedo esperar a salir de aquí.

Jessica colocó la maleta de rueditas al lado de la pared bajo las ventanas, tiró su bolso al lado de la maleta y caminó hacia su hermano para darle un abrazo.

—Te ves bien. —Levantó la tapa de la bandeja que la cafetería le había traído para admirar la pechuga de pollo a medio comer, las judías verdes y la ensalada—. Y te trajeron comida de verdad, también. ¿A quién tuviste que sobornar para conseguirla?

Tyler levantó una ceja para darle una mirada que ella conocía muy bien.

—Parece que tengo una gran influencia sobre el Dr. Sexy.

—Eres un raro. No lo llares así. ¿Y qué ventaja? —Robó el pudín de vainilla sin abrir de su bandeja y tomó la cuchara.

—Tú.

La sonrisa de Jessica se desvaneció.

—¿De qué estás hablando?

—Cierra la puerta para que no tengamos oídos. Luego me dirás qué pasa con ustedes dos.

Rápidamente se levantó y cerró la puerta de la habitación privada de su hermano. Satisfecha de que todas las enfermeras del piso no escucharan su conversación, trató de averiguar lo que Tyler sabía y lo que Mitchell podría haber dicho mientras se volvía para ver a su hermano y su mirada de sospecha. Mierda.

—No pasa nada. Sólo somos amigos.

—Así no es como Sofía lo cuenta. Dijo que ustedes dos estaban uno encima del otro en el club. Dijo que actuaste territorial.

Bueno, demonios. No iba a haber forma de evitar esta conversación ahora. No con Sofía hablando de un par de besos inofensivos.

Bueno, no eran inofensivos; más bien devastadores para sus sentidos, pero su entrometido hermano no necesitaba saber que Mitchell Walker la calentaba tanto que se olvidaba de respirar.

Jessica se acomodó en la silla de visita con un suspiro y abrió el pudín para probarlo. La vainilla y el azúcar explotaron en su lengua, haciéndola desplomarse en su silla. Tan dulce. A diferencia de su hermano.

—Mira, Ty, no es nada. Pensé que tal vez era algo, pero no lo es. ¿Qué te dijo él?

Ella no lo miró. El pudín capturaba toda su atención.

—¿No es nada? Eso explicaría por qué él estuvo aquí hace unos días, preguntándome cómo lidiar con el hecho de que nuestro padre es un imbécil de primera que te arruinó de por vida.

—¿Qué? ¿Dijo que estaba arruinada de por vida? —Algo oscuro y

enojado se agitó dentro de su estómago y ella revolvió el pudín restante con tranquila deliberación, usando el borde redondeado de la cuchara para asegurarse de que no quedara ni una onza de dulzura pegajosa en el recipiente.

—No. Dijo que papá proyectaba una gran sombra sobre ti y que le era difícil evitarla. ¿La parte de arruinada de por vida? Ese fui yo.

Así que Mitchell quería esquivar los problemas de ella con los médicos, ¿eh? ¿Entonces por qué él no le decía nada? Tal vez sí lo había hecho y ella no estaba prestando atención. Sus besos la quemaban. Él había pasado dos días con ella. Le había rogado que lo dejara quedarse. Se había acurrucado en el sofá con ella para ver películas. Mitchell incluso había dejado que Eddie durmiera una siesta con su enorme cabeza de perro sobre su regazo. La había invitado a la boda de su hermano.

Mitchell estaba persiguiéndola, de acuerdo. Pero cuando ella le había hecho la pregunta que importaba, él titubeó. El Dr. STB definitivamente quería soltarle las bragas. Pero probablemente eso era todo lo que él quería de ella.

Igual que su padre, el infiel en serie.

—El donante de esperma no me arruinó. No tiene ningún poder sobre mi vida. Ninguno. ¿Por qué haría algo por él?

—Bueno, para ser justos, no es sólo culpa de papá. Mamá no fue exactamente un ángel, tampoco. Y no es lo que hacemos por ellos, Jess, es lo que no hacemos. Lo que ninguno de nosotros hace.

Ya que él había tenido la gentileza de incluirse en el sermón que ella sabía que venía, decidió escucharlo. Levantó la cabeza y comió otra cucharada del pudín.

—¿Y qué es eso?

—No confiamos.

—No me digas, Tyler. Eso no es exactamente un boletín de noticias.

—Sí, bueno, el Dr. Sexy *realmente* quiere que confíes en él.

—Deja de llamarlo así.

—Dale esa mirada de perra a Sofía, no a mí. Ella empezó.

—Lo sé, pero se llama Mitchell. Y tengo buenas razones para no confiar en él. Escuchaste a las enfermeras. Treinta días, Ty. Esa es la duración oficial de sus relaciones románticas. Él me lo admitió. ¿Y sabes lo que me dijo cuando le pregunté acerca de ello? Me armé de valor para preguntarle si esta cosa entre nosotros iba a durar más de treinta días. ¿Sabes lo que dijo?

—¿Qué?

—Él dijo «no lo sé». —Ella tiró el recipiente de pudín vacío en el cesto de basura junto a la cama y dio golpecitos rápidos con la cuchara sobre el brazo de la silla para descargar su frustración. Era golpear la silla hasta destruirla con su cuchara, o gritar—. No puedo hacer eso. Estoy segura de que el sexo sería fantástico. Él besa como un dios del sexo.

—Demasiada información, Jess. Demasiada información.

¿Demasiada información? Qué pena.

Ella lo ignoró y siguió hablando.

—Treinta días y estaría enamorada de él, él lo terminaría, como siempre hace, y entonces estaría jodida.

Tyler se cruzó de brazos y encendió el televisor a una cadena de deportes de veinticuatro horas. Los exdeportistas con traje en la pantalla hablaban de béisbol. Quién venía de las menores. Quién iba a ser transferido. ¿A quién le importaba?

Tyler mantuvo los ojos pegados a la pantalla del televisor mientras hablaba.

—Eso es lo que yo pensé también. Por eso le dije que le patearía el

trасero si no se mantenía alejado de ti.

Jessica había mantenido la atención en el canal de deportes, pero ante las palabras de Tyler, ella giró la cabeza para mirarlo fijamente.

— ¿Qué hiciste?

— Le dije que se mantuviera alejado de ti. — Tyler reveló sus tácticas de cavernícola con una cara completamente seria y sin una pizca de arrepentimiento.

— ¿Cuándo?

— Hace dos días.

Mierda. Mitchell le había mandado un par de mensajes desde entonces, pero no lo había visto en persona. Él dijo que era porque estaba trabajando. Luego tuvo la boda. Pero la boda fue ayer. ¿Y hoy? ¿Dónde estaba hoy? Ella no tenía ni idea. Pero tampoco era como si ella le hubiera mandado un mensaje para preguntarle.

— Maldita sea, Tyler. No tenías derecho.

— Soy tu hermano. ¿Y qué más da? Acabas de decirme que no puedes verlo más.

— Eso no es lo que dije. Y no eres mi guardián. — Se levantó y dejó la cuchara en el borde de la bandeja del hospital—. No puedo creerlo. — Caminó enojada hacia la ventana y se inclinó para tomar su bolso.

Tyler comenzó a reírse, presionando una almohada contra su intestino como si fuera su mejor amiga en el mundo.

— ¿Qué es tan gracioso, idiota? No puedo creer que me hayas hecho eso. — Ella se paró al pie de la cama, tentada de abofetearlo con todas sus fuerzas, a pesar de que todavía parecía una cremallera viviente bajo la delgadísima bata de hospital y las mantas.

— Te conozco, Jess. Y ya te estás enamorando de él.

— Estás loco. — Ella miró hacia otro lado, temiendo que él viera la

verdad en sus ojos. Él tenía razón. Ella estaba mal. Se colocó la correa de su bolso sobre el hombro y se dirigió hacia la puerta cuando las siguientes palabras de Tyler, muy petulantes, la detuvieron en seco.

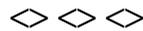
—De nada.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué?

La sonrisa de Tyler era feliz, impenitente y una total sorpresa.

—Confía en mí. A ningún hombre le gusta que le digan lo que puede o no tener. —Tyler le meneó las cejas, con sus ojos azules llenos de risa a expensas de Mitchell Walker—. Especialmente cuando quiere a una mujer tanto como Mitchell Walker te quiere a ti.



Incapaz de sacar a Mitchell de su cabeza, Jessica condujo a casa y entró en su pequeña oficina por primera vez en casi dos semanas. La puerta de la diminuta habitación estaba a la vuelta de la esquina de su sala de estar y del piano que su padre le había comprado el día que cumplió quince años.

Ella le había dado las gracias, pero cuando él se metió con su compañera de cuarto en la universidad, ella corrió al día siguiente al juzgado para presentar una petición para tomar el apellido de soltera de su madre. Ya no quería ser una Travis.

La habían invitado a la boda, pero decidió quedarse en casa. Tyler fue a la *sagrada* ceremonia que unía a su padre con su quinta esposa, pero cuando se trataba de su padre, Tyler siempre había sido más indulgente que ella.

Jessica culpaba a la falta de claridad de Tyler por el hecho de que

ambos tenían un pene.

El pequeño espacio de la oficina estaba polvoriento por la falta de uso y ella no pudo resistirse a correr sus manos a lo largo del micrófono en el centro, la guitarra apoyada contra una pared, la mesa de mezclas y el equipo de sonido que forraba los estantes junto a su computadora.

Habían grabado los dos primeros álbumes de Castillo en esta casa. Los viejos buenos tiempos. Vivían de pizza y cerveza. Solían permanecer despiertos tocando música hasta las tres o cuatro de la madrugada y levantarse cinco horas después para hacerlo todo de nuevo. La música era una constante en su mente en aquellos tiempos, una parte de ella.

Pero luego su cuerpo la traicionó. Empezó a dejar caer cosas. Un bolígrafo. Una púa de guitarra. Un vaso de agua. Luego sus manos empezaron a adormecerse por la noche. Muy pronto, también estaban adormecidas durante el día. En pocas semanas había pasado de ser una prodigio de la música a ser irrelevante.

Fue una transición difícil.

Tenía más que suficiente dinero de regalías de canciones para vivir cómodamente. Sus abuelos habían pasado por alto a su hijo, y a su cuarta esposa, para dejarles a ella y a Tyler un gran fondo fiduciario cuando murieron, pero ella había tenido que pensar en algo más para hacer con su vida.

No podía tocar. No como quería. Y eso le dolía en el corazón.

Así que Jessica había dejado de escribir canciones para la banda. Había borrado todas sus cuentas de redes sociales y había dejado de prestar atención a todo el ruido. Sin correo electrónico personal. Sin sitios web de citas o clubes en línea. Evitaba el Internet en estos días. Las noticias eran puro pesimismo, fatalidad o posturas políticas. Y el resto eran charlas sin sentido.

Así que ella plantó un jardín. Y luego conoció a la Srta. Bea. Trabajó como voluntaria en el refugio de animales y adoptó a Eddie y Bella.

Comenzó a conectarse con la gente y a crearse una nueva vida. Una vida que disfrutaba. Una vida que involucraba tomarse el tiempo para oler las rosas y para enterrar el dolor del pasado.

Pero si ella quería descubrir cómo lidiar con la armadura emocional alrededor del corazón de Mitchell, necesitaba información.

Tomó su computadora portátil del trabajo y la llevó a la sala de estar. Podía acceder al archivo de la Associated Press y encontrar cualquier cosa o persona.

Incluso si ese alguien era sólo un niño, y lo habían matado hace mucho, mucho tiempo.

CAPÍTULO ONCE

Mitchell estaba parado frente a su asistente y trató de prestar atención a los intestinos que estaban abiertos ante él. Pero era la primera semana de julio y la nueva interna de cirugía que estaba de pie junto a él temblaba tanto que apenas podía sostener las agujas mientras trataba de suturar el abdomen del paciente.

A este paso, un caso de tres horas iba a tomar cinco. Lo cualapestaba para él, porque tenía calor, estaba cansado y tenía dos casos más después de este. Cuanto más tardara la interna en terminar, más largo sería su día.

Odiaba el mes de julio. Ahora él era oficialmente un residente de tercer año y le quedaban dos años antes de que pudiera salir por su cuenta. Aunque no era como que planeaba cambiar mucho las cosas. El hospital tenía un gran grupo quirúrgico. Si le permitían quedarse, lo haría. No quería dejar Colorado. Había tenido esta conversación consigo mismo cientos de veces. Antes, ese pensamiento giraba en torno a sus hermanos y al rancho de la familia Walker. Sus raíces.

Ahora, cuando pensaba en aceptar algún trabajo en Nueva York o California, pensaba en que eso significaría dejar a Jessica.

Metió la mano en las entrañas del paciente para ayudar a mantener los músculos abdominales en su lugar mientras la interna retorció una aguja curva de dos pulgadas a través del tejido circundante para hacer un par de suturas vicryl gruesas. Esto no era cirugía plástica. Esto era

sutura al estilo mantenerlas tripas-adentro. Las cosas no tenían que estar perfectamente alineadas. Los puntos de sutura no tenían que ser bonitos o estar espaciados con precisión, sólo tenían que hacer su trabajo el tiempo suficiente para que el cuerpo se curara a sí mismo.

Asumiendo que esta interna terminara el trabajo antes de que todos murieran de hambre.

No te enfermes en julio.

Levantó la vista para captar la atención del asistente y encontró al cirujano observándolo como un halcón.

— ¿Se encarga usted desde aquí, Dr. Walker?

— No hay problema. — Ya casi habían terminado. Esta era sólo la fase de limpieza y Mitchell sabía que una vez que el jefe de cirugía dejara el quirófano, esta interna de primer año se calmaría y trabajaría más rápido.

Y él sería libre de ayudarla.

El asistente asintió y se fue para comenzar su siguiente caso. Brenda, su enfermera de quirófano favorita, ya le estaba pidiendo a la enfermera rotativa que tomara otro juego de suturas.

— Gracias, Brenda.

— No hay problema.

Mitchell guio a la interna de cirugía a través de su primer cierre. Abrir a alguien tomaba un par de minutos. Cerrarlo podía llevar horas. Por eso, los cirujanos de alto rango generalmente dejaban el arduo trabajo acalabrante de manos y los mil y un puntos de sutura a los residentes o a los asistentes quirúrgicos.

Horas más tarde, una vez terminado el trabajo, Mitchell se dirigió a la sala de médicos y al pequeño casillero donde había guardado su ropa de calle y su teléfono celular.

Por costumbre, tomó el teléfono primero para checar sus mensajes.

Había llevado a Derek a casa el día anterior, pero terminó estacionado en el sofá de su hermano bebiendo cerveza y viendo béisbol. Lo cual nunca hacía.

El juego de béisbol estaba aburrido, la cerveza estaba fría y pasar un rato con su hermano por primera vez en demasiado tiempo tranquilizó su alma. Ver a Chance y a Jake enamorarse de dos mujeres hermosas e increíbles estaba muy bien. Y se alegraba por ambos. Pero eso sólo hizo que volver a casa solo, a su morgue, fuera mucho más deprimente. ¿En qué momento había pasado de ser un tipo soltero al que le gustaba estar solo a un solitario? No estaba seguro. Pero estaba bastante seguro de que la transformación tenía algo que ver con cierta pelirroja sexy.

Pasó la noche en casa de Derek y fue directo al hospital esta mañana. Le envió un mensaje de texto a Jessica a las 6:30 a.m., justo antes de su primer caso, y tiró su teléfono en su casillero para no obsesionarse con cuándo o si ella iba a contestarle. Ocho horas serían tiempo suficiente para responder, ¿verdad?

Su ícono de mensaje estaba encendido. Tan pronto como vio que el mensaje era de ella, soltó una respiración que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba aguantando.

«¿A qué hora sales?»

Todavía tenía que hacer las rondas con la interna nueva y después sería libre de irse. Trabajaba de nuevo mañana a las siete de la mañana y tendría que estar en el hospital durante un turno de doce horas.

Eso dejaba catorce horas libres entre ahora y el trabajo. Tenía tiempo de verla. Haría tiempo. *«¿Qué tal si cenamos a las 5:00? Estoy libre esta noche.»*

Ella contestó en segundos.

«Te recogeré a las 5:30.»



A las 5:27 Mitchell la estaba esperando al pie de las escaleras, vigilando el estacionamiento. Había corrido a su apartamento para darse la ducha más rápida de la historia y estaba muriendo de hambre.

Jessica se detuvo en su auto verde y él no pudo evitar sonreír. Ella había conducido cada vez que se habían visto y él no podía decidir si era porque ella tenía miedo de viajar en el auto de él, o si era sólo porque a ella le gustaba tener el control.

Mitchell abrió la puerta del pasajero y subió.

—Hola.

—Hola. —Ella sonrió y él cerró la puerta, contento de ir a donde ella quisiera llevarlo... siempre y cuando hubiese comida.

—Te ves increíble. —Él observó con creciente satisfacción cómo un ligero rubor rosado se extendía por su clavícula y cuello. Ella llevaba un par de pantalones cortos amarillos brillantes y una blusa con volantes que mostraba suficiente piel como para que él quisiera arrancársela y ver el resto de ella.

—Gracias. Tú también.

Frotándose las manos, Mitchell sonrió.

—Me muero de hambre. ¿Qué quieres comer?

Ella nombró un restaurante mexicano muy popular y él estuvo de acuerdo. Quince minutos más tarde, él estaba devorando frituras con salsa mientras esperaba un burrito de pollo bañado con chile verde, un chile jalapeño relleno frito y dos tacos de pollo crujientes. Era posible que pidiera nachos después, pero esperaría para decidirse.

Jessica pidió una quesadilla de queso y una tostada de guacamole. Mitchell se preguntó por dos segundos por qué ella no había pedido

carne de res o pollo antes de recordar que era lunes vegetariano. Ella sonrió nerviosamente y tomó un sorbo de su refresco. Ella había estado actuando de forma extraña desde que lo recogió, pero él sabía que no debía preguntarle. Seguramente ella estaba pensando en la mejor forma de decirle lo que fuera que quería decirle.

Y fuera lo que fuera, la estaba poniendo nerviosa. ¿Y Jessica, sonrojándose y moviéndose y mordiéndose el labio? Era jodidamente adorable.

—Gracias por recogerme. Me alegro de verte —dijo Mitchell.

—De nada. ¿Cómo estuvo la boda de tu hermano?

—¿Iglesia centenaria en la montaña, viento en los árboles y sol como rayos láser que fluyen a través de la capilla? Fue agradable.

—Suena fantástico. ¿Había muchos invitados?

Él se metió una fritura bañada de salsa en la boca.

—Cerca de quince. Fue algo pequeño. Y se acabó en menos de una hora. Jake intentó hacer que nos fuéramos pronto para poder... —Mierda. Realmente no quería decir lo que estaba a punto de decir. No a una mujer que probablemente pensaba que una boda era lo más romántico del mundo.

Como él lo veía, una boda era lo que un hombre tenía que sufrir para conseguir lo que *realmente* quería: su marca de propiedad permanente en el dedo de su mujer y dicha mujer desnuda en su cama todas las noches.

—¿Para poder qué?

—Nada.

Jessica se echó a reír.

—Déjame adivinar... consumir el matrimonio.

Mitchell le sonrió entonces. Ella era inteligente. A él le gustaba eso. Mucho.

—Algo así.

Llegó su comida y hablaron, comieron y evitaron cualquier conversación seria. Cuando terminaron, Mitchell tomó la cuenta y Jessica levantó una ceja.

—Gracias por la cena. Pero ahora, debemos ir de compras.

—¿Debemos?

—Sí.

—¿Para comprar qué?

—Color.

Él no tenía ni idea de qué demonios estaba hablando, pero la siguió hasta su coche y esperó pacientemente durante el trayecto de media milla hasta una popular tienda de descuento que vendía de todo, desde comestibles hasta neumáticos.

Fuera del coche, ella lo tomó de la mano y lo arrastró hacia la sección de decoración para el hogar. Se detuvo frente a los estantes metálicos de ocho pies llenos de cojines de todas formas y tamaños.

—¿Cuál es tu color favorito?

—Negro.

—Ese no es un color.

—Sí, lo es. Técnicamente, son todos los colores.

—Oh, cállate. El negro no va a funcionar. —Ella le soltó la mano y caminó lentamente a lo largo del pasillo varias veces, finalmente sacando dos cojines cuadrados, uno de color vino tinto y el otro de un verde frondoso—. ¿Cuál te gusta más? ¿Vino o verde?

A Mitchell realmente no le importaba. Eran unos putos cojines. Pero la cara de Jessica lucía tan esperanzada y expectante que no podía negarle una respuesta. Obviamente, esto le importaba.

—Está bien, vino tinto.

Ella inclinó la cabeza, inspeccionando ambos, y luego devolvió el cojín de color vino tinto.

—Me gusta el verde. Creo que te gustará el verde.

—De acuerdo. —Jessica tomó otros dos cojines verdes y los empujó contra el pecho de Mitchell mientras él levantaba los brazos para llevarlos. A él le importaba el color de estos cojines tanto como el color de su cepillo de dientes. Completamente irrelevante.

—Vamos.

Él la siguió a la sección de jardinería, donde ella tardó por lo menos quince minutos mirando las mismas cuatro plantas. Eran árboles bonsái de cerca de un pie de alto, torcidos y todos del mismo tamaño. Con las mismas macetas. El mismo precio.

Santo cielo.

—Escoge uno. Mis brazos se están cansando de sostener estos cojines.

A ella no le importó.

—Deja de ser un bebé. Esto es importante. —Retrocediendo con las manos en las caderas, ella lo miró—. ¿Cuál te gusta más?

Con un suspiro, él miró los retorcidos arbolitos. Uno destacaba más que los otros. Era más corto, pero el crecimiento era mucho más complejo, con múltiples áreas frondosas en lugar de sólo una grande.

—Ese. —Usó su codo para apuntar y Jessica levantó la maceta en sus brazos.

—De acuerdo. Vamos.

Mitchell llevó las cosas a la caja registradora, esperó pacientemente y luego llevó las bolsas al coche. Pensaba que irían a casa de Jessica para que ella pudiera dejar sus cosas, pero ella manejó hasta el apartamento de él.

—¿Podrías subir los cojines, por favor? —Ella no esperó a que él respondiera, sólo tomó su gigantesco bolso y la planta en la maceta antes de subir por las escaleras hacia el apartamento de Mitchell.

—¿Jessica? —le gritó.

—¡Vamos!

Una sospecha estaba tomando forma en la mente de Mitchell, pero tomó la bolsa con los cojines y subió para abrir la puerta. Tan pronto como él abrió, ella entró con un suspiro de felicidad y tiró su bolso al suelo, justo al otro lado de la puerta.

—Esto va a ser genial. —Colocó el árbol de bonsái sobre la mesa de centro y extendió su mano para tomar la bolsa de los cojines. Sacándolos de la bolsa, procedió a colocarlos uno por uno en el sofá de cuero negro. Sorprendido, Mitchell observó su alboroto.

¿Qué diablos estaba haciendo?

—Ahí. Es más hogareño así, ¿no crees? —Estaba sonriendo y admirando su trabajo.

Todavía atónito ante el hecho de que ella hubiese decidido adornar su casa, Mitchell se paró delante del sofá y miró fijamente. Los cojines y la planta sí hacían que su casa pareciera un poco más habitada, no tan estéril y sin vida. Pero él seguía prefiriendo el hogar de ella. Sus perros. Su cómodo sofá marrón. Su cama.

—Gracias. No tenías que hacer esto por mí.

—Quería hacerlo. No soporto pensar en ti aquí, así...

—¿Cómo? Como si estuviera durmiendo en una morgue.

—Exactamente. —Él la tomó de la mano y la acercó hacia él, seguro de que ella se alejaría, como lo había estado haciendo desde la semana pasada. Para su sorpresa, ella no se alejó. Dejó que él la acercara.

¿Dejaría que la besara? Se inclinó, sólo un poco, para medir su

reacción.

—¿Mitchell?

No. Nada de besos. Maldita sea. Se paró derecho. Ella iba a matarlo.

—¿Qué?

—Necesito preguntarte algo y necesito que seas cien por ciento honesto conmigo. —Ella lo miraba fijamente a la barbilla y un encantador rubor rosado le recorría el cuello y las mejillas. Él tenía tantas ganas de besarla que se sintió como un caballo de carreras atrapado en las puertas de salida, esperando una eternidad por el timbre de salida.

—Dime.

—Nos conocemos desde hace diez días.

—¿Has estado contando?

Ella sonrió, pero no era el tipo de expresión radiante y alegre a la que estaba acostumbrado. Había dolor atrás, dolor en aquellos ojos color whisky que ella levantó para encontrarse con su mirada.

—Por supuesto. Cuando pasas tiempo con alguien cuyas relaciones existen en un plazo de 30 días, tiendes a llevar la cuenta.

—Jessica... —Empezó a protestar.

Ella le cubrió los labios con tres dedos y negó con la cabeza.

—Shhh. Estaba llegando a eso. Déjame terminar. —Lentamente, ella quitó su mano y él se mantuvo de pie, con los brazos descansando alrededor de su cintura, sosteniéndola. Esperando a que descargara la bomba que estaba a punto de lanzar para acabar con él—. Si llevamos esto al siguiente nivel... —Se detuvo, como si estuviese considerando cuidadosamente sus palabras, pero él ya sabía que iba a aceptar lo que ella quisiera. Él la quería a *ella*. Punto. Su polla estuvo de acuerdo, despertando mientras miraba su piel cremosa y sus ojos expresivos.

Los ojos de Jessica se abalanzaron sobre los de él, pero casi

inmediatamente se posaron sobre sus labios.

—Si me acuesto contigo, ¿voy a dejar de saber de ti dentro de veintidós días? Porque no puedo hacer eso. Y no eres un cretino, así que espero que me digas la verdad. Porque si todo lo que quieres es otra novia a corto plazo, preferiría no estar en esa lista.

Mitchell se conmovió al darse cuenta de que ella le estaba entregando su corazón en bandeja de plata. Esta mujer que cuidaba de todos los que la rodeaban y que amaba con un abandono temerario que lo dejaba aterrizado y sin aliento. Y él quería que ella lo amara así. Lo necesitaba. Estaba demasiado cansado de estar solo.

Ella se mordió el labio inferior, esperando, y él colocó sus manos a los lados de su cara para mantenerla quieta, para asegurarse de que escuchara lo que él le decía.

—No hay nada a corto plazo en ti, Jessica Finley. Te quiero a ti. Quiero estar contigo. Quiero arriesgarme y ver adónde va esto.

Los ojos de Jessica se nublaron con lágrimas y asintió.

—Yo también.

Mitchell sonrió. Su corazón estaba a punto de romperse en un millón de pequeños pedazos por esta mujer.

—¿Alguna vez vas a sacarme de mi miseria y besarme?

Jessica llevó sus manos a la cabeza de él, corrió sus dedos a través de su cabello y tiró de su cabeza hacia abajo, llevándola hasta la de ella. Él esperaba que se comportara tímida, pero de manera increíblemente seductora, ella presionó sus senos contra su pecho y le sostuvo la cabeza exactamente donde ella pudiera devorarlo.

Ella trazó los labios de Mitchell con la lengua y exigió la entrada con una audacia que lo envió a un infierno de necesidad. Necesitaba acostarla. Necesitaba tener su boca sobre ella. Necesitaba oírla gemir y gritar mientras la hacía venir una y otra vez. Necesitaba estar dentro de

ella.

Ahora.

Sin romper el beso, la levantó con sus brazos alrededor de su cintura y dio dos pasos hacia su habitación cuando ella jadeó y se movió entre sus brazos.

—¡Espera!

La apoyó contra la pared y la puso de pie, pero no dejó de besarla. No podía parar.

—¿Qué, Jess? ¿Qué necesitas? —Le mordisqueó el cuello y bajó hasta su clavícula mientras sus manos se mantenían ocupadas amasando su trasero, acercándola, asegurándose de que ella supiera exactamente lo duro que estaba por ella. Sólo por ella. La deseaba tanto que todo su cuerpo temblaba, a punto de explotar.

Ella echó la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso, con las manos sobre sus hombros, y dejó salir un suave gemido que lo alentó a continuar. Él bajó la cabeza, tomando uno de sus duros pezones en su boca a través del fino material de su camiseta. Jessica le enterró los dedos en el pelo y arqueó su espalda hacia él.

—Espera. Tengo que conseguir algo.

—¿Puedes hacerlo más tarde? —Mitchell se movió hacia su otro pecho, deslizando las manos por debajo de su camiseta hasta la piel más suave en la parte baja de su espalda.

Ella se rio y el sonido rompió la tensión en él, la desesperación. No estaba molesta, ni iba a irse. Simplemente estaba siendo la mujer salvajemente impredecible de la que él temía que estaba enamorándose.

—Bueno, sí. Pero después no servirán de nada.

—Date prisa —le pidió Mitchell. Levantó sus brazos para apoyarse en la pared por encima de la cabeza de Jessica, quien le plantó un beso rápido en los labios antes de correr hacia su bolso. Llevándolo de vuelta a

la sala de estar, cavó en la enorme bolsa. Él se dio la vuelta, apoyándose contra la pared. Su dormitorio estaba a dos pasos. Él la llevaría allí.

Con una sonrisa traviesa que él nunca olvidaría, Jessica dejó caer su bolso a la mesa junto al árbol bonsái y levantó no una, sino tres tiras de condones nuevos, las cuales agitó en el aire como banderas.

—¿Pequeño, mediano o grande? Vine preparada.

Mitchell casi se ahogó, pero no pudo resistirse a burlarse de ella. Levantando su mano, alzó su dedo meñique y lo movió.

—¿Y si digo extra pequeño?

La cara de Jessica se volvió dramáticamente seria mientras miraba la obvia erección en sus pantalones.

—Bueno, extra pequeño, entonces yo diría que más vale que seas bueno con la boca.

CAPÍTULO DOCE

MITCHELL LA PERSEGUÍA Y ELLA GRITABA, corriendo alrededor del sofá con los preciosos paquetes de condones apretados contra su pecho. Rodearon la mesa, y el nuevo arbolito, dos veces antes de que él saltara sobre ambos para aterrizar junto a ella como una especie de ninja.

Dios, él era tan candente. Ella no necesitaba soltar sus bragas, se le iban a derretir. Él la tomó por la cintura, pero en vez de correr, ella saltó para envolver sus piernas alrededor de sus caderas y aseguró sus brazos alrededor de su cuello.

—Vamos, extra pequeño.

Él la llevó a su habitación, con sus bocas fusionadas durante todo el viaje. Ella no podía respirar. No podía pensar en nada más que en desnudar a Mitchell.

Mitchell la puso de pie y ella tiró los paquetes de condones sin abrir encima de la colcha negra. La habitación estaba oscura, excepto por la luz de la sala de estar que entraba por la puerta abierta. Mitchell se erguía sobre ella como una sombra oscura y sexy. Retrocediendo, Jessica se deslizó hacia un lado hasta que su cuerpo quedó en la línea de luz que venía de la otra habitación y se desnudó lentamente, lanzándole sus prendas mientras se las quitaba. Su camisa le cayó sobre la cabeza. Él se la quitó con una sonrisa ansiosa. Su sostén rosado de encaje pasó volando por encima de su hombro y él lo dejó volar, completamente concentrado en los senos desnudos que ella apretaba con sus brazos al alcanzar el

botón central y la cremallera que sostenían sus pantalones cortos.

Mitchell tenía los puños cerrados a sus costados y su respiración era irregular. Ella se detuvo y él dio un paso adelante.

—No te detengas. Quítatelo. Quiero ver cómo te lo quitas todo.

Jessica se pasó las manos por encima de los pezones, apretando y tentándolo antes de darle la espalda. Se quitó las sandalias y se desabrochó los pantalones cortos para agacharse lentamente mientras los deslizaba por sus piernas hasta el suelo.

Se dejó puestos sus sexys calzones de encaje rosas. Sólo le cubrían la mitad del trasero de todos modos, y ella sabía que se veían bien contra su piel pálida. Ella había escogido su ropa interior cuidadosamente, justo después de haber hecho un viaje de emergencia a la tienda para comprar condones, y luego se quedó allí, de pie, dándose cuenta de que no tenía idea de cómo era la anatomía de Mitchell.

Pero estaba a punto de averiguarlo.

Ella se puso de pie lentamente, intentando decidir qué hacer a continuación, pero él se hizo cargo. La inmovilizó por detrás, tomándola por la espalda, con sus manos deslizándose desde sus caderas para acuñar sus pechos. Ella levantó sus manos sobre su cabeza para acercarlo más y giró su cabeza para ofrecerle sus labios.

La lengua de Mitchell invadió su boca, probando y explorando mientras él jugueteaba y tiraba de sus pezones hasta dejarlos duros. Ella se giró y él la dejó. Ella quería piel. Su piel. Cuando ella lo tomó por la camiseta, él la soltó para quitársela en tiempo récord. Era turno de Jessica de mirar cómo él se quitaba la camiseta por encima de la cabeza para revelar un pecho musculoso y abdominales duros como el hierro. No era voluminoso, sino delgado, esbelto y con una fuerza enjuta que ella encontraba increíblemente sexy. El cuerpo de un atleta; un corredor o un nadador. Ella quería correr su lengua por todo su cuerpo, comenzando por su pecho y pasando por aquellos increíbles abdominales.

Hasta llegar a la parte *extra pequeña* de él, que no era pequeña en absoluto. Era larga, estaba dura y lista para ella. Ella sintió un escalofrío y dio un paso adelante para envolver su mano alrededor de su dura longitud. Mitchell la jaló hacia delante, con sus brazos como bandas de acero alrededor de ella, atrapando su mano entre ellos, y luego ella continuó explorándolo mientras él los movía a ambos a la cama.

Él la movió hasta que las partes traseras de sus muslos golpearon su cama matrimonial y ella se echó hacia atrás hasta que su cabeza hizo contacto con la cabecera. Él subió detrás de ella, siguiéndola tan de cerca que ella sabía que en el momento en que dejara de moverse, él estaría encima de ella.

Exactamente donde ella lo quería.

Ella dejó de moverse, recostando su cabeza en la almohada y esperando a que él bajara, pero para su sorpresa, él se detuvo y miró fijamente mientras ella yacía allí con el corazón en la garganta y su cuerpo hambriento por él.

—Te ves bien en mi cama, Rojita. —La besó duro, profundo y rápido—. Pero te verás mejor cuando estés viniéndote encima de mí.

Él se inclinó para meter uno de sus pezones en su boca. Cuando ella estaba jadeando y tirando de sus hombros, exigiendo más, él se tomó su dulce tiempo y le prestó la misma atención al otro. Ella quería que se apresurara, pero él se contentaba con explorar su cuerpo lentamente, con volverla completamente loca mientras mordisqueaba y lamía el camino desde su cuello hasta su ombligo.

Cuando trazó el borde del encaje rosa con la punta de su lengua, ella dejó de respirar. Incapaz de detener el temblor que rodaba a través de ella, gimió suavemente mientras él acariciaba su entrepierna con su nariz y retiraba sus bragas de su cuerpo para revelar su suave piel.

—¿Cómo te llamas? —Él separó sus pliegues con los pulgares y dio un suave beso sobre su expuesto clítoris. Ella arqueó el cuello y cerró los

ojos, completamente concentrada en su tacto, en su beso, en él. ¿Estaba hablando?

—¿Qué?

—¿Cómo te llamas?

—Jessi... —Mitchell apretó los labios, duro, chupando el tejido más delicado de ella y trabajándolo con la lengua. Cuando ella estaba a punto de explotar, él se detuvo, deslizando dos dedos dentro de ella mientras le preguntaba de nuevo.

—¿Cómo te llamas?

—No entiendo.

—¿Cómo te llamas?

—Jess... —Atacó de nuevo, su boca como una ventosa caliente y dura sobre sus terminaciones nerviosas. Él la trabajó con la lengua, penetrándola con los dedos hasta que ella gritó y colapsó, con sus paredes vaginales pulsando alrededor de él como el oleaje golpeando la playa. Antes de que ella volviera a la Tierra, él comenzó de nuevo, trabajándola como un maestro con los labios y la lengua. Así de rápido, ella estaba al borde de una segunda liberación, sus caderas arqueándose para encontrarse con él, sus manos retorcidas en las mantas, las palabras «por favor» cayendo de sus labios una y otra vez como un canto.

Mitchell trabajó su punto G con un dedo y ella jadeó mientras la sensación sobrecargaba su sistema. Él levantó la cabeza y continuó follándola salvajemente con los dedos mientras la acercaba cada vez más al borde de otro orgasmo.

—¿Cómo te llamas?

—Por favor. Mitchell. —Ella estaba suplicando. No le importaba—. Por favor.

Él besó su núcleo, lento y suave, antes de usar su lengua para llevarla al máximo. La trabajó con los dedos mientras ella se venía, gruñendo al

tiempo que ella gemía y lloriqueaba y hacía sonidos que no reconocía, sonidos desesperados y necesitados que nunca antes había hecho.

Pero él no se detuvo. Empujó su cuerpo, una mano trabajando sus pezones mientras que con la boca la llevaba al punto de ruptura por tercera vez.

Segundos antes de que ella pudiese desplomarse, él se había ido, dejándola con el cuerpo frío y desprovisto de su toque. Echándolo de menos. Afligida. Queriendo más. Necesitando más. En el borde.

Jessica abrió sus ojos a tiempo para verlo colocarse un condón y enseguida él estaba sobre ella, con la boca sobre la suya. Él probó el exótico sabor de la excitación de ella mientras alineaba sus cuerpos y se empujaba dentro de ella, reclamándola, llenándola de él. Su olor en sus pulmones, su lengua en su boca, su cuerpo cubriendo el de ella. Estaba tomada.

Ella estaba tan nerviosa, tan caliente, tan inconsciente. Mientras él la estiraba, llenándola, adueñándose de su cuerpo y de su alma, ella se vino por tercera vez, la presión de su polla adentrándose en ella fue toda la sensación que necesitó para volver a perderse a sí misma.

Mitchell la besó, amortiguando los gritos de ella, y comenzó a perder el control, llenándola una y otra vez con una ferocidad que ella acogió con aprobación. Ella le arañaba los hombros y cada embate de su dura longitud, cada flexión de sus caderas lo hacía adentrarse más en su cuerpo y en su alma.

Ella no contuvo nada y supo, en ese momento, que nunca superaría a Mitchell Walker. No había vuelta atrás después de esto. No para ella.

Él arrancó sus labios de los de ella para enterrárselos contra el costado del cuello mientras su cuerpo encontraba la liberación, su polla pulsando y palpitando dentro de ella mientras su orgasmo rompía su cuerpo. El grito que él dio fue animal, y crudo, y sonó como el nombre de ella.



Jessica se despertó con la cabeza sobre el brazo derecho de Mitchell y sintió su cuerpo desnudo presionado contra su espalda. El brazo que estaba usando como almohada estaba doblado alrededor de ella, jugando con su pecho desnudo. La mano izquierda de él deambuló más abajo, pasando sobre su estómago para zambullirse entre los suaves pliegues entre sus piernas que ya se estaban mojando.

—Buenos días. —La grave voz de Mitchell estaba puntuada por el suave deslizamiento de su duro cuerpo contra el núcleo de ella. La besó en el costado del cuello y en la parte posterior del hombro, jugueteando con su seno. El cuerpo de Jessica respondió instantáneamente, como si ella tuviera un interruptor especial sólo para él.

Ella levantó su pierna izquierda y la movió hacia atrás, descansando su rodilla sobre el muslo de él, abriendo su centro a la exploración sensual de sus dedos y su núcleo al resto de él.

—Buenos días. —¿Era de mañana? Todavía estaba oscuro afuera, pero los pájaros cantaban, así que probablemente estaba amaneciendo, o cerca.

Ella cerró los ojos y cedió a su gentil amor, tan húmeda que él pudo deslizarse hacia el interior con un buen y fuerte empujón.

—¿Mitchell? ¿Acaso tú...?

Sus dedos le pellizcaron el clítoris, convirtiendo su pregunta en un gemido.

—¿Acaso yo qué? ¿Meforcé a dejarte dormir una hora extra mientras estaba aquí tirado y duro como una roca? Sí. Lo hice.

El toque de él en su cuerpo fue como echar gasolina en un incendio. Apenas podía pensar.

—¿Condón?

—Por supuesto. —Con la boca, él exploró su hombro mientras se colocaba en su entrada y lentamente la llenaba desde atrás. Cuando estuvo hasta adentro, con los dedos en su sensible conjunto de nervios y comenzando un ritmo lento y constante de empujes para llevarla a una espiral apretada hacia su orgasmo, él la abrazó, tirando de ella hacia atrás hasta que eran un solo cuerpo, con una sola piel.

—Siempre cuidaré de ti.

Siempre. Sus palabras la hicieron sentir ardor en los ojos, y no quería llorar, quería sentir, ahora mismo. Porque *siempre* era mucho, mucho tiempo. *Siempre* era algo que se volvía caótico. Pero ahora mismo, este momento era de felicidad pura.

Mitchell se meció dentro ella, acariciando el punto sensible en su interior, los dedos en su punto más sensible hasta que su orgasmo la hizo arquear la espalda y poner su mente en blanco. Él se tomó su tiempo para encontrar su propia liberación, amándola hasta que ella ya no pudiese recordar cómo era el toque de otro, hasta que su mundo y su existencia se redujeran a él. Sólo a él.

Cuando terminó, la sostuvo mientras salía el sol, deslizando las manos sobre la curva de su cintura y cadera una y otra vez, como si no pudiera sentir lo suficiente de su piel. La mano sobre su pecho se convirtió más en una declaración de sus nuevos privilegios que en un intento de excitarla. Y con él todavía enterrado profundamente, ella tenía la sensación de que él estaba reclamando su territorio, como si ahora que ella lo dejaba entrar, él nunca se fuera a ir.

Si cualquier otro hombre hubiera empezado a actuar como un hombre de las cavernas, tan posesivo, ella lo habría empujado y le habría dicho que se alejara.

Pero con Mitchell, ella lo quería allí, tocándola, reclamándola, haciéndola sentir que ella le importaba, y no sólo por el sexo.

A salvo, saciada y completamente satisfecha en sus brazos, ella

acababa de volver a dormirse cuando un extraño tintineo hizo que Mitchell se pusiera tieso detrás de ella.

—Mierda. Es del hospital.

En el espacio entre un latido y el siguiente, su amante cavernícola se había ido. Él se había alejado de ella y estaba cavando en el bolsillo de su pantalón en cuestión de segundos. Ella se giró para verlo mientras él se ponía el teléfono en la oreja.

—Habla el doctor Walker. —Escuchó y asintió. Se quitó el condón y se colocó los calzoncillos antes de terminar la llamada—. De acuerdo. Dile que estaré allí en quince minutos.

Jessica se sentó con la sábana debajo de los brazos.

—¿Qué sucede? Pensé que no estabas de guardia hasta las siete.

Mitchell lucía tan guapo mientras se metía en sus pantalones que ella quería llevarlo a la cama y besarlo, pero sabía que no podía. Ahora él era diferente. Intenso y enfocado. Su sensual y juguetón amante se había ido, y en su lugar había un hombre que se dirigía a la guerra. A juzgar por su postura y el fuego en sus ojos, este hombre vivía para esos momentos. Podía ser que estuviera dirigiéndose a la batalla, pero le encantaba.

—Así es, pero me necesitan. El doctor de turno ya está en un caso y tienen una posible apendicitis ahora mismo. De todos modos, se suponía que llegaría en una hora, así que les dije que llegaría temprano.

—De acuerdo.

Se puso la camiseta por encima de la cabeza y se detuvo a mirarla.

—¿Estás de acuerdo con esto?

—Por supuesto. Haz lo que tengas que hacer. Ve a salvar vidas y esas cosas.

La sonrisa de Mitchell valió la pena mientras se dirigía al baño a cepillarse los dientes. Menos de un minuto después, estaba saltando de

un lado a otro, poniéndose los calcetines.

— ¿Hoy vas a hornear con la Srta. Bea?

— Sí. Es martes.

— ¿Qué hornearán hoy?

— Magdalenas de chocolate con caramelo y nuez.

— Mierda. ¿Estás bromeando? — Sus ojos prácticamente rodaron al interior de su cabeza—. Ojalá pudiera ir contigo hoy. Pero no puedo. — Caminó hacia ella, se inclinó y la besó fuerte y rápido en la boca.

— No hay problema.

— ¿Guardarías una para mí? ¿Por favor?

Ella se rio de los grandes y redondos ojos de cachorro que él estaba dándole, como si ella no le diera nada de lo que él quería.

— ¿A qué hora terminarás hoy?

— Hasta las siete. Estoy en un turno de doce horas.

— Quiero decir, ¿a qué hora terminarás con lo del apéndice?

Se encogió de hombros.

— Un par de horas tal vez. Pero tengo programado estar en el quirófano hasta que se resuelvan otros casos. Si la apendicectomía tarda mucho, podría retrasarme.

Ella sonrió.

— ¿Y si te llevo una? ¿A la una en punto?

— Te amaría para siempre. — Su sonrisa la hizo sentir que su corazón se movía en su pecho en un apretón gigante y doloroso. Por suerte, no tuvo tiempo de responder. Él se había ido, gritándole que se quedara todo el tiempo que ella quisiera menos de un segundo antes de que la puerta principal se cerrara de golpe tras él.

Él no había querido decir eso. Ella había visto el cambio de

microsegundos detrás de sus ojos verdes mientras el pensamiento de «oh-mierda-qué-acabo-de-decir» cruzaba su mente. «*Te amaría para siempre*». La gente lo decía todo el tiempo. Tenía tanto peso como «estoy eternamente agradecido contigo» o «no puedo agradecértelo lo suficiente».

Esas dos eran mentiras, también.

«*Te amaría para siempre*». Unas palabras tan comunes causándole un dolor tan poco común en el pecho.

Ella volvió a caer en la cama de Mitchell y miró fijamente al techo. Demasiado tarde para detener la angustia ahora. Ella se había acostado con él.

Corrección: ella había tenido el sexo más increíble de su vida con él. Ella le había dado un pedazo de sí misma que nunca le había dado a nadie más. Había tenido unos cuantos amantes y ninguno de ellos la había hecho perder la cabeza, ni la había hecho suplicar.

Sí. Él era precioso, encantador y totalmente adorable. Demasiado tarde para salvarse. Todo lo que podía hacer ahora era tener esperanza. Esperaba tener razón sobre él y que el reloj no estuviera corriendo.

CAPÍTULO TRECE

Mitchell esperó a que la anesthesióloga le diera luz verde e insertó el tubo en el estómago del paciente para comenzar la insuflación con CO₂ para exponer las entrañas. El apéndice del pobre niño era el doble del tamaño normal y necesitaban sacarlo lo más rápido posible, antes de que se rompiera y el niño de doce años estuviera lidiando con un problema mayor.

Como un abdomen lleno de bacterias y materia fecal.

Todo iba bien y Mitchell recordó la primera vez que tuvo que venir de guardia y abrir a alguien por su cuenta.

Había estado colmado de miedo, pero había hecho el trabajo. El paciente sobrevivió. No había sido bonito, pero había sobrevivido.

Ahora le gustaba el desafío. Le encantaba llegar como un superhéroe para salvar el día. Le encantaba todo lo que eso representaba. Especialmente le encantaba sacar a la gente de las fauces de la muerte. Se sentía como un caballero blanco sobre un caballo de plata, mítico, poderoso y omnipotente...

—Algo anda mal. Para. Deja de hacer lo que sea que estés haciendo.
—La anesthesióloga se puso de pie y buscó una bolsa de ventilación manual—. ¿Qué está pasando ahí arriba?

—Nada. Acabo de empezar la insuflación.

—¿Le diste a algo? ¿Pinchaste algún órgano?

Él no había sentido nada, pero eso no significaba que no lo hubiera hecho.

—No lo creo.

—Resuélvelo, rápido. Desinfla el vientre ahora. Ahora mismo.

Mitchell no discutió, sólo desconectó el CO2.

—El CO2 de los marcadores es casi cero. Su presión es muy baja. Demasiado baja. —Ella le entregó la bolsa de ventilación a Brenda, quien la cambió por el tubo de la máquina mientras la anesthesióloga volteaba los interruptores de oxígeno al cien por ciento—. El ritmo cardíaco no es bueno. Lo estoy despertando.

Mierda. Mitchell y la enfermera de enfrente presionaron manualmente el abdomen del niño para aplanarlo. Si pudieran sacar el aire de su cavidad peritoneal, tal vez podrían volver a subirle la presión. Era como sacar aire de un globo, pero mucho más difícil. Pero él era demasiado lento. Las alarmas empezaron a sonar.

—¿Qué está pasando? ¿Qué estás haciendo? —El corazón de Mitchell estaba en su garganta y sus manos temblaban. Mierda. Esto no estaba bien. En absoluto.

—Demasiado tarde. Está colapsando. Necesito otra intravenosa, ahora. Lo estamos perdiendo. Trae el carrito. —La anesthesióloga era como un sargento de instrucción ahora, ejecutando el código—. Brenda, ponle una bolsa de mano. Necesito saber si sus pulmones están despejados.

Mitchell dio un paso atrás mientras la enfermera circulante salía corriendo al pasillo a buscar el carrito de paradas con el desfibrilador.

—¿Qué está pasando? ¿Quieres que revise sus órganos? —Él podía hacerle una incisión de emergencia en el regazo y asegurarse de no haber golpeado nada.

—¿Dónde está el carrito? —Ella ni siquiera estaba hablándole a él. Se

sentía inútil.

—¿Qué puedo hacer?

—Hazlo. Córtalo. Revisa los órganos. —La anesthesióloga ordenó a una tercera enfermera que iniciara la reanimación cardiopulmonar mientras él abría el abdomen del niño tan rápido como fuera humanamente posible. Nada. Nada de hemorragias. Nada de agujeros. Mierda.

—Aquí no hay nada. Sus órganos están bien.

Mitchell se encontró con la mirada preocupada de Brenda. La anesthesióloga lo ignoraba ahora. La utilidad de Mitchell aparentemente había desaparecido mientras ella repasaba su lista de control, hablando con una de las enfermeras que registraba el evento.

—De acuerdo, gente. Mantengan la calma. Estamos ejecutando PALS. La epinefrina y la atropina están dentro. Oxígeno al cien por cien. Pongan un poco de fluido. ¿Dónde está mi intravenosa?

PALS. Mitchell se estremeció. Soporte avanzado de vida en pediatría.

Brenda se había hecho cargo de la respiración del niño, ventilando manualmente sus pulmones. Sus ojos se elevaron hacia los de Mitchell mientras él se alejaba de la mesa para que el carrito de paradas pudiera caber en su espacio. Otra enfermera estaba desesperadamente intentando colocar otra vía intravenosa en el pie del paciente. La anesthesióloga daba órdenes a todo el mundo y los curiosos entraban por los pasillos, queriendo ayudar, pero estorbando.

Brenda negó la cabeza.

—Los pulmones están limpios. No siento una obstrucción.

—Maldita sea. Vamos, muchacho. Vamos. —La anesthesióloga se encontró con la mirada de Mitchell—. Desfibrilación. Ahora, doctor Walker.

Mitchell se acercó y forzó el pánico y la preocupación a salir de su

mente. La anesthesióloga le dijo a la enfermera de al lado que pusiera la carga.

—Vamos, Josh. Quédate con nosotros. —Mitchell puso las asas en la caja torácica del niño, decidido a salvarlo.

—Hazlo ahora —ordenó la anesthesióloga.

—Despejen.

Golpeó el corazón del niño con una carga eléctrica y quiso llorar mientras el pequeño cuerpo se arqueaba sobre la mesa. Fue recompensado con un ligero pitido en el monitor cardíaco, pero rápidamente se desvaneció. Una línea plana. No había latidos.

La anesthesióloga dirigió la sala durante los siguientes cincuenta y cinco minutos mientras intentaban todo lo que podían para salvar a Joshua Harris, de doce años, de Golden, Colorado. Josh tenía ojos castaños serios, cabello castaño oscuro, un hoyuelo en su mejilla derecha, un labrador negro llamado Smoky, una hermanita de ocho años llamada Madison y toda una vida de béisbol y chicas delante de él. Mitchell sabía todo esto porque menos de una hora antes había estado sentado en el borde de la cama del niño, jugando con su pelo.

—Tenemos que parar, Mitchell. Hemos terminado.

—No. Tiene que haber algo más que podamos hacer. —Mitchell se paró junto a la anesthesióloga, observando la bolsa de respiración artificial que Brenda aún tenía sobre el paciente mientras otra enfermera continuaba con las compresiones torácicas.

La anesthesióloga se quitó la máscara quirúrgica. Había lágrimas en sus ojos. Ella era al menos una década mayor que él y tenía mucha más experiencia que él. Si ella decía que era hora de parar, él no podía pensar en ninguna razón, aparte de la angustia, para discutir con ella.

—Ha pasado casi una hora. Lo he intentado todo. Epinefrina, atropina, bicarbonato. Seguimos los protocolos. Debe tener algún problema cardíaco. Tal vez tuvo un coágulo. No lo sé. Lo he intentado

todo. Creo que es hora de llamar al RA.

RA. El representante administrativo del hospital, que entonces llamaría al forense. Todos ellos estarían aquí hasta que el forense estuviera satisfecho de que no había ocurrido nada sospechoso. Luego tendría que ir con la anesthesióloga y hablar con la familia, tratar de explicar lo inexplicable a los padres del niño.

Tendría que ir a romper sus corazones.

Mitchell miró fijamente la cara sin vida del niño y se ahogó con la bilis que subía por su garganta. No. No. No.

—De acuerdo. Paremos.



Jessica besó a la señorita Bea en la mejilla y cargó la parte trasera de su auto con el lote de deliciosas magdalenas de chocolate con caramelo y nueces. Diez minutos más tarde las llevó a la cafetería, se despidió de los dueños y se dirigió al hospital con media docena de magdalenas aún calientes que había guardado para Mitchell.

Después de la noche anterior, él se merecía una recompensa especial.

Estacionó su auto en el estacionamiento del hospital antes de entrar al brillante edificio nuevo. Hoy era la primera vez que estaba aquí sola, por sus propias razones, y no para visitar a sus hermanos. Tyler y Gabriel estaban a salvo en la casa de Sofía, volviendo loca a su pobre hermana actuando como un par de bebés mimados y malcriados.

Sofía estaba acostumbrada a que la mimaran, así que Jessica pensó que sería una buena medicina para todos ellos.

La sala de espera para el área de cirugía era en el segundo piso y ahí era donde estaría Mitchell. Ella recordaba su primer visita aquí como si

hubiese sido ayer. Su terror por Tyler, conocer a Mitchell, derramar el contenido de su bolso por todo el piso y casi ser echada del lugar por la racha sobreprotectora de Mitchell.

Esa cosa protectora era una parte de él que ahora ella adoraba completamente.

Tarareando silenciosamente para sí misma, no podía dejar de sonreír, no podía sacarse de la cabeza el recuerdo de sus manos y boca sobre su cuerpo. Y cuando lo logró, esas imágenes sexys fueron simplemente reemplazadas por la sensación de él abrazándola esta mañana, tomándola por detrás.

Estaba adolorida. Y feliz. Y completamente obsesionada con este hombre.

El viaje en ascensor terminó en un santiamén y ella caminó con paso rápido hacia la sala de espera que sabía que estaba más adelante a la derecha. Aún no era la una. Tal vez él no habría terminado todavía. Igual estaba bien. Ella esperaría. Mitchell no leería los seductores y sucios mensajes que le había enviado esta mañana hasta que terminara en el quirófano, así que ella se sentaría tranquilamente en el rincón y le llamaría la atención cuando saliera a hablar con la familia de su último caso.

Estaba a punto de doblar la esquina cuando se abrió la puerta de la sala de espera y Mitchell salió con una mujer atractiva en una bata médica, seguida por una pareja de mediana edad con expresiones de preocupación en sus rostros. La mujer mayor estaba sollozando abiertamente y los ojos de Mitchell se abrieron un poco cuando vio a Jessica, pero la ignoró.

La mirada en sus ojos era dura y vacía. Ella conocía esa mirada, la había visto en la cara de su padre bastante a menudo. Algo había salido mal y Mitchell estaba haciendo lo que tenía que hacer para superarlo, cerrando todo con llave hasta que estuviera seguro para caerse a pedazos.

Jessica asintió ligeramente y pasó, fingiendo que no lo conocía. Lo que fuera que estuviera pasando, ahora no era el momento para novias y magdalenas de chocolate.

Mitchell guio a la pareja hacia una pequeña sala de reuniones a un costado. La mujer de la bata médica, que probablemente era otra doctora, cerró la puerta silenciosamente, encerrándolos lejos de los ojos y oídos del público.

Esto estaba mal.

Insegura de qué hacer, Jessica decidió volver a su coche y conducir a casa. Mitchell le mandaría un mensaje cuando estuviera listo. Hasta entonces, ella tenía que dejarlo hacer sus cosas de doctor.

Unos minutos más tarde, Jessica estaba sentada en su auto, descargando la batería con el aire acondicionado, cuando sonó el timbre de notificación de su teléfono. Con una mirada ansiosa, miró la pantalla.

Mitchell.

«¿Todavía estás aquí?»

«Sí. Estacionamiento.» Él no contestó durante dos minutos completos.

«No puedo irme hasta las 7. ¿Sabes dónde están los dormitorios de guardia?»

«No. Pero puedo encontrarlos.»

«El mismo ascensor. B1. Gira a la izquierda. Estoy en la habitación 2.»

«De acuerdo.»

Jessica levantó el contenedor de las magdalenas y se apresuró a volver a entrar, con el corazón en la garganta, mientras sus nervios se apretaban más con cada segundo que le tomó llegar a él.

Nerviosamente golpeteó el suelo con el pie hasta que las puertas del ascensor se abrieron en el pasillo a nivel del sótano al que Mitchell la había dirigido. Aquí abajo no había obras de arte en las paredes, ni pintura colorida en forma de remolinos. Este era un piso de trabajo, no

para el público, y se sentía diferente. Silencioso. Sombrío. De alguna manera más oscuro, a pesar de que las mismas luces fluorescentes cubrían el techo en largas y brillantes carreteras de cristal.

La habitación 2 estaba a mitad del pasillo. Pasó por una diminuta habitación, no más grande que el vestidor del dormitorio de su madre, con un letrero que decía «Habitación 3». Dentro había una cama gemela prístina, un pequeño escritorio, una silla, una sola lámpara de escritorio, un pequeño televisor montado sobre la pared y nada más. Literalmente. Nada. Parecía una celda de cárcel con paredes de hospital. Todo lo que necesitaba era una letrina y un lavabo, y el aspecto estaría completo.

¿Era aquí donde Mitchell tenía que pasar tanto tiempo? Por el amor de Dios. No era de extrañar que el espacio negro estéril de su apartamento no le molestara. Comparado con esto, el apartamento se sentía como un spa.

La puerta de la habitación 2 estaba cerrada, pero sin seguro. Ella escuchó por un minuto, no oyó nada del otro lado y decidió golpear suavemente la puerta con sus nudillos.

—Adelante. —Era la voz de Mitchell, pero demasiado tranquila, demasiado derrotada para pertenecer al amante que conocía.

Nerviosa, abrió la puerta y entró. Mitchell estaba sentado en la oscuridad, la luz del pasillo detrás de ella era lo único que iluminaba su oscura cabeza. Estaba sentado sobre un lado de la pequeña cama en una habitación que se veía exactamente igual a la de al lado. Estaba agachado, con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, como si estuviera demasiado cansado para sentarse derecho y pudiera caerse en cualquier momento. Él no levantó la vista cuando ella entró. Jessica deslizó su caja de magdalenas sobre el pequeño escritorio y cerró la puerta tras ella, encerrándolos en una oscuridad casi total. La luz se filtraba por los bordes de la puerta, pero los ojos de Jessica no se habían adaptado a las sombras y apenas podía distinguir a Mitchell como un bulto de negro sobre negro a pocos pasos delante de ella.

—Hola, Mitchell.

—Hola.

Jessica se aferró a la manija de la puerta para poder encontrar la salida si él necesitaba que se fuera. Ella quería caminar hacia él y envolverlo en sus brazos, pero como ella estaba de pie ahí, insegura de cómo él reaccionaría a eso, tendría que amarlo con su voz.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Quieres que me vaya?

—No. —Se movió en la oscuridad, ella pudo oírlo, pero no sabía qué esperar hasta que él dijo—: Ven aquí.

Liberada de su purgatorio en la puerta, soltó la manija y caminó hacia delante, buscándolo a ciegas con las manos extendidas hacia el frente. Tres pasos y los brazos de él la envolvieron por la cintura, metiéndola en el espacio entre sus piernas. La sostuvo con fuerza, apretando la mejilla contra sus pechos mientras ella lo acunaba allí y le pasaba una mano por su corto pelo.

—¿Qué pasó?

—Perdí un paciente. —Su agarre se apretó hasta el punto en el que ella no podía respirar, pero él bajó las manos a sus caderas y se volvió para apoyarse en ella, con la frente anidada en el valle entre sus pechos. Ella le colocó ambas manos sobre la cabeza para pasar los dedos a través de su pelo una y otra vez en un ritmo pacífico y calmante. Mitchell se mantuvo perfectamente quieto para sentir su tacto.

Jessica podía intentar decir todas las cosas correctas, pero recordó cómo era con su padre en la casa cuando era más joven. Su padre no perdía gente a menudo, pero sucedía, y sin importar lo que le dijera su madre, nunca podía dejarlo pasar. Él solía repasar los escenarios y los «qué tal si» durante días, atormentándose a sí mismo por la pérdida. Ella

no tenía ni idea de lo que le había pasado a Mitchell en el quirófano, pero sabía que se culpaba a sí mismo.

Lógico o no, él se preguntaría si algo debía haberse hecho de otra manera, si había tomado las decisiones correctas, si había algo que debía haber notado, algún tipo de señal mística en la frente del paciente que dijera «voy a morir hoy» en naranja neón brillante.

—Lo siento.

—Yo también.

—¿Has comido? —Necesitaba hacer algo para ayudarlo.

—No.

—¿Tienes hambre? —Comida. Podría llevarle comida.

—No.

Ella suspiró. Él no iba a dejar que ella lo cuidara. Entonces, que así fuera. Ella podía quedarse aquí y abrazarlo toda la noche si eso era lo que necesitaba, o todo lo que permitiría.

—Tengo seis horas más. ¿Puedes quedarte?

¿Seis horas de Mitchell sentado solo en la oscuridad? No lo iba a permitir.

—Sí. Por supuesto que me quedaré.

—Puede que tenga que volver al quirófano.

—De acuerdo.

—Y tengo que hacer rondas más tarde.

Ella le colocó las manos en la mandíbula e inclinó su cara hacia la de ella en la oscuridad. Inclinandose, ella puso sus labios sobre los de él en un suave y gentil beso.

—Está bien, cariño. Lo que necesites está bien.

Su respuesta fue acostarla junto a él sobre la cama y acurrucarse a su

alrededor, abrazándola en la oscuridad. No había nada sexual en su tacto, pero había necesidad.

—Sabes que no había nada que pudieras hacer. A veces pasan cosas, Mitchell. Les enseñan a creer que son dioses, pero no lo son. Sólo eres humano. —Ella se movió para quedar acostada boca arriba con el brazo derecho de él sobre su cintura, la pierna derecha de él sobre sus caderas y la nariz de él presionando su mejilla.

—Era un niño, Jess. Sólo tenía doce años.

Oh, Dios. Los niños eran mucho peores.

—¿Qué pasó?

Él le contó, y mientras hablaba, las caras de la pareja de mediana edad que había seguido a Mitchell y a la otra doctora hacia la pequeña habitación estuvieron repentinamente claras como el cristal en su mente. No era de extrañar que Mitchell fuera un desastre en este momento, sólo había tenido que pararse frente a dos padres desprevenidos y decirles que su hijo estaba muerto.

Si él lloraba, ella no lo sabría. Pero la habitación estaba oscura y él no veía las lágrimas que corrían por las esquinas de sus ojos para desaparecer en el cabello de Jessica. Ella se acostó con él hasta que él tuvo que levantarse y hacer las rondas. Luego lo llevó a su casa, le dio lasaña casera y las fabulosas magdalenas de la Srta. Bea y vieron el programa favorito de Jessica. Ella reía mientras Eddie traía pelotas de tenis mojadas y las dejaba caer encima de una indignada Bella, que había decidido que era dueña de Mitchell y de su regazo.

Mitchell la invitó a la barbacoa anual de su familia y le dijo que invitara a su familia. Hicieron el amor esa noche como si la muerte viniera mañana y Mitchell se durmió envuelto alrededor de ella como si ella fuera el centro de su existencia.

Jessica no pudo dormir. Estuvo despierta toda la noche, escuchándolo respirar, preguntándose cómo él había sobrevivido sin alguien que lo

abrazara por tanto tiempo.

En el oscuro silencio de la noche, ella se dio cuenta de que estaba totalmente enamorada de Mitchell Walker.

Y sin importar cuántas veces se dijera a sí misma que estaba siendo una idiota, en el fondo de su mente juraría que escuchaba el tictac constante del infame reloj de treinta días del doctor Mitchell Walker.

CAPÍTULO CATORCE

MITCHELL CONDUJO POR EL LARGO CAMINO DE TIERRA HASTA LA CASA DE SU INFANCIA. Jessica iba sentada en el asiento del pasajero por primera vez desde que la conoció, cantándole a la radio como si fuera de su propiedad mientras Eddie y Bella iban y venían sobre el cuero del pequeño asiento trasero del deportivo.

La familia de Jessica los seguía en la gran camioneta negra de Félix, incluyendo a Tyler y a su hermano Gabriel, ambos todavía curándose, pero llenos de suficientes niñerías como para hacer que Jessica y Sofía quisieran estrangularlos.

Mitchell condujo a lo largo de la cerca con postes y pinos ponderosa esparcidos a lo largo del camino. La casa se hizo visible y Jessica jadeó.

—¿Aquí es donde creciste? —El amplio rancho era de un alegre color amarillo con un porche envolvente, flores en macetas esparcidas por todas partes y la típica silla columpio colgada al lado de la puerta principal. Detrás había un granero rojo de dos pisos y otras dependencias. Y dondequiera que uno mirara, había caballos. Dios, Jake tenía un montón de caballos aquí estos días.

—Después de ser adoptado, sí.

Jessica abrió los ojos de par en par al asimilarlo todo.

—Es increíble. —Estaba resplandeciente—. Yo crecí en un rascacielos de Manhattan. Nunca he visto un caballo en la vida real. Sólo en las

películas.

—¿Estás bromeando?

—No. —Se echó a reír a carcajadas—. Patético, ¿no? —Giraba su cabeza hacia todos lados, mirando todo—. ¿Tu hermano también tiene vacas? Quiero acariciar una vaca.

—¿Cuánto tiempo has vivido en Colorado? —Aparcó detrás del sedán negro de Chance y buscó el Jeep de Derek. Sí. Toda la tripulación estaba aquí junto con algunos vehículos más que no reconocía. Bien. Era hora de presentar a sus hermanos a su futura esposa.

—Tres años.

—¿Y no conduces? Hay caballos y vacas por toda la cordillera.

—Vi gran parte del mundo cuando era más joven. Mis padres nos arrastraron por toda Europa y Asia. He estado en todas las grandes ciudades de cuatro continentes. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué querría ir a cualquier parte ahora que todo lo que me hace feliz está a diez minutos de mi casa?

Mitchell vio cómo Félix se detenía detrás de él y pudo escuchar al Trío Castillo fastidiarse entre ellos incluso antes de que abriera la puerta de su auto. El sonido lo hizo sonreír. Ellos le recordaban a cómo eran las cosas cuando se reunía con sus hermanos, groseros, vulgares y muy reales.

Mitchell se volvió hacia Jessica y buscó respuestas en su cara.

—¿Por eso no estás en la banda con el resto de tus hermanos locos? —Pensó que se reiría, pero sus ojos se nublaron y ella se volvió para mirar por la ventana del pasajero.

—Sí. Supongo que sí. Solía cantar con ellos y escribir algo de música. Pero no soy feliz viviendo esa vida. Suena estúpido cuando lo digo en voz alta, pero necesito un hogar. Me sentiría miserable viviendo de una maleta como ellos, durmiendo en una habitación de hotel diferente cada noche, comiendo comida rápida y pizza grasienta y pasando la mitad de

mi tiempo viajando. Eso no es para mí.

Parecía tan desolada que él tenía que hacer algo. La tomó de la barbilla y volteó su cara hacia él.

—Me alegro. Porque si estuvieras con ellos, no podrías estar en casa conmigo.

Jessica lo recompensó con un beso que comenzó lento y dulce, pero que se convirtió en un infierno en cuestión de segundos.

Un fuerte golpe en el parabrisas hizo que ambos se separaran para ver la mano de Julián golpeando el vidrio.

—¡Sepárense! —Julián levantó la ceja, pero la anciana que se aferraba a su codo arruinó el efecto. La Srta. Bea estaba encantada con toda la situación.

—Bésala bien, Mitchell. —La Srta. Bea le dio una palmadita a Julián en el hombro—. Y tú ve por mis magdalenas, jovencito. Están en la parte de atrás. Se van a derretir ahí y a Mitchell no le gustan así.

Los invitados caminaron hacia el porche en grupo. Gabriel con muletas, Tyler moviéndose como un hombre de ochenta años, pero moviéndose, Sofía con apariencia de tentadora sexual en pantalones cortos y una camisa roja ajustada, Félix viéndolo todo con una sonrisa en la cara y Julián parado a su lado mientras Eddie ladraba dentro del auto, amenazando con dejar sordo a Mitchell. Julián se rindió y regresó a la camioneta para tomar los panecillos de la Srta. Bea mientras Félix bajaba del porche para ayudar a la anciana a subir las escaleras.

—¿Exactamente qué hace Julián por la banda?

Jessica se desabrochó el cinturón de seguridad y le dio una palmadita a Eddie en la cabeza, haciéndolo callar.

—Es el *mánager*. Estarían perdidos sin él. Él se encarga de todas las contrataciones y de todo el dinero.

Mitchell la miró a los ojos y se aseguró de que ella viera la verdad en

su mirada.

—¿Sí? Bueno, estoy bastante seguro de que lo que quiere manejar eres tú.

Se sorprendió cuando ella no lo negó.

—Desde noveno grado.

La satisfacción se apoderó de él y ahora quería darle otro beso ardiente, sólo porque sabía que Julián estaba mirando.

—Denegado.

Ella sonrió y abrió la puerta.

—Exactamente.

Los perros saltaron al suelo y Mitchell salió del coche, preparado para el caos del día. Nunca había traído una cita a esta casa. Demonios, nunca había traído a nadie, mucho menos a toda una tribu.

Jake abrió la puerta principal justo cuando Mitchell cerró la puerta de su auto. Jake medía 1.80 metros sin sus botas puestas y hoy añadían otros cinco centímetros a su ya impresionante volumen. A la gente de Colorado le gustaba bromear sobre el hecho de que en Nebraska crecían granjeros de gran tamaño alimentados con maíz. Bueno, no le pedían nada su hermanito, Jake. Pero el gran vaquero rubio de ojos azules era tan dócil como un oso de peluche, y ahora que estaba casado con Claire, Mitchell pensó que no había absolutamente ninguna esperanza de convertir a Jake en un macho.

Jake ya estaba sonriendo y estrechando la mano de todos antes de que Mitchell subiera los escalones. Aunque culpó a Jessica por eso. Le tomó medio año organizar a los perros, luego olvidó su bolso, volvió a buscarlo, luego cambió de opinión de nuevo y lo dejó caer en el piso de su auto. Todo mientras él se quedaba parado frente al parachoques delantero, ansioso por ponerle las manos encima.

Algo estaba muy mal con él ahora. No se sentía bien a menos que

estuviera tocándola. Sujetando su mano. Jugando con su pelo. Enterrado en su interior o envuelto a su alrededor por la noche. Ella lo asentaba de una manera que él no entendía y que se negaba a inspeccionar demasiado de cerca. Así que esperó a que ella viniera a él con esa sonrisa de sol y esos ojos brillantes. Ella siempre venía, colocaba su mano en la de él y lo besaba como él quería.

La escoltó hasta el porche, donde estaba esperando Jake, quien se quitó el sombrero y le sonrió.

—Hola, Jessica. Encantado de volver a verte. —Jake le dio a Mitchell una mirada hostil, pero se volvió hacia Jessica con una sonrisa amistosa. Lo cual era bueno, porque Mitchell no había superado las ganas de golpear a Jake en la cara—. Tenía el presentimiento de que volvería a verte.

—Hola, Jake. ¿Conociste a todos? —Jessica movió su mano alrededor del porche para señalar a todo su séquito.

Jake asintió con la cabeza y se giró para mirar dentro de la casa. Mitchell captó un destello de movimiento detrás de su hermano y luego Claire estaba saliendo por detrás de su esposo, luciendo más radiante y feliz que en todos los años que la había conocido mientras crecían. El amor que le tenía a Jake se veía bien en ella.

—Jessica, ella es la esposa de Jake, Claire. Claire, ella es Jessica.

—¡Oh! La pelirroja. ¡He estado esperando para conocerte! —Claire movió las cejas a Jessica y las dos mujeres estallaron en risitas mientras Mitchell miraba a Jake.

—¿En serio? ¿Tenías que decírselo?

Jake se rio.

—Amigo, es imposible ocultarles algo. Lo juro. —Su risa se convirtió en una sonrisa feliz y golpeó a Mitchell en el hombro—. Ya verás. Lo verás muy rápido.

Jake guio a todos a través de la casa hasta el patio trasero. Jessica, siendo Jessica, se apresuró al lado de la señorita Bea y se aseguró de que ella encontrara un lugar para sentarse en una de las mesas de picnic. Después le trajo a la mujer mayor un vaso de limonada y una amiga con quien hablar antes de ir a buscar a Mitchell. Ansioso por ir hacia ella, él dio un paso adelante, pero Jake lo detuvo y tiró de él hacia un lado para susurrarle al oído.

—Recuerda el código de hermanos. Necesitas un rapidito en el baño, guiña el ojo izquierdo y te cubriré.

—Cállate, imbécil.

Jake se echó a reír, atrayendo algunas miradas.

—Oh, cómo han caído los poderosos.

Mitchell tomó una cerveza de la nevera y echó un vistazo al patio. Jake y Claire se habían esforzado mucho. Habían instalado cuatro mesas de picnic con coloridos manteles de patchwork y centros de mesa de girasol. La parrilla de barbacoa estaba siendo atendida por el Sr. Klasky, cuya esposa estaba haciendo compañía al ministro católico local. La familia de Jessica abarcaba dos mesas, riendo y bromeando y llevando a Claire y a su amiga Emily a una conversación fácil. El hermano pequeño de Erin, AJ, le hacía compañía a Derek y el niño se veía bien, como si hubiera mejorado su actitud, al menos un poco. Él tendría que preguntarle a Chance sobre eso más tarde. El sol brillaba e incluso Derek sonreía mientras se apoyaba en una de las mesas con los brazos cruzados, escuchando a Claire y Emily hablar con emoción sobre cavar a través de un cementerio embrujado en Sudamérica.

La puerta de malla se cerró de golpe detrás de ellos y Mitchell se giró para ver a Chance y Erin salir de la casa con dos vasos altos de té helado y dos expresiones de culpabilidad.

Bueno, Erin parecía sonrojada y Chance parecía muy contento consigo mismo. Se acercaron y Jake rio cuando Chance golpeó a Mitchell

un poco demasiado fuerte en el estómago con el codo.

—¿Ves eso? El código de hermanos funciona totalmente.

Mitchell enseñó su cara mientras los dos se acercaban para un rápido abrazo.

—Hola, chicos. Se ven bien. No sabía si iban a llegar.

Chance lo empujó.

—Quita tus garras de mi mujer, y por supuesto que llegamos. Ha estado en mi calendario durante meses. —Por supuesto que Chance tenía un maldito calendario. Sr. Abogado Organizado. Algunas cosas nunca cambiaban.

—Eres como una niña. —Mitchell estaba tentado a acercarse más a Erin sólo para hacer enojar a su hermano, tal vez incluso inclinarse y besarla en la mejilla, pero preferiría estar besando a alguien más.

Erin sonrió y presionó su mejilla contra el hombro de Chance, apoyándose en él, y Mitchell observó toda la interacción con nuevos ojos. Ahora entendía por qué la intensa mirada marrón de su hermano se suavizaba con un movimiento tan simple de su mujer. Y por qué los ojos de Jake se movían constantemente por encima del hombro de Mitchell, vigilando a Claire.

Santo cielo. El amor había convertido a sus hermanos en obsesivos, necesitados...

—Hablando de chicas, ¿dónde está tu pelirroja? —Chance tomó un sorbo de té helado e intentó mirar por encima del hombro de Mitchell también. Pero no era tan alto como Jake, así que Mitchell se movió para bloquear su vista.

Cuando Chance se rindió, Mitchell negó con la cabeza y se volvió hacia Jake. Jake, que había conocido a Jessica en el hospital justo después de la cirugía de Tyler. Jake, que no podía guardarse nada para sí mismo.

—¿Alguna vez te han dicho que hablas demasiado?

Jake sonrió, completamente impenitente.

—No. —Mitchell suspiró. Eso probablemente era cierto. Entablar una conversación de más de tres palabras con Jake era como tratar de sacarle un secreto a su hermano mayor, Derek. Casi imposible.

Chance envolvió un brazo alrededor de la cintura de Erin y ella sonrió.

—Es linda, Mitchell. Tiene mi aprobación.

—También Derek. —Jake levantó la barbilla para indicar que Mitchell debería echar un vistazo, lo cual hizo, e instantáneamente se arrepintió. Derek tenía a Bella en sus brazos, frotándole las orejas a la peluda, a Eddie apoyándose en su pierna y a Jessica de pie frente a él con la cabeza hacia atrás, riendo.

Oh, claro que no. Ella era la mujer de Mitchell, al igual que los perros y su risa. Todo eso. *Mío*.

Él no se molestó en excusarse de la compañía actual, lo cual hizo reír a Jake y Chance mientras caminaba por el césped verde y suave para reclamar a su mujer.

Dos horas más tarde, Mitchell se sentó en una banca con Jessica a salvo entre sus piernas. Puso la barbilla en el hombro de ella mientras su familia hacía un círculo de sillas de jardín plegables alrededor de las neveras y sacaban las guitarras. Tyler tenía una guitarra acústica estándar de seis cuerdas, Gabriel un bajo y Félix sacó un par de baquetas de su bolsillo trasero y mantuvo el ritmo encima de una de las mesas. Erin gritó con deleite, corrió de vuelta a través de la casa hasta su coche y regresó con una preciosa Gibson negra, Les Paul, que rápidamente colocó en su regazo. Aunque Erin había anunciado audazmente hacía unas semanas que la guitarra había sido rebautizada oficialmente como *Love Paul* porque era la guitarra que Chance compró el día que se vieron por primera vez.

Mitchell y el resto de los invitados se sentaron y observaron con

asombro cómo la gente con mentalidad musical comenzaba a tocar y a cantar. Él había esperado que cantaran sus propias canciones, pero tocaron canciones clásicas y viejas. Pronto, todos estaban cantando. La voz dulce y sensual de Jessica se elevaba en el viento con un tono claro y cristalino que hizo que Mitchell moviera la cabeza con asombro mientras su polla se endurecía.

Sofía y Jessica cantaron armonías como si hubiesen estado haciéndolo toda la vida, y tal vez lo habían hecho. Bueno, al menos desde que la madre de Jessica se casó con el marido número dos.

Mitchell no cantaba. Tenía la voz de un sapo enfermo, incluso cuando lo intentaba.

Prefería escuchar a la increíble mujer entre sus brazos cantar como un ángel.

Cuando la canción terminó y todos estaban riendo, sonriendo y jugueteando, él se inclinó hacia adelante para besarla en la mejilla.

—Estás hermosa.

Ella se sacudió hacia atrás en su regazo, empujándose hasta que él estuvo muy, muy seguro de que ella estaba consciente de la reacción de su cuerpo a ella.

—Lo que estoy es hambrienta.

El comentario tenía la intención de ser sexual, pero Mitchell se puso rígido y quiso abofetearse a sí mismo por ser un idiota tan desconsiderado.

—Es domingo.

—¿Y?

—No comes carne los domingos. Y todo lo que comimos fueron hamburguesas, pollo y salchichas.

Ella giró la cabeza y él se aprovechó de su nueva posición para

morderla en el lado de la mandíbula.

—No hay problema. Comí papas fritas, zanahorias y ensalada de papa. Ah, y dos de las magdalenas de mantequilla de maní con chocolate de la Srta. Bea.

—¿Entonces no tienes hambre?

—No de comida. —La sensual promesa detrás de esas palabras hizo que Mitchell le gimiera ligeramente en el oído.

—¿Podemos echar a tu familia de aquí? —Eran sus invitados y no podía irse antes que ellos. Sería de mala educación.

Ella miró a su alrededor y él siguió su mirada. Nadie tenía prisa por ir a ninguna parte. El grupo empezó otra canción e incluso la señorita Bea parecía contenta, aplaudiendo y cantando.

Mierda. Nunca desnudaría a Jessica. Iban a estar aquí durante horas. Y si su madre estuviera viva, a ella le habría encantado cada minuto de este día. Era una tarde perfecta llena de amor, risas y familia. Y todo gracias a las mujeres que él y sus hermanos menores habían encontrado. Ellas habían transformado una vez más un deprimente y embrujado rancho en un hogar. El rancho Walker había sido un lugar triste. Diablos, él y sus hermanos habían estado viviendo en un lugar bastante oscuro los últimos dos años, desde que su mamá se enfermó.

Derek todavía estaba en la oscuridad. Mitchell vio a su hermano mayor merodear por el perímetro y registrar todo como un perro guardián vigilando a sus ovejas. Maldito Derek. Su hermano realmente necesitaba tener sexo.

—Vamos. —Jessica se puso de pie y lo jaló hacia la casa. Al pasar a Claire, le dijo a la esposa de Jake que Mitchell le iba a dar un recorrido por la casa. Con una cara completamente seria, Claire le dijo que estaría bien, pero Jake, de pie junto a su esposa, levantó una ceja. En el momento en que Jessica pasó, él le guiñó el ojo a Mitchell por encima de la cabeza de Claire con una inclinación exagerada de su cuello hacia la casa.

A la mierda. Código de hermanos.

Mitchell le devolvió el guiño.

CAPÍTULO QUINCE

JESSICA LO ARRASTRÓ HASTA QUE ESTUVIERON DENTRO, pero Mitchell la guio más allá del baño y subieron las escaleras. Ella se sentía como una adolescente subiendo a hurtadillas para hacer travesuras en la fiesta de un amigo.

— ¿Adónde vamos?

— A mi antigua habitación. Vamos.

Ella lo siguió hasta que estuvieron en el dormitorio de su infancia. Un conjunto de literas estaba empujado contra la pared, con ambas camas cubiertas con edredones de color rojo brillante. Había un maltratado escritorio bajo una amplia ventana que daba al bosque salvaje que rodeaba la casa. Jessica observó cada rincón, tratando de imaginar a un joven Mitchell en esta habitación haciendo la tarea, tumbado en una de esas camas, pensando en niñas.

Ella se giró para encontrarlo apoyándose en la puerta cerrada del dormitorio. Poniendo tanto fanfarroneo en sus caderas como pudo, ella caminó hacia Mitchell y presionó su cuerpo contra el de él.

— Apuesto a que tuviste muchos orgasmos en esta habitación.

Él sonrió.

— Unos pocos. — Haciendo un túnel bajo su camisa con los dedos, ella tomó el dobladillo y lo levantó sobre su cabeza para tirarla al suelo. Dos veces él la había tomado, y en ambas se le había negado la libertad de

explorarlo.

—¿Quiere jugar conmigo, doctor? —Ella deslizó su lengua por su pecho desnudo y su cuello, hasta su mandíbula. Sabía bien. Muy bien. Y quería más.

—Depende del juego.

—Mentiroso. —Ella frotó su dura longitud a través de sus pantalones y sonrió cuando la atención hizo que él cerrara los ojos con un suave gemido—. ¿Quieres jugar? Porque quiero jugar contigo.

Mitchell abrió los ojos y la miró, su expresión era un salvaje enredo de lujuria y confianza, y la mirada que un hombre tenía cuando iba a darle a su mujer todo lo que ella quería. Ella podría acostumbrarse a esa mirada.

La agarró sin avisar y la besó con lengua y dientes y con una pasión que la dejó con las rodillas débiles y sin aire. Cuando ella se derrumbó contra él, él se echó hacia atrás, apoyándose sobre la puerta, y la miró.

—De acuerdo. Ahora sí voy a jugar.

—Bien. Porque es mi turno. —Decidida a salirse con la suya esta vez, envolvió sus delgados dedos alrededor de las dos muñecas de él y se las empujó hacia los lados, presionando la gruesa puerta de roble.

—Regla número uno, no puedes mover las manos.

La miró y sus ojos se oscurecieron mientras ella tomaba la hebilla de sus pantalones.

—Regla número dos, no puedes moverte a menos que yo te lo diga.

Bajándole los pantalones hasta los tobillos, ella se arrodilló a sus pies y le quitó los zapatos, los calcetines y los pantalones hasta que se quedó clavado a la puerta, totalmente desnudo. Se tomó un momento para admirarlo mientras la brillante luz del sol de la tarde entraba por las ventanas que daban al oeste. Dios, era hermoso. Todo fuerte y musculoso. Duro y largo y listo para ella.

— ¿Cuál es la regla número tres?

— Tienes que cerrar los ojos. — Jessica se metió la mano en el bolsillo con una sonrisa traviesa y sacó la corbata favorita de Mitchell. Ella la había tomado de su casa la mañana que él había ido de guardia y la había guardado, esperando el momento perfecto para hacer su jugada. Era una corbata de seda roja oscura con finas rayas diagonales negras. La usaba a menudo y ella quería que pensara en ella, en esto, cada vez que la usara.

Completamente vestida, ella se acercó a Mitchell y apretó sus labios contra los de él. Él se quedó donde ella le había pedido, pero eso no la sorprendió. Cualquier hombre inteligente sabría lo que se avecinaba, y Mitchell era un hombre muy inteligente.

Ella le cubrió los ojos con seda roja y aseguró la corbata detrás de su cabeza. Un beso suave y final en sus labios.

— No hagas ruido. Y no te muevas, cariño, o me detendré.

Jessica lo exploró con las manos primero, pasándolas por cada onza de su piel desde los tobillos hasta las yemas de los dedos. Cuando se sintió saciada por la piel, tomó su dura longitud en sus manos mientras sus labios, lengua y dientes se turnaban para explorar, lamer, pellizcar y probar el resto de él.

Cuando ella pudo ver su pulso latiendo en la base de su cuello y que su mandíbula estaba apretada, se arrodilló y se lo llevó a la boca.

Él no era el único que podía jugar y seducir. Ella se lo llevó profundo a la boca, chupó y lamió y jugó con sus testículos y sus pezones. Le apretó el trasero. Ella lo tomó, y cuando supo que él estaba a punto de explotar, retrocedió y lo dejó recuperarse antes de empujarlo al borde de nuevo.

Mitchell tenía las manos apretadas en puños contra la puerta. Jessica sabía que él estaba a punto de perder la cabeza, tirarla al suelo y follarla, pero ella no podía permitirlo. Esto era para él. Ella quería volverlo loco

de placer.

Jessica le clavó las manos en las caderas y lo empujó con fuerza contra la puerta, tomándolo profundo, chupando fuerte y tragando cuando él perdió el control.

Satisfecha con el cumplimiento de su misión, lo soltó y se puso en pie, empujándole suavemente la cadera hasta que dio un paso a su izquierda.

Ella abrió la puerta y él volteó la cabeza en su dirección.

—Te veré abajo. —Jessica le pasó el pulgar por encima del labio inferior, disfrutando de la irregularidad de su respiración y de la gota de sudor que corría por su sien. Sonriendo para sí misma, lo dejó de pie desnudo y con los ojos vendados en el dormitorio de su infancia. Su trabajo aquí estaba hecho. Mitchell nunca volvería a usar esa corbata roja sin pensar en ella.

Nunca.



Lunes por la noche

Mitchell terminó las rondas y se dirigió a la sala de urgencias. Le quedaba una hora de turno, pero estaba aburrido y ansioso por irse, lo cual era una sensación totalmente nueva para él. Antes de Jessica, nunca le había importado mucho cuántas horas trabajaba. Pero caminando por los crujientes y blancos pasillos del hospital, pasó sus dedos a lo largo de su suave corbata roja favorita y todo en lo que podía pensar era en volver a casa con ella.

Casa, por supuesto, significaba la casa desordenada de Jessica con su deslumbrante perro-caballo, la adorable mordedora de tobillos y unas

suaves y femeninas curvas sobre él en el sofá. Ella le había prometido pasta casera y pan francés para la cena de esta noche y él no veía la hora de devorar la comida y comerla a ella de postre.

—Doctor Walker, estábamos a punto de llamarlo. —La enfermera Sandoval le hizo señas mientras caminaba hacia el puesto de enfermeras en el área de emergencias.

—Bueno, aquí estoy. ¿Qué necesitan?

Ella estaba escribiendo notas y ni siquiera lo miró.

—Habitación 3. Urgencias quiere que busque una posible hemorragia interna.

Todos los pensamientos sobre la pasta y el sexo desaparecieron.

—¿Cuál es la historia? —Ya estaba caminando en esa dirección.

La enfermera se encogió de hombros.

—No lo sé. Me dijeron que lo llamara.

Mitchell pasó detrás de la cortina verde pálido que daba privacidad al paciente en el tercer cubículo de emergencias y casi se estrelló con el médico fisioterapeuta de emergencia de guardia, Pete Rosen.

—Lo siento, Pete. ¿Qué tienes aquí? —Mitchell miró a la paciente, que parecía ser una mujer de veintitantos años. Estaba llorando y las enfermeras zumbaban a su alrededor como abejas.

—Se cayó de una escalera en su patio trasero hace 30 minutos. Estoy bastante seguro de que estamos ante una fractura pélvica y un par de costillas. Tal vez fracturas de compresión lumbar. Ya se lo hemos dicho a ortopedia y la estoy enviando a radiología para una tomografía y radiografías, pero está desorientada. No sé si es su cabeza o algo más. Me sentiría mejor si la vieras antes de enviarla arriba.

—No hay problema. —No necesitaban que la mujer llegara hasta radiología por una hemorragia sin diagnosticar.

Mitchell se volvió hacia una de las enfermeras.

—¿Cómo se llama?

—Ashley. —La enfermera estaba ocupada revisando los signos vitales y sabía lo que Mitchell iba a preguntar antes de que él lo expresara—. Tiene uno cincuenta sobre ciento cuatro, ritmo cardíaco ciento sesenta y cinco.

Mitchell se levantó y le tendió la mano a la paciente.

—Ashley. Soy el Dr. Walker. Sé que estás sufriendo y vamos a cuidar de ti, pero necesito que te calmes y hables conmigo. ¿De acuerdo?

La paciente asintió con la cabeza, con su pelo rojo oscuro colgando de su cara. Él necesitaba revisar sus pupilas primero, hablar con ella, asegurarse de que no se desvaneciera. Luego le palparía el abdomen y se aseguraría de que su vientre no estuviera expandiéndose.

Su color parecía decente, lo cual era una buena señal.

—¿Ashley? ¿Puedes oírme?

La paciente levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y Mitchell se congeló. Mierda.

—¿Mitchell? ¿Eres tú?

Él esperaba que la rabia se acumulara en su interior; rabia, autodisgusto, culpa y una serie de emociones negras, justo como había ocurrido cada vez que había pensado en esta mujer durante los últimos siete años. En vez de eso, se sintió entumecido. Su mente trabajó a gran velocidad mientras levantaba su lámpara para comprobar la dilatación de sus pupilas. Su cuerpo se hizo cargo de las tareas mientras su mente luchaba con volver a verla.

Ashley Overton. Él había estado loco por ella hace mucho tiempo. Diablos, casi había ido a prisión por ella, pero Derek había asumido la culpa. Y todo porque creía tontamente que estaba enamorado de ella.

Qué niño tan estúpido había sido. Un idiota. Y por primera vez, la ira no llegó. Al mirarla ahora, todo lo que vio fue a una joven indefensa y herida que necesitaba ayuda.

—Sí, Ashley. Soy yo.

—Eres médico. Oí que eras médico. —Sus ojos estaban repletos de dolor, pero su pulso estaba nivelándose—. Bien. Eso es bueno. Me alegro.

—Sí. Y necesito echarte un vistazo. Escuché que sufriste una fea caída.

—Estúpida escalera.

Mitchell continuó su examen mientras hablaba con ella. Necesitaba que ella siguiera hablando para saber si empezaba a arrastrar las palabras o a perder el conocimiento. Más tranquilo de lo que hubiera imaginado posible, terminó su examen y le dijo a Pete que procediera a enviarla a radiología. Ella tenía mucho dolor, pero él dudaba que necesitara cirugía. Esa pelvis rota iba a doler como el infierno, pero no había mucho que hacer.

Estaba a punto de irse cuando ella lo llamó.

—¿Mitchell?

—¿Sí?

—Sé que debería haber dicho esto hace mucho tiempo, pero lo siento. Lo siento, por lo de Derek.

Mitchell regresó hacia la cama y tomó su mano extendida. Ella aún era bonita, con ojos azul oscuro y pelo rojo que se había oscurecido de rubio fresa a marrón rojizo claro. Parecía pequeña en esa cama, y débil y vulnerable.

—Está bien, Ashley. No hay problema. Derek está bien. Tiene su propia tienda de motos. Le está yendo bien.

—Debe odiarme.

—Nunca te ha odiado. Y yo tampoco. Éramos sólo unos niños tontos.

Los tres.

Mitchell lo decía en serio. Al mirarla, se dio cuenta de que Derek, al ser Derek, habría asumido la culpa por esta mujer débil y vulnerable, incluso si Mitchell no hubiese intentado hacerlo primero. Una chica joven y perdida y un coche lleno de equipo estéreo robado habrían sido suficientes para presionar los botones de Derek. Derek veía dentro de la gente de una manera que Mitchell nunca había entendido. Donde Mitchell había visto a Ashley como una joven sexy y rebelde, Derek habría visto más allá de la máscara hasta el dolor que Mitchell, siete años después, finalmente podía ver por sí mismo.

¿Por qué ahora? Incluso mientras se preguntaba qué hacía que este día fuese tan diferente de los cientos que habían llegado antes, sabía la respuesta. Jessica. Era como una válvula de descarga de presión para su alma. Antes de ella, había sido imposible ver el dolor de otra persona porque había estado muy ocupado ahogándose en el suyo.

Mitchell apretó la mano de Ashley cuando uno de los técnicos de radiología apareció para llevársela.

—Gracias, doctor Walker.

—De nada. Cuídate mucho. Y no más escaleras.

Ella se despidió con la mano mientras el técnico la alejaba. Una vez que ella se había ido, Mitchell miró el reloj de la pared.

Diez minutos hasta que pudiera salir de aquí e ir con Jessica. Eran casi las siete, pero si se apresuraba, aún podría hacer una parada en el camino.

Una hora más tarde, Mitchell estaba sentado en su coche donde había aparcado en la entrada de Jessica, tratando de armarse de valor para abrir un simple sobre rojo.

Pero no había nada simple en él. No era sólo una tarjeta, era *la* tarjeta, la tarjeta que le había escrito a su madre todos esos años atrás. Sabía lo que había dentro, al menos sabía lo que él había escrito: «*ser médico, salvar*

a un perro y conducir el coche más rápido del mundo.»

No había abierto la tarjeta porque no lo necesitaba, pues sabía exactamente lo que estaba escrito adentro. O al menos eso pensaba, hasta que Derek abrió su puta boca y lo arruinó todo. ¿Un mensaje de su madre? Le dolía el corazón sólo de pensarlo. ¿Pero qué podría haber dicho ella? Él lo había logrado todo.

Ya había logrado la parte de ser doctor. Su coche no era un Lamborghini, pero iba de cero a sesenta en menos de cinco segundos. ¿Y el perro? Bueno, no tenía espacio en su vida ni en su horario para una mascota, pero ahora que estaba con Jessica, Eddie y Bella habían entrado a su corazón, igual que su dueña. Ellos eran su familia ahora, pero no de la misma manera que sus hermanos. Amaba a sus hermanos, a cada uno de ellos, pero Jessica era suya. Sólo suya.

Sus hermanos le cubrían la espalda ante todo, lo cual lo hacía sentir estable y protegido. Si los necesitaba, vendrían. Sin preguntas y sin tonterías. Y eso era un poderoso amuleto. Los hermanos Walker tenían suerte de tenerse los unos a los otros, y todos lo sabían.

¿Pero Jessica? Ella era otra cosa. Cuando estaba con ella, no sentía dolor. Ella de alguna manera hacía que su mundo volviera a ser correcto, y él no lo entendía. Diablos, no podía explicarlo, aunque quisiera. Y no quería. Era un milagro tan grande que no quería estudiarlo muy de cerca, y esa era la razón por la que había hecho dos paradas en el camino a casa de ella.

En la primera, había corrido a su apartamento para tomar la tarjeta de su madre. Y en la segunda, había vuelto a la joyería que había visitado con Chance unas semanas antes. Ese día, había acompañado a Chance a escoger un anillo de compromiso para Erin. Ese día, la idea de elegir un anillo para una mujer no podía haber estado más lejos de la mente de Mitchell. Pero aquí estaba, sentado con la tarjeta en las manos y una caja de terciopelo azul en el bolsillo.

Quería quedarse con Jessica para siempre. Sólo la conocía desde hacía

dos semanas. Era una locura. Y era aterrador. Y si ella decía que no, tal vez nunca podría recuperarse

¡Woof! ¡Woof!

Mitchell saltó unos dos pies en el asiento del conductor y se golpeó la cabeza contra el techo del coche. Eddie estaba de pie con la nariz presionada contra la ventana del lado del conductor, moviendo la cola y babeando a lo largo del borde de la ventana. Encantador.

Pero detrás del perro estaba Jessica en pantalones cortos y una camiseta sin mangas, luciendo relajada y tremendamente sexy. Él había estado pensando tanto que no los había visto caminar hacia su auto.

Abrió la puerta y Eddie entró corriendo para saludarlo, con su cabeza gigante entre el pecho de Mitchell y el volante. Bella gruñó y se sacudió desde su posición privilegiada en los brazos de Jessica.

—Hola, cariño. Los perros te oyeron. ¿Qué haces aquí afuera?

Mitchell le dio una palmadita a Eddie en la cabeza, con la tarjeta aún en la mano.

—Me estoy armando de valor para abrir esto.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ÉL LEVANTÓ LA TARJETA Y ELLA INCLINÓ LA CABEZA, con curiosidad.

—Es de mi madre. Nos dejó una a cada uno de los chicos cuando murió.

Los ojos de Jessica se desviaron de la tarjeta hacia él, con suavidad y comprensión en su mirada.

—¿Hace cuánto que la tienes?

—Unos seis meses.

—Auch. —Puso a Bella en el suelo y extendió la mano—. Vamos. La cena está lista. Todo es más fácil después de comer. —Ella lo sacó de debajo del amigable volumen de Eddie para pararlo junto al auto y lo besó a fondo, un beso que lo hizo querer saltarse la cena y tirarla al césped como un neandertal. Ella se echó hacia atrás, con los brazos alrededor de su cintura y una sonrisa en la cara—. Veo que usaste mi corbata favorita.

Él le sonrió.

—Podría usarla todos los días.

La risa de Jessica resonó por toda la calle y él vislumbró un pequeño movimiento en la ventana de la casa de la Srta. Bea. Levantó la mano y saludó. La Srta. Bea apareció con una sonrisa para saludar antes de dejar

caer sus cortinas en su lugar.

—No bromeabas cuando dijiste que ella no se pierde nada.

Jessica se rio.

—Es una patrulla vecinal de una sola mujer. Vamos.

La cena estuvo fantástica. Lasaña casera rebosante en queso, tal como a él le gustaba. Jessica había hecho el pan desde cero y literalmente se derretía en su boca. La mujer era una diosa. Una criatura absolutamente divina. Cuando él ya no podía comer otro bocado, o darle otro cumplido, limpiaron todo juntos mientras el sobre rojo permanecía en su mente.

Jessica encendió el lavaplatos y tomó el sobre de la encimera de la cocina, donde él lo había dejado cuando entró a la cocina.

—Vamos, Mitchell. Veamos lo que tu madre tenía que decir sobre el niño podrido y molesto que eras.

Él se puso rígido.

—No lo era. —Bueno, al menos no *todo* el tiempo.

—Ajá. —La mirada de conocimiento de Jessica era mitad seria, mitad risa—. Estoy segura de que eras un ángel.

—Derek era peor.

Eso la hizo reír. Él la siguió a la sala de estar y se instaló junto a ella en el sofá, donde ella le entregó la tarjeta. Con un suspiro, la abrió. No tenía sentido fingir que necesitaba leerla solo. La había traído aquí porque no quería leerla solo. Tenía miedo de que le doliera demasiado. Necesitaba a Jessica aquí, apoyada en su hombro, con su aroma femenino envolviéndolo en el cielo y su suavidad presionada a su lado.

La sacó y sonrió ante el auto deportivo que adornaba el frente. Un Ferrari de color rojo cereza con una preciosa modelo a medio vestir posando junto a él. Jessica lo golpeó suavemente en el pecho.

—¿En serio? ¿Un Ferrari y una modelo de copa D en bikini? ¿A tu

madre? ¿Cuántos años tenías?

Él se rio.

—No lo sé. Creo que estaba en la secundaria. Y elegimos nuestra propia tarjeta.

—Hombres. —Ella le puso un brazo alrededor de la cintura y se movió hasta que él levantó su brazo para dejar que ella deslizara la cabeza bajo él y la descansara sobre su pecho—. Ábrelo.

Ábrelo. Dios. Sonaba tan simple, pero sabía que leerla iba a doler. ¿Cuándo se había convertido en un sentimental?

Al carajo con eso. Siempre lo había sido. No se ocupaba de la vida, sino que hacía bromas y trabajaba hasta no tener tiempo de ocuparse de nada.

Abrió la tarjeta y vio su atroz letra de adolescente. Era descuidada, espasmódica y apenas legible. Nada había cambiado en eso. En todo caso, había empeorado.

Volteó la tarjeta para poder leer lo que su madre había escrito en el interior de la cubierta izquierda.

«Mitchell, cariño, eres inteligente, valiente y gracioso. Te amo tanto. Sé que echas de menos a Tommy, y ojalá pudiera ayudarte a aliviar tu dolor. Pero todo lo que puedo hacer es amarte a ti y a tus hermanos. Son buenos chicos. Todos ustedes. Cuídense los unos a los otros.

Algún día, cuando seas médico y estés ocupado curando a la gente, no olvides que la persona que más necesitas curar eres tú mismo. Llevas una máscara para ocultar el dolor, pero puedo ver a través de ti, hijo. Veo a través de las bromas hasta el dolor.

No sé si te acuerdas, pero tu padre te envió una carta antes de morir. Te negaste a abrirla, pero no la tiré. El Sr. Klasky tiene las cartas, una para ti y otra para Tommy, y cuando estés listo, te las dará, todo lo que tienes que hacer es

pedirlas.

El perdón es duro, pero esto es lo que te pido. Perdona a tu padre, a Tommy y a ti mismo. Sin perdón, la única persona que aún sufre dentro de una prisión eres tú.

Tommy está esperando para hablar contigo. Cuando estés listo, ve a verlo. Y luego déjalo ir. Construye una nueva vida y deja ir la vieja. Déjame ir a mí también. La vida es para los vivos. Vívela. Enamórate. Sé un mejor padre que el tuyo. Sé tú.

Te amo por siempre.

Mamá»

En la parte inferior de la tarjeta estaba el nombre de un cementerio local, un número de parcela y un nombre... Thomas Allen Wallace.

—Oh, Dios mío, tu madre es increíble. Desearía haberla conocido. — Jessica sollozó y se limpió las lágrimas.

—Fue increíble. Está muerta. —Y por alguna razón, eso realmente lo molestaba ahora mismo—. ¿Por qué esperó para darnos estas tarjetas? ¿Por qué no lo hizo antes, un par de años atrás? ¿Cuando aún estaba viva? ¿Cuando podríamos haber hablado con ella sobre esta mierda?

Jessica se encogió de hombros y se acurrucó más cerca.

—No lo sé. Hace un par de años, ¿la habrías escuchado? —Ella se levantó para besarlo en la mandíbula—. De alguna manera, creo que la habrías rechazado. Y tiene razón en muchas cosas. Serás un gran padre algún día.

—¿Un padre médico? ¿Estás segura de eso? Eso no es lo que decías hace unos días cuando jurabas con sangre que nunca tendrías hijos.

—Yo sólo... no importa. No hablemos de eso.

Cierto. Porque él era médico y decir que sería un buen padre era una contradicción. Pero él no quería tratar de lidiar con los problemas de su padre ahora mismo. Tampoco quería lidiar con los problemas de su familia.

— ¿Qué tal si te callas y me besas?

Por supuesto, Jessica era como una abeja zumbando alrededor de una flor. No estaba lista para dejarlo pasar.

— Tu madre era brillante. Ahora que se ha ido, ustedes no pueden responderle. Ella tiene la última palabra. Creo que es un genio.

— Era un genio. Ella no está aquí.

— ¿Estás seguro de eso?

Mitchell bajó la cabeza a la parte trasera del sofá y miró los remolinos blancos en su techo.

— No me digas que crees en la otra vida, las calles pavimentadas de oro, la salvación eterna y esas cosas.

— No. No necesitamos oro, así que ¿por qué habría calles doradas? Eso es una estupidez. ¿Pero un alma eterna? Sí, creo en eso. ¿Tú no? ¿Me estás diciendo que no has visto nada que no puedas explicar en todo el tiempo que has sido médico?

Bueno, él había visto algunas locuras, pero prefería no pensar en ello.

— Supongo que lo averiguaré cuando muera. Hasta entonces, nadie puede probar nada de todos modos, así que ¿por qué preocuparse?

Un latido más tarde, ella estaba montada sobre su regazo. Se inclinó sobre él, con su pelo creando una íntima cueva para los dos.

— Eres un buen hombre, Mitchell Walker. Estarás bien del otro lado.

— ¿Eso crees? — Levantó las manos del sofá para explorar la parte baja de su espalda bajo su camisa.

— Lo sé. — Ella lo besó, colocando las manos sobre sus hombros y las

caderas rozando su regazo, frotando su erección como si quisiera montarlo.

Él estaba cansado de pensar, cansado de la mierda emocional. Sólo quería hundirse profundamente en el cuerpo de Jessica y sentir.

Levantándose y retorciéndose, la acostó de espaldas en el sofá, con las piernas abiertas. Tomando su boca, disfrutó de la amplia extensión de sus muslos al asentarse entre ellos para frotarse contra su núcleo.

Su suave gemido lo excitó mientras ella levantaba sus caderas y envolvía sus piernas alrededor de él, cerrándolas mientras él se lanzaba sobre su boca.

Esnif. Esnif. Bufido. La nariz grande y fría de Eddie rozó la mejilla y la oreja izquierda de Mitchell.

Besarla con una mezcla gigante de gran danés ansioso de unirse a la fiesta no era su idea de pasar un buen rato. Se giró para regañar al perro, pero recibió una lamida gigante en la mejilla.

—Maldita sea, Eddie. No ayudas a la causa. —Los ojos del perro se iluminaron con deleite al ver que le hablaban y Mitchell enterró su cara en el hueco del cuello de Jessica con un gemido—. Maldito perro.

Jessica se echó a reír y Eddie se levantó y puso sus dos patas delanteras en la espalda de Mitchell. Estaba a punto de treparse encima de ambos, uniéndose a ellos en el sofá cuando Mitchell se puso de pie, empujando al grandote de regreso al suelo con una palmadita en la cabeza.

—Esta vez no, Eddie. Ella es toda mía.

Eddie jadeaba felizmente y Bella decidió unirse a la diversión con un ladrido chillón.

Mitchell los ignoró y puso a Jessica de pie. Tan pronto como ella estuvo parada, él la levantó en sus brazos y caminó por el pasillo hasta el dormitorio, cerrando la puerta en la gigantesca cara de Eddie.

—Eres tan malo. —Jessica tenía las manos cerradas alrededor de su cuello, pero estaba riendo.

—No voy a compartirme ahora mismo. —La puso de pie y le quitó la camisa por encima de la cabeza—. Y no necesito público.

Jessica desenganchó su sostén y lo dejó deslizarse por sus brazos hasta el suelo.

—¿No eres exhibicionista, entonces?

Mitchell se quitó la camisa por encima de la cabeza.

—Nadie te ve desnuda excepto yo.

—Eres un hombre de las cavernas. —Jessica chilló cuando él se abalanzó sobre ella y la tiró en la cama. La tuvo desnuda en menos de un minuto y se quitó su propia ropa mientras ella miraba, con sus ojos oscureciendo por el deseo. Él dejó la cajita en su bolsillo, pero sacó un condón y se lo puso. No quería esperar. La necesitaba ahora. Necesitaba borrar el sabor de la muerte de su mente. Necesitaba sentirse vivo de una manera que sólo ella podía darle.

Se quedó de pie, mirándola fijamente y dejando que el momento lo llenara. Admirando su piel suave y sus pechos llenos. La aceptación y el anhelo en sus ojos. La seductora manera en la que ella deslizaba su mano desde su pezón hasta su cadera.

—No creo que pueda ser gentil esta noche. —Era la única advertencia que él podía darle. Quería darle la vuelta y tomarla por detrás. Quería lanzarse dentro de ella hasta que lo único que oyera fuera el deslizamiento húmedo de su cuerpo dándole la bienvenida y sus gritos mientras terminaba encima de él.

—No quiero ser gentil, Mitchell. Te quiero salvaje.

Permiso. Dios, estaba enamorado de esta mujer.

En un poderoso movimiento, él se adelantó, le levantó las caderas y la puso boca abajo en la cama y se arrastró detrás de ella, entre sus muslos

bien abiertos. Su trasero estaba en exhibición y él no pudo resistir llenarse las manos con aquellos lóbulos llenos, apretándolos y tirando de ellos para exponer su húmedo y rosado núcleo. Ella gimió y dio un puñetazo a las sábanas, empujándose hacia atrás, hacia su firme sujeción.

—Hazlo, Mitchell. Hazlo. Te necesito.

Sus suaves gritos cayeron en oídos sordos. Él estaba en un túnel, su cuerpo y su mente completamente concentrados en asegurarse de que ella estuviera lista para él, para poder tomarla como él quería.

Él movió una mano entre sus piernas y deslizó dos dedos a través de su húmedo calor antes de usar un tercero para llevar a su punto sensible al orgasmo. La folló con los dedos, duro y rápido, hasta que ella se puso rígida y trató de escapar de la sobrecarga de sensaciones. Él la siguió, sin cejar, empujándola hasta el límite y cobrándole un segundo orgasmo mientras ella gemía y se retorció bajo él.

Cuando la segunda liberación la golpeó, él le levantó las caderas, arrastrándola de vuelta hacia él sobre la cama. Se colocó entre sus piernas y la llenó con un fuerte empuje, haciendo que su húmedo calor femenino permaneciera en la agonía de los espasmos musculares alrededor de él.

Jessica se empujó hacia atrás, llevándolo más profundo, empujándolo a ir más y más rápido, y sus suaves gritos lo instaron a seguir adelante.

Él necesitaba más. Más piel. Más *ella*.

Se ralentizó lo suficiente como para inclinarse sobre su espalda y empujarle el pelo hacia un lado, sobre un hombro. Cuando él tuvo una vista clara de su cara, a lo largo de sus curvas y hasta su muslo, la envolvió en sus brazos y la levantó de nuevo frente a él, haciéndola arrodillarse delante de él en la cama. Aún llenándola por detrás, aprovechó la nueva posición para jugar con sus pechos y su clítoris, acariciarle el cuello y mordisquear allí antes de enterrar su nariz en el dulce aroma de su pelo salvaje.

Ella se mecía con él y los lloriqueos necesitados que venían de ella lo

impulsaban a seguir adelante. La acarició hasta que sintió cómo se apretaba a su alrededor y colapsaba, y la siguió en el orgasmo, explotando dentro de ella.

Cuando todo terminó, Mitchell continuó sosteniéndola allí, presionado contra su pecho, con una mano sobre su pecho y la otra más abajo, sin estimularla, simplemente reclamando su territorio. Él nunca se había sentido así antes, nunca había sido territorial con una mujer. Nunca había querido estampar una marca de propiedad en la carne de una amante.

Con Jessica, todo era diferente. Más intenso.

Jessica era su dueña.

Pensó en el anillo en el bolsillo de su pantalón en el suelo mientras ella levantaba la mano y le abrazaba la cabeza. De repente, el riesgo parecía demasiado grande. ¿Y si ella decía que no? ¿Y si no estaba lista? La posibilidad retorció sus entrañas en forma de pretzel. Sería mejor mantener las cosas en marcha por un tiempo, como antes. No quería estropear esto presionándola o moviéndose demasiado rápido. Él quería un para siempre. Él lo sabía. Pero podía ser que ella no estuviese preparada para eso. Podía ser que no estuviese preparada para él.

Y ella nunca había dicho que lo amaba. Tal vez sólo era una aventura para ella.

Jessica se giró en sus brazos para besarlo. Sus labios estaban suaves, saciados. Sus besos se sintieron como un reconocimiento de su pasión y un agradecimiento. Se sintieron como amor, y él bebió su ternura con una sed insaciable.

Ella suspiró y se relajó contra él.

—Eres increíble.

—Sigue hablando, nena. Necesito que acaricien mi ego. —Él le sonreía en la boca, pero no había movido las manos. No. Ambas estaban exactamente donde él quería que estuvieran. Jessica no se movió, no se

resistió a su toque. Dejó que él la sostuviera, que él reclamara su cuerpo a pesar de que el fuego de la pasión ya se había calmado.

Ella sonrió y él bajó sus labios hasta la delicada línea de su cuello y hombro. Podría besarla durante horas. Sujetarla durante horas.

El sonido distintivo de los perros lloriqueando pasó a través de la puerta cerrada y Jessica salió rodando de sus brazos para acostarse de lado en la cama.

—Creo que Eddie está celoso.

—Qué lástima. Te dije que no voy a compartir esta noche. —Mitchell fue al baño principal para asearse y luego hizo algo que nunca hubiera creído hace unas semanas. Abrió la puerta y dejó que dos perros muy curiosos volvieran al dormitorio. Eddie entró en la habitación como si supiera exactamente lo que había pasado. El enorme perro divagó hasta el borde de la cama para ver a Jessica, olfateó demasiado para la comodidad de Mitchell y finalmente se acurrucó en la almohada grande donde dormía. Bella se acurrucó junto a Eddie y Mitchell se arrastró a la cama junto a Jessica.

—Pensé que no compartirías. —No podía ver con claridad, pero parecía que Jessica se reía de él.

—Bueno, es obvio que el pobre perro está obsesionado contigo. Pensé que sería mejor sacarlo de su miseria.

Jessica rio pero se derritió en sus brazos en el momento en el que se acomodó. Nada en la vida de Mitchell se había sentido tan bien como abrazarla. Su calidez y su risa fácil, la forma en la que ella cuidaba de él y de todos los que la rodeaban, su paz interior parecía expandirse y envolverlo con una satisfacción que nunca había tenido. Con ella, él simplemente podía ser.

Ella se acurrucó cerca, con la cabeza anidada en su hombro, el brazo sobre su cintura y la pierna sobre la de él. Era perfecto. Se sentía como estar en casa. Y él no quería renunciar a esto.

Para siempre. Él quería para siempre. Él la necesitaba.

Pero cuando pensaba en arrodillarse y rogarle que se quedara con él, se le corrió toda la sangre a la cabeza y sintió que no podía respirar. Incluso pensar en arrodillarse allí, esperando su respuesta, esperando a que ella lo destrozara, hizo que le doliera el pecho. ¿En resumen? No estaba seguro de qué debía hacer y estaba demasiado aterrorizado de perderla como para preguntarle.

CAPÍTULO DIECISIETE

TRES DÍAS DESPUÉS, Mitchell caminaba por los pasillos del hospital como un tigre enjaulado. Llevaba un anillo de diamantes en el bolsillo desde hacía días y aún no había tenido el valor de pedirle a Jessica que se casara con él.

¿Qué carajo le pasaba? Nunca había sido tan marica.

Aunque claro, nunca antes había tenido tanto en juego.

Desesperado por poner fin a su tormento, decidió hacer lo que siempre hacía, lo que todos los chicos Walker hacían cuando estaban en apuros. Llamó a Derek. Por supuesto que el bastardo respondió después del primer timbre. Pero ahora que tenía a su hermano en la línea, se dio cuenta de que no era con Derek con quien necesitaba hablar, sino con uno de los otros, los hermanos que sabían cómo lidiar con los problemas de las mujeres.

—Lo siento, Derek. No necesito nada. Quería llamar a Chance.

Derek tardó demasiados segundos en responder y Mitchell se tronó el cuello para tratar de aliviar su tensión. Era un maldito desastre.

—¿Cómo está Jessica?

—Ella está bien.

—De acuerdo. Llama al enamorado. Él sabrá qué hacer al respecto.

El ladrido de risa de Mitchell voló por el pasillo.

—Te crees muy gracioso, ¿no?

—¿Me equivoco?

—No. —Demonios.

Derek se rio y le colgó sin despedirse. Aún sonriendo, llamó a Chance. Jake no le haría ningún bien. Ese chico sólo había estado enamorado de una mujer, y ella lo había amado desde que estaban prácticamente en pañales.

Chance no contestó hasta el cuarto timbre.

—Qué tal, Mitchell. ¿Qué pasa?

Identificador de llamadas. ¿Ya nadie sabía decir «hola»?

—Oye. Tengo que preguntarte algo.

—Dispara.

—¿Cómo lo supiste? ¿Sobre Erin? ¿Cómo sabías que diría que sí?

Chance dio un alarido de victoria tan fuerte que Mitchell tuvo que alejarse el teléfono de la oreja. Cuando Chance terminó de celebrar la caída de su hermano mayor, finalmente volvió al teléfono.

—Jódete, hombre. Yo no lo sabía. Sólo tuve que dar un salto de fe.

—Diablos. ¿Hablas en serio? Yo no soy hombre de dar saltos.

—Ahora sí lo eres. —Chance se rio esta vez—. Y sí. Lo digo en serio, carajo. Casi me desmayo cuando le rogué que volviera conmigo.

—Eso es porque tú fuiste el idiota que la dejó ir en primer lugar.

—Cierto.

Dios. Esto no estaba ayudando.

—De acuerdo. Bueno, gracias por no ayudar en absoluto.

Chance suspiró.

—¿Qué tan seguro estás?

—Tengo un anillo de diamantes en el bolsillo.

—Carajo. No puedo creerlo. Felicidades, hombre.

—Eso es apresurado. Aún no ha dicho que sí. —Mitchell metió la mano en el bolsillo de su pantalón y tomó la caja de terciopelo en un puño apretado.

—Lo haré. Vi la forma en la que te miraba el domingo. Conozco esa mirada. Está enamorada de ti.

—Ella no lo ha dicho.

Chance disparó de regreso inmediatamente.

—¿Y tú se lo has dicho?

No. No había dicho una palabra. Ni una puta palabra.

—Supongo que soy un cobarde.

—No. Las mujeres son criaturas aterradoras. Amas a una de ellas y será tu dueña, hombre. Lo entiendo. Lo entiendo totalmente.

Sí. Chance entendía. Jessica era dueña de Mitchell, en cuerpo y alma. Pero ¿y si no quería quedarse con él?

Mitchell colgó y vio que la esposa del doctor Pete, Sara Rosen, venía por el pasillo hacia él en una gabardina, tacones altos, maquillaje pesado y lápiz labial rojo brillante. Normalmente la veía en pantalones de mezclilla con la cara descubierta, pero se veía bien y lista para causar problemas. Ella siempre había sido cordial con Mitchell y a él le agradaba su marido. Pete era un buen médico.

—Hola, Sara.

—Hola, Mitchell. —Ella miró a su alrededor en un gesto extrañamente sospechoso y apretó las solapas de su gran gabardina. Él miró por encima de su hombro y confirmó lo que ya sabía: estaban solos aquí abajo en el pasillo del sótano. Ella iba y venía nerviosamente, vistiendo tacones altos de color rojo cereza tipo 'fóllame'.

—Pete sale en media hora y hoy es nuestro décimo aniversario. Esperaba que me hicieras un favor.

Mitchell sonrió. Creía saber adónde iba esto y deseó lo mejor para Pete.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Ella se ajustó uno de los alfileres que sujetaban su largo pelo y le sonrió.

—¿Estás de guardia?

—Siempre. —Lo cual era una exageración, pero su sonrisa lo animó. Pete era un bastardo con suerte.

—Quiero sorprenderlo, pero no quiero que sepa que estoy aquí. — Sara lo miró a través de esas largas pestañas negras y pestañeó—. Y vamos a necesitar algo de privacidad.

Mitchell dejó de intentar ocultar su diversión.

—Habitación 2. Es toda tuya hasta las siete de la mañana.

—No la necesitaré tanto tiempo, pero no vuelvas antes de medianoche. ¿De acuerdo? —Ella sonrió felizmente.

—No hay problema. —Estaba de guardia hasta las 7:00 a.m., pero dormiría en una silla en la sala de médicos si fuera necesario. No le importaba sacrificarse un poco para que la esposa de Pete pudiera... hacer lo que ella quisiera con su nada suspicaz pero muy afortunado amigo.

—¿Puedes encontrar la manera de traerlo aquí cuando salga?

—Por supuesto. —Él podría hacer eso.

—Gracias, Mitchell. —Se dio la vuelta, se dirigió a la habitación 2 y cerró la puerta.



Jessica corrió a través de las puertas del hospital con su caja de panecillos de mantequilla de maní. La señorita Bea había insistido en enviarle media docena a Mitchell y prácticamente persiguió a Jessica fuera de su cocina para que hiciera la entrega. Jessica no estaba segura de quién estaba más enamorada de Mitchell Walker: ella o su vecina octogenaria.

Ya que Mitchell estaba de guardia y no podía salir del hospital, ella le llevaría los regalos de la Srta. Bea.

Se acercó al mostrador de información y le sonrió al voluntario, a quien reconocía ahora. Tres semanas y sentía que conocía a casi todos los que trabajaban en el hospital. Y ellos la conocían, sabían que pertenecía al Dr. Walker. Todo el personal lo sabía. Él no había tratado de ocultarla a ella o a su relación. Ella había comido con él en la cafetería, hecho el amor en su diminuto dormitorio y le traía golosinas de la Srta. Bea cada vez que horneaban sin él.

—Hola, señoritas. —Jessica colocó un par de magdalenas en el mostrador para sus amigas, dos voluntarias ancianas que se habían encariñado con las visitas de Jessica y sus golosinas horneadas.

—Hola, Srta. Jessica. ¿Busca al Dr. Walker?

—Sí. —Ella no podía esperar para verlo, besarlo, involucrarse alrededor de él y respirar su aroma. Ella lo extrañaba—. ¿Está asignado a la habitación 2 otra vez?

—Déjame revisar, cariño. —La mujer sonrió y bajó los panecillos detrás del mostrador con un guiño. Una rápida llamada telefónica y le sonrió a Jessica—. Sí, lo está.

—Gracias. —Jessica se dirigió al ascensor mientras se despedía de ella con la mano. Sólo iría a su habitación y le dejaría las magdalenas. Si él estuviera por aquí, y no estuviera ocupado, tal vez podrían desnudarse y

divertirse un poco. Si no, bueno, eso también está bien. Ella esperaría a que él volviera a casa mientras hacía sus cosas de médico y salvaba a la gente.

Todavía sonriendo, encontró la puerta de la habitación 2 cerrada casi completamente, pero no asegurada. Con un suave empujón, la puerta se abrió y el corazón de Jessica dejó de latir.

Allí, en la cama de Mitchell, estaba una diosa del sexo con el pelo largo y negro sobre sus hombros. Estaba posando con una pierna extendida, un tacón de cuatro pulgadas tipo 'fóllame' sobre el escritorio y la otra pierna doblada para apenas cubrir su núcleo. Su lápiz labial era rojo brillante, que por supuesto hacía juego perfectamente con los zapatos, y llevaba unas medias negras transparentes que revelaban cada glorioso centímetro de su cuerpo.

—Oh, mierda. —Las palabras salieron de la boca de Jessica antes de que pudiera formar un pensamiento coherente.

La mujer se sentó con prisa.

—¡Oh!

Pero Jessica ya estaba retrocediendo, con la mano frente a ella para detener los intentos de la mujer de ponerse de pie y cubrirse.

—Oh, Dios. Lo siento mucho. —Jessica salió y cerró la puerta suavemente, con un chasquido que golpeó su cuerpo como un mazo golpeando su pecho.

Todo el encuentro duró menos de cinco segundos. Cinco segundos que destrozaron el corazón de Jessica y todo su mundo.

¡Debía haberlo sabido! ¡Nunca rompas la regla número uno! ¡Nada de doctores!

Dios, había sido una maldita idiota.

Con pasos rápidos salió del hospital, tirando la caja de magdalenas a la basura en el camino.

Había considerado enviarle un mensaje antes de venir, pero se alegró de no haberlo hecho. Si ella le hubiera avisado, Jessica nunca habría descubierto la verdad.

Treinta días aún no habían pasado. Ni siquiera habían pasado tres semanas. Jessica Finley, mujer extraordinaria, ni siquiera había sido capaz de mantener la atención del Dr. STB durante tres semanas enteras.

¿Por qué? Las posibles respuestas se persiguieron en círculos dentro de su cabeza. ¿Porque era un poco gordita? ¿No era lo suficientemente bonita? ¿Senos demasiado pequeños? ¿Caderas muy anchas? ¿Pelo demasiado rojo? ¿Demasiadas pecas? ¿Su casa estaba demasiado desordenada? ¿No era lo suficientemente inteligente? ¿No era lo suficientemente graciosa? Dios, tal vez él pensaba que ella apestaba en la cama. Tal vez sólo apestaba haciendo sexo oral. Tal vez estaba cansado de Eddie y Bella. Tal vez era el tipo de imbécil al que no le gustaban los perros. ¿En serio? ¿A quién no le gustaban los perros?

¿Tal vez era sólo un imbécil que no podía comprometerse? Un verdadero casanova, como habían dicho las enfermeras, bueno para una sola cosa... un buen rato. No material para una relación.

La infidelidad de Mitchell *no* era culpa de ella. Ella había jugado este juego mental consigo misma antes y no había manera de que ella ganara. No había respuesta. Lo que fuera que hubiese llevado a Mitchell a engañarla era problema de él. ¿Quizás necesitaba terapia? Venía de un pasado totalmente jodido, ¿verdad? Tal vez simplemente no podía lidiar con una relación real.

Técnicamente, no eran oficialmente nada el uno para el otro. Diablos, ni siquiera estaban saliendo oficialmente. Así que, técnicamente, él podía cogerse a quien quisiera en esa pequeña habitación del hospital y a ella no debería importarle.

Pero a ella sí le importaba. Le importaba mucho. Le importaba tanto que sentía que no podía respirar. Iba a vomitar antes de poder volver a su auto.

Así que se había enamorado de un imbécil. ¿Y qué? No era la primera chica a la que le rompían el corazón. Tampoco sería la última. Pero si Mitchell Walker pensaba que ella iba a soportar eso, estaba loco.

Se había acabado. Se acabó el juego. Se acabó la relación.

Ella estaba corriendo para cuando llegó al estacionamiento. Una vez que llegó a su auto, salió del estacionamiento como si el mismo diablo estuviera persiguiéndola.

Había terminado con Mitchell Walker. Terminado. Era igual que todos los demás imbéciles del mundo. Igual que su padre.

Maldita sea.

Ella quería gritarle. Lanzar cosas. Darle un puñetazo en la cara y una patada en las bolas. Pero nada de eso le haría ningún bien. No, lo que la asustaba era que quería llamarlo y darle la oportunidad de explicarse. Ella quería creer cualquier mentira que él le dijera. Ella quería acurrucarse en sus brazos y hacerse la tonta y fingir que nada de esto había pasado. Ella quería llevarlo a la cama, volarle la cabeza y tratar de hacerle olvidar a todas las demás mujeres del mundo, lo cual era imposible, estúpido y totalmente autodestructivo.

Incluso sabiendo que era un bastardo mentiroso e infiel, ella lo amaba. Parte de ella quería estar con él, aunque no pudiera ser fiel. Esa vocecita rota en su interior susurraba que realmente no importaba, que todos los hombres eran infieles y que si ella podía ignorar ese pequeño detalle, él metiéndole el pene a otras mujeres, ella podría ser feliz con él para siempre. Y podrían fingir estar felices y enamorados y todas esas idioteces.

Y eso era una cagada.

Condujo a casa entumecida, con sus pensamientos persiguiéndose unos a otros en círculos dentro de su cabeza. No fue hasta que Eddie y Bella la saludaron en la puerta que comenzó a darse cuenta de la magnitud de lo que acababa de perder. Entrar en su casa siempre había

sido un respiro, una bienvenida a su lugar apartado del mundo.

Saber que Mitchell nunca más estaría aquí hacía que el lugar se sintiera vacío.

— ¿Quién vive en una morgue ahora, estúpida?

La cola de Eddie hizo ruido mientras golpeteaba la pared y ella se dirigió hacia su cocina, donde habían cocinado juntos. Girando la cabeza, vio el sofá, donde Mitchell se había reído de *Goonies* y ella había empezado a enamorarse de él.

Jessica deambuló, sintiendo como si estuviera desmoronándose, como si un relámpago estuviera atrapado dentro de su cuerpo y estuviera tratando de contenerlo.

Le dolía muchísimo, pero no sabía qué hacer hasta que su mirada se posó en el piano de cola.

Con las manos temblorosas, levantó la cubierta del instrumento y abrió la tapa para revelar ochenta y ocho perfectas y elegantes teclas.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MITCHELL FRUNCIÓ EL CEÑO MIENTRAS MIRABA SU TELÉFONO, sin ganas de preocuparse por Jessica por encima de todo lo demás. Pero ella no había contestado sus mensajes en casi doce horas y sus llamadas iban directamente al buzón de voz.

O ella lo ignoraba, o su teléfono estaba muerto.

Él prefirió creer en la opción número dos.

Nada emocionante había sucedido la noche anterior y había pasado la mayor parte del tiempo acurrucado en la esquina de un sofá en la sala de médicos, tratando de dormir un poco, totalmente celoso de Pete. ¿Jessica lo sorprendería así en su décimo aniversario? El calor se extendió a través de él ante la idea. Pero Jessica no usaría tacones altos de color rojo brillante, serían negros. Sus labios no estarían pintados de rojo, serían pálidos y rosados, y lo único que los haría brillar sería el calor húmedo de su boca mientras la besaba apasionadamente.

Cuando su turno terminó, se fue a su apartamento a ducharse. Como Jessica aún no respondía a sus llamadas o mensajes de texto, se dirigió a casa de ella, aliviado de ver su auto estacionado enfrente.

Perfecto. Ella estaba en casa. Tal vez aún acurrucada en la cama. Si ella abría la puerta con una camiseta sin mangas y bragas, él iba a devorarla primero y proponerle matrimonio después. De cualquier manera, sucedería hoy. Era hora de dejar de ser un marica. Estaba

enamorado de ella. La quería a ella. Para siempre. Eso no iba a cambiar.

¿Y si decía que no? Bueno, él haría todo lo posible por hacerla cambiar de opinión.

Tocó el timbre y esperó. El ladrido profundo de Eddie lo hizo sonreír. Incluso escuchó las pequeñas garras de Bella golpeando el suelo mientras se apresuraba a seguir el ritmo del perro gigante que ya estaba al otro lado de la puerta.

Jessica abrió la puerta completamente vestida, pero tenía ojeras debajo de los ojos y se veía pálida, con los ojos hinchados y rojos como si hubiera estado llorando.

—Hola, nena. ¿Te encuentras bien? No contestaste mis mensajes. — Dio un paso adelante, deseoso de tomarla en sus brazos y hacer que lo que fuera que le dolía se fuera, pero ella casi le cerró la puerta en la cara.

—Deberías irte. No quiero verte.

—¿Qué? —A su mente aturdida le tomó un momento procesar lo que ella estaba diciendo—. ¿De qué estás hablando?

—Vete, Mitchell. Sé todo sobre esa estúpida perra con la que te estás acostando en el hospital. Debí haberlo sabido, pero no. Fui una estúpida. Confié en ti. Culpa mía.

—No sé de qué estás hablando. Jessica...

—¡No! —Ella levantó su mano, cerrándola en un puño. Luego lo señaló a la cara, lo cual lo molestó—. Lo sé. Son treinta días la semana que viene de todos modos. Sólo vete a casa. No te quiero aquí. No quiero volver a verte.

—Jessica, por favor. Hablemos de esto. No tengo ni idea de lo que estás hablando. —Lo decía en serio. ¿Estaba drogada? ¿Qué carajo?

La cara de Jessica se puso roja y respiró hondo antes de responderle.

—No me mientas, carajo. Yo estuve allí. Fui a verte anoche, para

llevarte algunos panecillos de la Srta. Bea.

—Yo estaba allí. ¿Por qué no me enviaste un mensaje?

—Estaba demasiado ocupada excusándome con la zorra en tu habitación usando lencería negra y tacones altos rojos.

Demonios. Sara y Pete.

—Puedo explicarlo. Es la esposa de Pete Rosen.

Eso sólo la enfureció más y empezó a temblar. Eddie se quejaba detrás de ella.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y está casada? ¿Con uno de los otros doctores? — Ella cerró los ojos como si mirarlo le causara demasiado dolor—. Eres aún más despreciable de lo que pensaba.

Así que, a esto se reducía la situación. Ella no iba a escucharlo. Ella no iba a dejar que le dijera la verdad. Ella simplemente iba a condenarlo porque él era médico y todos los médicos eran infieles, como su padre.

—No soy tu padre, Jessica. Si tan sólo escucharas por dos minutos...

—No quiero escuchar. Me mentirás.

De acuerdo. Él no iba a estar jugando a este juego el resto de su vida. De ninguna manera. Por mucho que le doliera arrancarse el corazón y dejarle el órgano sangrante en el porche de su casa, eso era exactamente lo que él haría.

—No soy tu padre. Y vas a escucharme quieras o no.

Ella frunció el ceño.

—Bien. Hazlo rápido.

—Esa *zorra* era la *esposa* de Pete Rosen. Anoche era su décimo aniversario y ella quería sorprenderlo. Le presté mi habitación para que pudieran tener algo de privacidad. —Ella abrió la boca, pero era turno de él de estar molesto—. Si me hubieras preguntado al respecto, o te hubieras molestado en contestar mis llamadas en las últimas doce horas,

te lo habría contado todo. Pero en vez de eso, asumes que soy un mentiroso e infiel imbécil y te niegas a escuchar una palabra de lo que digo.

—¿Dónde dormiste? —La mirada irracional había desaparecido de sus ojos, pero ella aún no estaba lista para creerle. Al carajo con eso.

—Realmente no importa, ¿verdad? Porque no soy tu padre y no voy a jugar este juego contigo. Así que, sí, creo que es hora de que los dos sigamos adelante. —Se alejó de la puerta con las manos en alto, como si ella estuviera apuntándole con una pistola—. Que tengas una buena vida, Jessica. No necesito este tipo de drama en mi vida. No merezco que me traten como a un imbécil. Así que, sí. Nos vemos por ahí.

Mitchell estaba abriendo la puerta del lado del conductor de su coche cuando ella salió al porche.

—¡Espera!

Él le levantó el dedo y se arrancó de la entrada tan rápido como su auto podía llevarlo. Tenía que largarse de aquí. Tenía que irse muy, muy lejos de ella.



Temblando tanto que apenas podía moverse, Jessica cerró la puerta principal y se dirigió a la encimera de su cocina para recoger su teléfono. Lo encendió y se preparó una taza de té mientras las notificaciones acumuladas tenían a su teléfono sonando, y sonando, y sonando.

Demonios. No debía haber sido tan cobarde. Debía haber dejado el teléfono encendido. Al menos debía haber leído sus mensajes.

Acunó su taza de té y llevó su teléfono al sofá. Se acomodó y abrió los mensajes de texto primero. Mitchell le había enviado catorce mensajes de texto, el primero unos quince minutos después de que ella había estado

en el hospital. Había continuado escribiéndole toda la noche, con los mensajes transformándose de coquetos a preocupados.

Un profundo y frío temor llenó su pecho. Entumecida, tomó su computadora y rápidamente buscó el hospital y a Pete Rosen. Apareció una foto de un médico joven de cabello oscuro sonriendo a la cámara, seguida de imágenes del buen doctor en varias funciones médicas, recaudaciones de fondos, el corte de cinta para el hospital y algunos artículos que el doctor Rosen había escrito para el blog de salud del hospital. A su lado, en varias fotos, estaba la belleza de cabello oscuro que había estado en la habitación de Mitchell anoche.

Oh, Dios. Había cagado todo.

Le envió un mensaje a Mitchell. Él la ignoró. Llamó para disculparse, dejó varios mensajes, pero había metido la pata y lo sabía.

Al borde de las lágrimas por décima vez en las últimas tres horas, se rindió y decidió conducir hasta el apartamento de Mitchell para hablar con él.

Él no estaba allí. Su coche había desaparecido, y los cojines verdes y el árbol de bonsái que ella le había comprado eran claramente visibles dentro del contenedor de basura junto al edificio.

Completamente desorientada, con el estómago hecho nudos y la cabeza zumbándole de dolor con fuerza, se hundió hasta el punto más bajo de todos los tiempos y se sumergió en el contenedor de basura. Ella se rindió con los cojines, pero salvó el árbol, lo puso en el piso de su auto y se dirigió a la casa de Sofía para hablar con Tyler. O con Sofía. O con cualquiera que pudiera ayudarla a encontrar la forma de arreglar esto. Porque tenía que arreglarlo. Ella amaba a Mitchell Walker.

No tocó a la puerta, sólo la abrió y entró en la gran casa de Sofía, dirigiéndose hacia la sala de estar como si fuera la dueña del lugar. Colocó el árbol de bonsái en el piso al lado de la puerta delantera para recordar llevarlo a casa. Ella no vio a nadie excepto a Tyler, que tenía los

pies en la otomana. Estaba relajándose en el sofá, vistiendo un par de pantalones deportivos y una camiseta. Sus pies estaban descalzos, la televisión de pantalla grande estaba encendida y tenía una taza llena de café humeante en la mesita junto a él.

—Hola, Ty. ¿Qué estás haciendo?

—Maratón de películas. —Su sonrisa se desvaneció mientras la miraba.

Ella miró a la pantalla y se estremeció.

—¿No es un poco temprano para los zombis y las entrañas ensangrentadas?

—Nunca es demasiado temprano. —La estudió y cuanto más la miraba, más se desplomaban los hombros de ella. Realmente necesitaba un abrazo, pero no se lo merecía. Había sido una perra—. Dios, Jess. Te ves terrible.

—Me siento peor.

Tyler frunció el ceño, y fue tierno.

—¿Qué te hizo ese imbécil? ¿Tengo que ir a patearle el trasero?

Ella se hundió en el cojín de felpa del sofá junto a él con un fuerte suspiro.

—No. Creo que necesitas patear el mío.

Tyler pausó el programa de televisión y la repentina ausencia de música dramática, disparos y ataques de zombis la hizo sentir más vacía que nunca.

—¿Sabes de eso que no hacemos?

—Sí.

—Bueno, yo no lo hice, y debí haberlo hecho, y ahora él se ha ido.

—¿Mitchell te dejó porque no confiaste en él? No lo entiendo.

Jessica se acomodó el pelo detrás de las orejas y levantó los pies hasta el borde del sofá para poder envolverse los brazos alrededor de las rodillas.

—No exactamente. Más bien no confié en él, así que me negué a escuchar y luego lo llamé mentiroso e infiel. Por eso me dejó.

—¿Lo hizo?

—¿Hizo qué?

—Mentir o ser infiel.

—No. Me precipité a sacar conclusiones y lo culpé antes de tener los hechos.

—Carajo, Jess. Eso fue una estupidez.

Ella le dio una bofetada en la cabeza. Le habría dado un puñetazo en el estómago, pero tenía que tener cuidado con su incisión quirúrgica, que seguramente aún seguiría sanando.

—Lo sé, mellizo genio. Ahora dime cómo recuperarlo.

—No puedes. —La suave voz de Sofía cortó a través de la habitación como un cuchillo.

—¿Qué? —Jessica puso sus pies en el suelo y se giró mientras Sofía entraba en la habitación para acomodarse en el asiento a la derecha de Jessica. Su hermana se veía increíble, como siempre, con su pelo negro tirado hacia atrás en una cola de caballo. Parecía relajada y descansada en un par de pantalones cortos beige y una blusa negra.

—No puedes. Ningún hombre va a soportar a una novia demasiado dramática y celosa. Créeme. He jugado ese papel muchas, muchas veces. Y una vez que se han ido, se han ido.

—No. No puedo vivir con eso.

Sofía arqueó una oscura y elegante ceja.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar para recuperarlo?

—Dios. No lo sé. Ahora mismo me siento lo suficientemente desesperada como para hacer cualquier cosa.

Tyler despejó su garganta.

—Más vale que estés segura, porque sabes que tiene que ser todo o nada. Confías en él o no. Y si lo haces, tiene que ser hasta el final. Vas a tener que darle el poder para destruirte completamente.

Sofía suspiró.

—¿Por eso sigues soltero, Tyler?

Él cruzó los brazos sobre su pecho e ignoró la pregunta.

—Sofía tiene razón, Jess. Es un buen tipo. No va a tolerar que te pongas como una psicópata cada vez que ocurra una cosita.

—Esa *cosita* era una mujer en lencería y tacones altos en su cama.

—Oh, demonios, no. —Sofía se puso de pie y movió el cuello de un lado a otro en una muestra de irritación femenina—. Diablos, no. De ninguna manera. No volverás con él.

—Sí, eso es lo que yo pensaba también. Pero resulta que no era su cama. Era la esposa de uno de los otros doctores, estaba allí para sorprender a su marido en su aniversario.

Tyler resopló.

—Lo que nos lleva de vuelta a psicópata celosa.

—Cállate, ¿de acuerdo? Arruiné las cosas y tengo que arreglarlo. — Jessica respiró hondo y se estiró para tomar su bolso. Metió la mano y sacó dos hojas de papel de cuaderno, con los bordes rasgados donde las había arrancado de la espiral.

—Le escribí una canción.

Sofía intentó tomar las hojas, pero Tyler las arrebató de las manos de Jessica antes de que su hermana pudiera alcanzarlas. Él observó la clave de sol, las notaciones de acordes de guitarra y las letras escritas a mano.

—Demonios, no puedo creer que hayas escrito otra canción.

—Yo tampoco.

Sofía levantó ambas cejas esta vez.

—Yo sí. Sabía que volverías con nosotros.

—No quiero estar en la banda. Eso no ha cambiado. —Jessica no tenía ningún interés en irse de gira ni de arrastrarse por todo el país sin un hogar real y sin estabilidad. ¿Pero música? Sí, podría empezar a componerles música otra vez.

Tyler silbó bajo.

—Esto es realmente bueno. Y es obvio que estás totalmente enamorada de él.

—Dime algo que no sepa. Cómo recuperarlo, por ejemplo. —Sofía extendió la mano y Tyler le entregó las páginas. Jessica miró fijamente la asquerosa imagen de un tumulto de zombis alimentándose de un humano, congelada en sangrienta perfección en la pantalla gigante frente a ella. Tan asqueroso—. No sé cómo ves esa asquerosidad, Ty. Es perturbador.

Él se rio.

—No se trata de los zombis, se trata de la gente.

—Eso dicen. —Jessica no lo entendía, de verdad que no. Ella siempre preferiría un programa con bailarines famosos o un buen romance.

Con las manos temblando, esperó a que Sofía terminara de mirar la canción. La cantante comenzó a leer la melodía mientras probaba algunas de las letras.

—Esto es bueno, Jessica. Y tengo una idea.

La esperanza cobró vida en el pecho de Jessica.

—Dime.

—Es un hombre. Le rompiste el corazón e insultaste su orgullo, así que va a ser muy testarudo.

Tyler se ahogó con su café.

—Ustedes, las mujeres. Lo juro. Nos dan una mala reputación, pero son diez veces peores.

—Cállate, Ty. Sofía está hablando ahora mismo. —Jessica movió su mano para bloquear la cara de Tyler de su vista.

Sofía golpeteó el papel contra la palma de su mano.

—Vamos a necesitar ayuda, y no de sus hermanos. ¿Tienes el número de teléfono de su cuñada?

—¿Cuál? ¿Claire o Erin?

Sofía sonrió.

—Probemos con Erin primero, pero cualquiera de las dos servirá. La única forma de que ese hombre escuche tus disculpas es si lo obligamos. Y para hacer eso, vamos a necesitar ayuda.

CAPÍTULO DIECINUEVE

MITCHELL PASÓ EL RESTO DEL DÍA ASEGURÁNDOSE DE NO TENER TIEMPO PARA PENSAR EN JESSICA FINLEY. Salió a correr, con los pies rasgando el pavimento hasta que sus piernas se sintieron como gelatina, y luego corrió otro par de millas sólo para acostumbrarse al dolor. Saldría con sus hermanos esta noche para su reunión mensual. Lo cual le parecía apropiado. Planeaba emborracharse lo suficiente como para olvidarse de cierta pelirroja.

Lo que significaba que acabaría desmayado de borracho, pero hey, ¿para qué diablos estaban sus hermanos si no podían asegurarse de que encontrara el camino a casa después de una bien merecida borrachera?

Había tirado todo lo que le recordaba a ella, excepto el ridículo anillo de diamantes que había fantaseado ponerle en el dedo. Eso era algo del pasado. Ya había llamado a la joyería. Le dijeron que aceptarían una devolución por una cuota. Todo lo que Mitchell tenía que hacer era conducir hasta allí y entregarlo en el mostrador. Ya podía haberlo llevado de vuelta a la tienda, pero por muy patético y estúpido que fuera, no podía hacerlo. Cada vez que lo había pensado en las últimas horas, sentía como si fuera a entregar su alma a un extraño.

Bueno, Jake sería el último en reírse. Mitchell siempre había pensado que su hermanito era estúpido por haber guardado ese anillo de compromiso de diamantes en el cajón de la cómoda durante los últimos siete años. Ahora Mitchell lo entendía.

Y deseaba no entenderlo.

Pero todo estaba bien. Ya había llamado a Derek, le había contado a su hermano la versión rápida y sucia de lo que había pasado y Derek iba a devolverlo por él.

Mitchell estaba sentado en el sofá negro de su sala tomando una cerveza cuando alguien llamó a su puerta.

Sorprendido, Mitchell se levantó y la abrió para ver a Derek parado al otro lado.

—Llegas temprano.

—No, no es así. —Derek observó la apariencia de Mitchell, su mandíbula sin afeitar, sin ducharse, el pecho desnudo y la cerveza—. Te ves como la mierda y probablemente huelas peor.

—¿Sí? Bueno, no importa un carajo, ¿o sí?

Derek entró al apartamento a empujones. Con un suspiro, Mitchell cerró la puerta tras él.

—¿Dónde está el anillo?

—¿Lo quieres ahora?

—No hay mejor momento.

Diablos. Le había pedido a Derek que lo llevara por él, pero ahora la idea de dejarlo ir hacía que su estómago se apretara en nudos.

—Escucha, hombre, tal vez deberías pedírmelo más tarde...

—No importa. Ya lo tengo. —Derek se paró junto al sofá con la caja del anillo en la mano. Antes de que Mitchell pudiera decir dos palabras al respecto, la caja desapareció dentro del bolsillo de Derek—. ¿El recibo está en la caja?

—Sí. Y no te desmayes cuando veas cuánto dinero gasté en ese pedazo de basura.

Derek levantó las manos, con las palmas hacia afuera.

—No te juzgo. Te enamoraste. Las mujeres nos hacen hacer locuras.

—Esa es la pura verdad.

—¿Todavía la amas? —Derek se dejó caer en el sofá y subió sus botas a la mesita de centro.

—Desafortunadamente. —Mitchell se sentó en el extremo opuesto y también subió sus zapatos para correr—. Por eso espero que me traigas a casa más tarde cuando me emborrache en un estupor autocompasivo y me desmaye. Y *sí* llegaste temprano.

—En realidad no. Tenemos que irnos en media hora.

—¿Por qué?

—Erin va a cantar en un club esta noche y Chance insiste en que puedes beber hasta el olvido en donde ella estará cantando tan bien como en cualquier otro lugar.

Eso era verdad, a Mitchell no le importaba adónde iría con sus hermanos esta noche. No planeaba recordar nada de ello.

—Por mí está bien.

Derek se inclinó hacia Mitchell en el sofá y olfateó el aire.

—Sí. Tenía razón. Hueles como un escroto sudoroso.

Mitchell se echó a reír, lo cual se sintió bien. No había esbozado ni una sonrisa en horas.

—Sólo para ti.

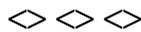
—Cierra la boca y ve a ducharte. Y ponte algo bonito. Es un club privado. No quiero llegar tarde. Ya sabes cómo se pone Chance.

Mitchell se levantó del sofá y se dirigió a la ducha. Sí, sabía exactamente lo enamorado que estaba su hermanito de su mujer. Bastardo con suerte. Y la actuación de Erin explicaba la inusualmente

impresionante selección de ropa de Derek. Derek llevaba pantalones negros, una camisa de seda y zapatos negros brillantes. Se veía elegante, sofisticado y adinerado. Y no era ninguno de los anteriores.

Su madre les había dejado a todos una cantidad decente de dinero, pero no era dinero para vivir el resto de sus vidas. Mitchell no tenía ni idea de cuánto dinero ganaba su hermano personalizando motocicletas, pero era mucho. Tal vez el condenado sí era rico.

En piloto automático, Mitchell se duchó, se afeitó y se puso un par de pantalones de vestir y una camisa verde oscuro. Hecho. Treinta minutos más tarde, siguió a Derek hasta el estacionamiento y se metió en el lado del pasajero del Jeep de su hermano. No prestó atención a dónde iban. No le importaba un carajo. Sólo quería salir a dar una vuelta.



—¿Él vendrá? —Jessica deambulaba por el pequeño espacio de oficinas en la parte trasera del club de jazz de Sofía. Erin y Claire estaban con ella. Tyler estaba sentado detrás del escritorio y Sofía estaba preparándose para su show en el espejo de la pared. Se veía increíble con un vestido rojo ajustado y tacones altos. Su cabello negro caía recto sobre su espalda como una brillante pared de listón negro. Su banda había triunfado cantando pop rock y baladas, pero Sofía y sus hermanos amaban el jazz, y un par de veces al año, Sofía subía al escenario del club y cantaba como si fuera Nina Simone.

Erin revisó su celular.

—Derek acaba de enviarle un mensaje a Chance. Estarán aquí en unos minutos.

—Oh, Dios. —Jessica de repente sintió debilidad en las rodillas y se hundió en la silla frente a Tyler, en el lado opuesto del escritorio.

Erin sonrió, una verdadera compañera en el crimen.

—No te preocupes. Esto funcionará. Te lo prometo. Mitchell está tan loco por ti que no podrá resistirse. —Erin también se veía increíble. Su cabello rubio estaba recogido, exponiendo su largo cuello y su piel clara. Le había explicado a Jessica que normalmente usaba una peluca y disfraces locos cuando actuaba, pero como no iba a estar en el escenario mucho más de un minuto... si todo iba según lo planeado, es decir... Erin había decidido saltarse el teatro. Esta noche, había dicho, sólo eran hermanas.

Jessica había llorado y abrazado a su nueva amiga con todo su ser. Sería bueno tener otra hermana. O dos. Claire estaba aquí con ellos, escondiéndose de Mitchell. Jake y Chance estaban en el club con los ojos abiertos para ver la llegada de Derek y Mitchell. Sus hermanos, Gabriel y Félix, estaban en el escenario montando y probando el equipo.

Jessica envolvió sus manos alrededor de su estómago y se dobló.

—Voy a vomitar.

—No, no lo harás. —Sofía caminó hacia ella y se detuvo, con las uñas rojas brillantes de sus pies en la parte superior de la línea de visión de Jessica en el suelo—. Lo estropeaste, Jess. Ahora tienes que pagar. ¿O estás dispuesta a renunciar a él? ¿Dejarlo ir?

—Cállate, Sofía.

—Eso es lo que pensé. Así que contrólate.

La esposa de Jake, Claire, chilló desde su lugar, con su hombro apoyado contra la puerta cerrada de la oficina. Estaba mirando su teléfono celular.

—Jake dice que están aquí. —Levantó la cabeza y le sonrió a Jessica con el corazón en los ojos—. Esto es taaaan romántico. ¡Ve por él, chica!

Jessica apartó la mirada de Claire y se encontró con la mirada oscura de su hermana Sofía.

—Hora del espectáculo.



—¿Qué carajo? No voy a entrar ahí. —Mitchell se negó a salir del Jeep.

—¿Cuál es tu problema? Erin está cantando. Jake y Chance ya están aquí.

—No puedo creerlo. No voy a entrar ahí.

—¿Por qué no?

Mitchell cruzó los brazos sobre su pecho. ¿Esto era en serio?

—Ese es el club de Sofía, la hermana de Jessica.

—Oh, diablos, hombre. ¿En serio? —Derek regresó al asiento del conductor—. Déjame llamar a Chance.

Derek hizo una llamada rápida, preguntó por Jessica y cuando Chance confirmó que ella no estaba en ninguna parte, Derek colgó.

—Mira, Mitchell. Chance dice que no hay señales de Jessica. Así que vamos. Deja de ser un marica.

—No voy a entrar ahí.

—Bien. Siéntate aquí toda la noche o llama a un taxi. Voy a tomar una copa con nuestros hermanos y escuchar a Erin cantar.

Derek se fue y Mitchell lo vio irse. Carajo. Carajo. Carajo. Al darse por vencido, siguió a Derek al interior del club, se sentó en una mesa junto a Chance y Jake, que ya estaban allí, y suspiró aliviado cuando no vio ninguna señal de una pelirroja curvilínea y deliciosa. Reconoció a Félix sentado detrás de la batería y a Gabriel sentado en un taburete, con la pierna rota frente a él y una guitarra en su regazo. La sorpresa fue Tyler,

quien se veía bastante bien para haber estado tres cuartos muerto hacía apenas unas semanas. El mellizo de Jessica estaba en una silla, afinando una guitarra acústica. El hombre obviamente no iba a estar bailando en el escenario, pero fue bueno verlo de pie. No había señales de Sofía o Erin. O Jessica.

¿Los hermanos de Jessica habían vuelto al escenario y ella no estaba aquí? Mitchell se sorprendió, pero luego lo reconsideró. Esperaba que ella estuviera en casa en su sofá, llorando a mares. Miserable. Echándolo de menos.

Bueno, no. Diablos. La idea de Jessica sufriendo aún le dolía. Maldita sea.

Pidió un whisky con hielo a la camarera y le preguntó a Chance dónde se escondía Erin.

—Está tras bastidores con Sofía. Van a cantar a dúo, o algo así. — Chance se puso de pie—. Creo que iré a ver cómo está.

Como sea. Derek se inclinó para susurrar algo al oído de Chance, pero Mitchell volteó la cabeza, ignorando a ambos, para hacer señas a la camarera.

La camarera trajo su whisky. Él lo bebió de un golpe y ordenó otro mientras las luces se atenuaban. Sofía Castillo salió al escenario con un sexy vestido rojo mientras Chance desaparecía detrás de una puerta en el lado izquierdo del escenario, hacia su mujer y a su estúpida vida perfecta y feliz. Y Mitchell supo que no podía hacerlo. No podía alejarse de Jessica, no sin intentar arreglar las cosas.

—¿Derek?

Su hermano giró la cabeza lo suficiente para que Mitchell supiera que estaba escuchando.

—¿Sí?

—Necesito que me devuelvas ese anillo. —Diablos. Lo quería de

vuelta. Él quería a Jessica de vuelta y no había descartado buscarla mañana, cuando no oliera como botella de whisky.

Derek le dio una palmada en la espalda y se rio.

—Ya era hora de que entraras en razón. Pero no puedo ayudarte, hermano. Está guardado en el carro, bajo llave.

—¿Qué?!

Su hermano sonrió, totalmente impenitente.

—No quería que te emborracharas e hicieras algo estúpido, como tragarte la maldita cosa, o tirarlo por el inodoro.

Mitchell se recostó en su asiento y puso los ojos en blanco.

—No soy tan estúpido.

—Sí lo eres, o estarías en la cama con tu mujer ahora mismo, no sentado aquí conmigo.

No podía discutir con eso.

La música empezó, algo nuevo. Era suave y seductor, y nada de lo que Mitchell había estado esperando de los miembros de la banda Castillo. Al terminar la canción, Chance regresó, asintió con la cabeza a Jake y Derek y se sentó en su asiento entre Jake y Mitchell.

—Erin es la siguiente.

Derek se inclinó hacia atrás, con los brazos cruzados.

—Esto será bueno.

Erin salió de la puerta y subió al escenario. Se veía bien con el pelo recogido, pero el suyo, no una loca peluca azul o rosa. Se acercó a un segundo micrófono junto a Sofía y las dos mujeres asintieron una a la otra. Sofía le levantó la mano a alguien en la parte de atrás.

—¿Podemos apagar las luces ahora, Simón?

Mitchell no tenía ni puta idea de quién era Simón. No le importaba. El

whisky no estaba funcionando. Había tomado dos, y en vez de hacerlo sentir que la había superado, sólo quería largarse de aquí e irse a casa.

No, él quería ir a la casa de Jessica y acurrucarse alrededor de ella en la cama, pero eso no pasaría, al menos no esta noche, así que sólo tendría que lidiar con la situación.

Cuando estaba tan oscuro que apenas podía ver, un solo reflector iluminó a Erin y Sofía, que ahora compartían un micrófono. Erin sonrió.

—Tenemos una actuación muy especial esta noche, dedicada a un hombre muy especial que realmente debe saber cómo amar a una mujer.

La multitud silbó y vitoreó ante el tono sugestivo de Erin. O tal vez era ante la forma en la que Sofía subía y bajaba sus manos por las curvas de su cuerpo mientras Erin hablaba.

Sofía le asintió a Tyler y él empezó a tocar la guitarra. Félix se había movido de la batería a los teclados, y una melodía de piano hizo su magia en la multitud por unos cuantos compases mientras Erin y Sofía se sonreían la una a la otra. Luego retrocedieron, desapareciendo en la oscuridad mientras otra mujer se paraba bajo la luz del reflector.

Mitchell se congeló.

CAPÍTULO VEINTE

SONÓ LA PUERTA Y JESSICA LEVANTÓ LA VISTA PARA VER QUE CHANCE HABÍA ENTRADO EN LA HABITACIÓN, y ahora estaba de pie en el centro, mirándola.

— ¿Estás lista? Está aquí, y se ve miserable.

Jessica se puso de pie frente a él.

— ¿Cómo lo sabes?

Chance puso los ojos en blanco.

— Créeme, todos lo sabemos. — Metió la mano en su bolsillo, empezó a sacar algo y luego se detuvo con media mano dentro—. Derek me pidió que te diera algo, pero viene acompañado de un mensaje.

¿Derek? ¿Qué?

— Está bien. ¿Cuál es el mensaje?

Chance suspiró y la miró fijamente a los ojos.

— Es tuyo. Mitchell lo compró para ti. Pero si te lo pones, más vale que nunca te lo quites.

— ¿Qué? Yo no...

Chance sacó una caja de anillo de su bolsillo y se la dio.

— Depende de ti. Mi hermano te ama, pero tiene paredes más gruesas que Fort Knox. Vas a necesitar motivación para recuperarlo. Creemos que

esto ayudará. Asegúrate de que te vea usándolo.

Ella tomó la caja con las manos temblando. Chance asintió, besó a Erin en los labios y las dejó.

Jessica miró la caja con miedo de abrirla. Sofía maldijo detrás de ella, Tyler cruzó los brazos, pareciendo resignado, y Claire estaba resplandeciente. Fue Claire quien se recuperó primero.

—Ábrela.

Con los dedos temblorosos, Jessica levantó la tapa y jadeó. Un impresionante anillo de diamantes corte princesa le guiñó desde su lugar de descanso en el terciopelo azul oscuro.

Tyler resopló.

—No es una gran propuesta.

—Cállate, Tyler. No le di exactamente una oportunidad. —No, ella lo había ignorado, lo llamó mentiroso y se negó a escuchar una palabra de lo que tenía que decir hasta que fue demasiado tarde—. Soy una perra. —Sus ojos le ardían. Iba a perder la cabeza, a empezar a llorar como una loca. Él sí la amaba, lo suficiente para comprar este anillo, lo suficiente como para querer pasar el resto de su vida con ella... hasta que ella dejó que el jodido pasado de sus padres arruinara su futuro.

No más.

—¿Estás lista ahora? —Sofía hizo la pregunta y Jessica asintió. Sí, estaba lista.

Sofía y Erin salieron de la habitación y Jessica miró a una comprensiva Claire.

—¿Y si cambió de opinión?

—De ninguna manera. Él te ama.

—Nunca dijo eso.

Claire puso los ojos en blanco.

—Créeme, él te ama. Lo conozco desde hace 15 años y nunca ha mirado a otra mujer como te mira a ti. Ten un poco de fe. —Claire la hizo mirar el anillo—. Tienes el futuro en tus manos, Jessica. Si es que tienes el coraje para aceptarlo.

«Si te lo pones, más vale que nunca te lo quites».

Dios, iba a besar a Derek cuando lo viera.

Jessica sacó el anillo de la caja y se lo puso en el dedo. Le quedaba perfectamente.

Ella cerró la mano en un puño y apretó el anillo contra su pecho. Sí, estaba conservándolo, y a Mitchell, para siempre.

El suave canto de Sofía calmó los nervios de Jessica más que la deambulación de Claire, pero Jessica sacó todo de su mente, menos a Mitchell. Sus ojos. Sus manos. Su beso. La forma en la que se acostaba con ella. La forma en la que se reía, y le sostenía las puertas, y siempre esperaba a que ella viniera a él antes de entrar a un restaurante o a una tienda. La forma en la que le sonreía y bromeaba con la Srta. Bea, y cómo era amable con Eddie y Bella. La forma en la que sufrió cuando perdió a un paciente. La manera en la que lucía cuando se venía dentro de ella y la manera en la que la abrazaba después.

—Lo amo.

Claire sonrió feliz.

—Ve por él, hermana.

La canción terminó y Tyler empezó a tocar la nueva canción de Jessica en su guitarra. Habían practicado esto durante horas esta tarde. Ella estaba lista.



—¿Chance? ¿Derek? ¿Qué diablos pasa? —Mitchell se inclinó hacia

delante, hipnotizado por la impresionante belleza que se proyectaba sobre el escenario. Jessica. Su Jessica.

Derek se echó hacia atrás en su silla.

—No lo sé.

Jake tosió en su mano, Chance se giró con una sonrisa apenas escondida y Mitchell se dio cuenta de que había sido engañado. Y sus tres hermanos habían estado en esto.

—Ustedes son unos imbéciles. Me voy de aquí.

Mitchell no soportaba mirarla, así que se dio la vuelta. Llamaría a un taxi. Se largaría de allí, demonios. Tal vez iría a Lo-Do y terminaría de emborracharse. No. Sería mejor tomar whisky de camino a casa y sufrir en privado.

Se puso tenso antes de ponerse de pie, pero la voz suave de Jessica lo detuvo.

—Escribí esta canción para el hombre que amo. Mitchell Walker. —La multitud aplaudió y él se volvió para mirarla mientras ella continuaba—. Fui mala y estúpida, damas y caballeros. Pero lo amo. Lo amo con todo mi corazón y mi alma y espero que esta canción le ayude a perdonarme.

La multitud aplaudió y unos cuantos silbidos sonaron por toda la sala. Un bastardo cachondo gritó que si Mitchell no la quería de vuelta, él la tomaría. Ella sonrió y levantó su mano izquierda, con un brillante y hermoso diamante en su dedo anular.

—Lo siento, amigos, pero ya me dio este anillo de diamantes y voy a quedármelo.

Derek se rio y Mitchell no estaba seguro si golpearlo en la cara o abrazarlo.

—No puedo creer que hicieras esto.

—Sí, sí puedes. Y me debes una.

—Te debo más de una.

Derek sólo sonrió, pero no apartó los ojos de Jessica mientras ella continuaba en un seductor susurro.

—Mitchell, lo siento, cariño. Te amo. Nunca volveré a dudar de ti. Lo prometo. —Se deslizó la mano por el cuerpo de manera muy seductora—. Me puse este vestido para él porque le gusta el chocolate, amigos míos, y espero que quiera quitármelo a lengüetazos más tarde. —La multitud de poco más de un centenar de extraños la aclamó y la animó mientras la banda aceleraba su ritmo y ella empezaba a cantar.

Santo cielo. Todos los pensamientos de irse desaparecieron y su polla se despertó ante las imágenes que corrían a través de su mente. Mitchell no podía quitarle los ojos de encima. El vestido de terciopelo marrón chocolate abrazaba cada curva como una segunda piel. El pelo de Jessica estaba suelto en un lío sexy alrededor de sus hombros desnudos. El vestido terminaba justo debajo de su curvilíneo trasero, dejando millas de piel suave en exhibición desde la mitad del muslo hasta los correspondientes tacones altos que él quería envueltos alrededor de su cadera mientras se empujaba dentro de ella.

¿Quitarle el vestido a lengüetazos? No, se lo dejaría puesto mientras se la follaba salvajemente por haber convertido las últimas veinticuatro horas de su vida en un infierno.

Sofía se unió a ella en el escenario y Erin también lo hizo mientras cantaban.

El amor era una mentira Hasta que te encontré

Envolví mis brazos

A tu alrededor

Estúpida y asustada

Alejé tu amor

Y ahora estoy

Despierta toda la noche Preguntándome dónde estás

Despierta toda la noche

Deseando a las estrellas fugaces

Soñando con tu beso

Y con tu regreso

Despierta toda la noche

Despierta toda la noche

La canción continuó, pero él no podía oír las palabras. Todo lo que podía hacer era mirar fijamente. Y quererla.

Él estuvo de pie antes del segundo coro, y unos segundos después en el escenario, sosteniendo a una Jessica resplandeciente en sus brazos mientras la multitud aplaudía. Sofía y Erin dieron un paso adelante para terminar el coro final mientras él la besaba justo ahí, con todo el mundo mirando. No le importaba quién los viera. Ella era suya.

Ella le tiró de la mano, arrastrándolo a la pequeña habitación en la que se había escondido. Una sonriente Claire pasó junto a ellos de camino a Jake. Los gritos de aliento eran ruidosos y fuertes, y venían en su mayoría de sus hermanos mientras la arrastraba el resto del camino hacia el interior de la diminuta habitación y cerraba la puerta de golpe para obtener algo de privacidad.

Un escritorio y un par de sillas llenaban la habitación, junto con archiveros y una lámpara de trabajo que era su única luz.

Mitchell cerró la puerta y empujó a Jessica de espaldas contra la pared, sus manos ya bajo su falda, rasgando las bragas de encaje que sabía que encontraría. Él tomó su boca, la atacó y saboreó como un

hombre muerto desesperado por revivir.

Ella arrancó su boca de la de él y él aprovechó para besarle la mejilla y la oreja, para besar y probar su cuello y sus hombros desnudos, arrancarle las bragas y tirárselas a un lado para poder enterrar dos dedos en su húmedo calor.

—Mitchell. Dios. Te amo. Lo siento mucho. Lo siento mucho. No volveré a hacerlo. Te lo prometo. Confío en ti. Para siempre. Te amo. Te amo. —Ella le enterró los dedos en el pelo y él se ralentizó mientras absorbía aquellas palabras. *Te amo*. Ella lo había dicho. En voz alta. Las dos palabras que salvaban a un hombre que se ahogaba.

Él volvió a su boca, besándola y trabajando su cuerpo con la mano hasta que ella gimió y se vino encima de él. Cuando los ojos de Jessica estaban húmedos y su cuerpo cojo, él la sostuvo allí, contra la pared, tan duro para ella, tan locamente enamorado que no estaba seguro de cómo sobreviviría los siguientes minutos. Le dolía el corazón, como si lo hubieran apuñalado con una daga y lo hubieran dejado desangrarse.

—Te amo, Jessica Finley. Y ya que pusiste mi anillo en tu dedo, espero que te cases conmigo.

Ella sonrió y tiró de él para otro lento y sensual deslizamiento de lenguas y labios y suaves gemidos que lo volvieron loco. Ella jadeó cuando él movió el duro borde de su pulgar contra su punto más sensible. Con la cabeza hacia atrás, ella lo miró a los ojos mientras todo el amor con el que él alguna vez se había atrevido a soñar brillaba desde las cálidas profundidades de su ser.

—Oh, sí. Usted se va a casar conmigo, señor. Y tendrán que arrancarme este diamante de mi frío cadáver cuando tenga noventa años.

Mitchell quería bajarse los pantalones y llevarla allí, contra la pared como había soñado, pero no se había preparado. No para esto.

—Te deseo, pero no tengo un condón. Larguémonos de aquí.

Ella dejó caer su mano del pelo de él para acariciarlo a través de sus

pantalones.

—O mejor no. Mejor no... —Jessica le deslizó las manos por debajo de la cintura de sus pantalones para envolver su mano caliente alrededor de su carne desnuda—, ...no nos detengamos.

Él se congeló.

—¿Qué estás diciendo?

—Quiero todo contigo. Todo. Y creo que deberíamos empezar por darles a Eddie y Bella un nuevo hermanito o hermanita.

Él estaba teniendo problemas para pensar con el puño de ella envuelto alrededor de su polla, pero no había manera de que ella estuviera sugiriendo lo que él pensaba.

—¿Quieres adoptar otro perro?

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No. Quiero casarme contigo y empezar una familia. Quiero que me dejes embarazada, Mitchell Walker. Ahora. Contra esta pared.

—Pero, podrías quedar embarazada.

—Ese es el punto. —Ella lo miró a los ojos, luciendo tan seria como nunca—. Quiero que tu bebé crezca dentro de mí. Juré que nunca sería madre porque tenía miedo, estaba aterrorizada de terminar amargada y sola como mi madre, temiendo que ningún hombre pudiera amarme lo suficiente como para quedarse. Pero ya no tengo miedo. Te amo. No quiero esperar. Quiero esto. Estoy cansada de tener miedo y de esperar a empezar mi vida. Voy a casarme contigo, Mitchell Walker. Quiero que seas el padre de mi bebé. Quiero ser tu todo. Quiero compartir mi vida contigo. —Él la miró a los ojos y ella estaba sonriendo—. Lo quiero todo y quiero empezar ahora. Ahora mismo.

La mente de Mitchell se cerró en etapas. Primero olvidó dónde estaban. Luego se olvidó de todas las razones por las que esto podía ser una mala idea y comenzó a imaginarse a una niña de dos años con los

ojos, las pecas y la sonrisa de Jessica. El suave cuerpo de Jessica, andando por allí con su bebé dentro. De él. Un impulso primario de tomar lo que ella le ofrecía y marcarla para siempre se abrió paso a través de su cráneo. Él quería eso. Él la quería a ella. Toda ella. Y bebés. Y risas. Y pies pequeños corriendo por ahí, chillando mientras Eddie perseguía a un pequeño niño pelirrojo como una niñera grande y tonta con su ridículo y brillante collar.

—Eres tremendamente peligrosa, mujer. No me tientes. —Su respiración era irregular y sus dedos aún estaban profundamente dentro del cuerpo de ella. Los meneó, sólo para escucharla jadear.

—Hazlo, Mitchell. Te amo. Te quiero a ti. Y una familia propia. Y para siempre.

—Te amo, Jessica. Y nos casaremos la semana que viene.

—Bien. Mañana. Lo que tú quieras, cariño. Sólo tómame ahora. Hazlo. —Ella movió sus caderas y se empujó contra la mano de él—. Sólo hazlo.

Mitchell no pudo resistirse a ella y no pudo negarle nada. Dudaba de que alguna vez pudiera decirle que no. Y no le importó un carajo. Ella era su dueña.

Él dejó caer sus pantalones y la levantó lo suficiente como para que ella pudiera colocar su dura longitud en su centro. Ella lo estimuló y lo excitó, deslizándolo lentamente dentro de su húmedo calor.

Él nunca había tomado a una mujer sin condón. Nunca. En el momento en el que su húmedo calor lo envolvió, él olvidó todo, excepto esa cálida sensación del cuerpo de ella rodeándolo, gritando de placer mientras él entraba una y otra vez, con la espalda de ella golpeando la pared y sus piernas envueltas alrededor de él.

Mitchell la folló como si no hubiera un mañana. No lo había. Sólo había ahora. Y esta mujer. Y el amor que hizo que su cuerpo explotara cuando ella llegó a la liberación, gimiendo su nombre.

EPÍLOGO

Cinco meses después

El cementerio estaba en silencio, como si los espíritus estuvieran esperando, escuchando, preguntándose por qué estaban siendo visitados por dos de los vivos. Mitchell miró la lápida de Tommy.

Hoy era el cumpleaños de Tommy. Tendría treinta años.

Mitchell se paró detrás de su esposa mientras una fría brisa de noviembre le levantaba el cabello y la hacía temblar. La espalda de Jessica estaba presionada contra su pecho y ella se apoyó en su abrazo, como siempre lo hacía, confiando en que él la sostendría. Siempre lo haría.

Completamente en paz por primera vez en su vida, Mitchell envolvió sus manos alrededor del estómago de Jessica y distraídamente frotó la suave y redondeada protuberancia donde, incluso ahora, su bebé estaba creciendo, fuerte y saludable.

Un hijo.

Jessica quería llamarlo Tommy.

Ella salió de los brazos de él y dio tres pasos para poner un ramo de rosas blancas en la base de la lápida. Mitchell no había traído flores, había traído la carta de su padre.

Con Jessica a su lado, él se había puesto en contacto con el Sr. Klasky

y le había pedido las cartas que su padre le había enviado desde la cárcel. Sólo había dos. Una dirigida a él, y otra a su hermano muerto.

No había mucho en la suya, el arrepentimiento de un padre, una disculpa y las palabras de un hombre desesperado por el perdón.

Él había muerto antes de que Mitchell fuera lo suficientemente fuerte como para dejar ir la ira, pero ahora era lo era. Perdonó a su padre por toda una vida de malas circunstancias y peores decisiones. Perdonó al hombre por ser estúpido, mezquino y débil.

Mitchell vino aquí, a la tumba de Tommy, y habló con su hermano difunto, lo perdonó por saltar delante de la pistola. Se perdonó a sí mismo por años de rabia, culpa y dolor. Mitchell sentía que ahora podía hacer cualquier cosa, sobrevivir a cualquier cosa, excepto a perder a la única mujer en el mundo que lo hacía sentir completo.

Jessica lo hacía invencible.

Mitchell metió la mano en su bolsillo y sacó un sobre sellado con el nombre de Tommy escrito en el exterior. No tenía idea de lo que su padre le había escrito al hijo que había matado accidentalmente, y no quería saberlo. Jessica insistió en que Tommy y su padre podrían resolverlo por sí mismos en el otro lado. Mitchell estaba inclinado a estar de acuerdo con ella.

Él puso la carta en el pasto junto a las flores y retrocedió. La mano de Jessica se deslizó en la suya y él la acercó para envolver su brazo alrededor de su hombro. Jessica estaba justo al lado de él, donde pertenecía. Ella dejó caer la mano para descansarla sobre su abdomen, con el amor ya evidente en la suave caricia de su mano sobre su creciente hijo.

—Thomas es un buen nombre para un niño.

—Sí, lo es.

—Thomas Wallace Walker. —Jessica lo miró, con sus ojos brillando de amor, y Mitchell hizo lo que siempre hacía, lo que aún haría incluso

cuando fuera un hombre marchito de noventa años. La besó.

Y luego se la llevó a casa.

*~Sigue leyendo para obtener un avance del próximo libro de los Hermanos Walker, **El Temerario**. Derek Walker va a encontrar su otra mitad. Y ella le causará muchos problemas...*

LIBROS POR AMANDA ADAMS

Los Hermanos Walker

El soltero (*Estrellarse y arder*)

El vaquero (*A solas contigo*)

El casanova (*Contigo toda la noche*)

El temerario (*Hazme olvidar*)

Otros libros

Robando la Navidad (Casamentera mágica, Libro 1)

SOBRE AMANDA ADAMS

¡Suscríbete a la lista de lectores vip de Amanda!

<http://bit.ly/AmandaNews>

Amanda Adams escribe historias súper sexis de romance *new adult* (ficción para nuevos adultos) y contemporáneo. Es una autora a tiempo completo que pasa sus días tratando de caminar más y escribir menos.

Si come una ensalada en el almuerzo, se asegura de recompensarse luego con un chocolate (lo que cualquier mujer sensata haría). Amanda cree en el amor verdadero, en el amor a primera vista y en cualquier otro cliché que exista.

www.amandaadamsauthor.com

LIBROS POR AMANDA ADAMS (ENGLISH)

The Walker Brothers Series

Crash and Burn

Alone With You

Up All Night

Make Me Forget

The Magical Matchmaker Series

Stealing Christmas

Billionaire's Obsession (TBA)

Romantic Suspense

While You Were Dead (with CJ Snyder)

Dead Reckoning (with CJ Snyder)

Maverick (with CJ Snyder)